

A romantic couple is shown in a close embrace. The man is shirtless, and the woman is wearing a white top. They are positioned in front of a blurred city skyline at night, with lights reflecting on a body of water in the foreground. The overall mood is intimate and sensual.

A Sexy
Berling
Valentine

Maya Blair

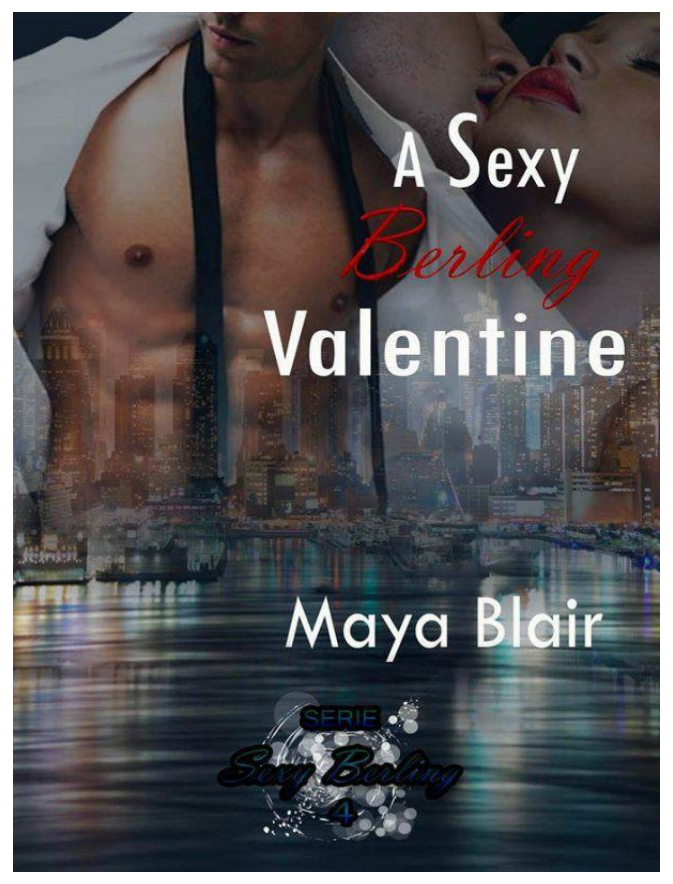




A Sexy
Berling
Valentine

Maya Blair

SERIE
Sexy Berling
4

A romantic couple embracing in front of a city skyline at night. The man is shirtless with a white shirt draped over his shoulders, and the woman is wearing a white top. The city lights are reflected in the water in the foreground.

A Sexy
Berling
Valentine

Maya Blair





A Sexy Berling

Valentine

(Serie Sexy Berling 4)

Maya Blair

A Sexy Berling Valentine (Sexy Berling 4)

© Edición 2014

© Maya Blair

Portada: © rabbit75_fot – Fotolia

© Carlo – Fotolia

© Fotolia

Diseño y maquetación: KD

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Dee Vargas empieza a estar harta de la actitud de

Gabriel Berling y de sus constantes tiras y aflojas.

Pero cuando sus sentimientos se descontrolan hasta el punto de descubrirse más que enganchada de él —un hombre que, al parecer, sólo es capaz de ver en ella un excitante trato—, sabe que ha llegado el momento de tomar una firme determinación.

Con una nueva propuesta encima de la mesa, Dee y Gabriel se enredan en un mano a mano que culmina en la más inesperada y peculiar celebración del día de los enamorados. Una sexy, ardiente noche de San Valentín que puede suponer un punto de inflexión entre ambos.

En una situación así, enamorarse no es lo más inteligente, pero ¿quién dijo que el corazón lo fuera?

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

Capítulo 1

Llevo algo más de una hora sentada frente a un folio en blanco bolígrafo en mano, ensimismada en mi nube de patetismo. El mismo lapso de tiempo durante el cual me he preguntado infinidad de veces por qué no estoy en cama, inmersa en plena fase REM, en vez de darle vueltas sin cesar a todos y cada uno de los millones de segundos que han transcurrido desde que conocí a Gabriel. A las pésimas decisiones que tomé, a los sentimientos que más me valdría no albergar, a la rabia y el dolor con los que no soy capaz de lidiar.

Sé que no debo, pero sin embargo aquí estoy; con la cabeza a mil por hora, saturada de interrogantes sin resolver y al borde de un ataque de nervios

cuyo detonante tiene nombre y apellidos.

Yo. Dee Vargas. La misma estúpida que se encuentra en un callejón sin salida por no habérselo pensado dos veces.

Miento, hay salidas, pero cualquiera de ellas puede ser catalogada como nefasta. Y todo por mi mala cabeza, por permitir que mis impulsos y el deseo se interpusieran en el camino de la razón y tomaran las riendas de una decisión más que errada. Pero ahora ya no vale de nada el lamentarse, sino que he de continuar adelante, mal que me pese. Porque no puedo recular, no puedo romper el trato sin causarle daño a demasiadas personas.

La cuestión es que si se tratara únicamente de mí, me daría igual; estoy acostumbrada a las bofetadas de la vida, a recomponerme y empezar de cero. Pero colocar a *Candilejas* en la cuerda floja, con todo lo que ello supone, serían palabras mayores. Algo cuyas consecuencias jamás me perdonaría,

aunque viviera cientos de años.

Dejo que el bolígrafo resbale de entre mis dedos y llevo las manos al rostro con un sollozo que es mitad angustia, mitad impotencia, como si pudiera ocultarme de mí misma y del mundo con un gesto tan simple. Y lo hago aún a sabiendas de que esa milésima de segundo que tuve para huir se esfumó en el preciso instante en que dejé que Gabriel se saliera con la suya.

Me digo que no voy a llorar, pero apenas puedo controlar las sacudidas de mi cuerpo. Percibo cómo el nudo de ira que siento hacia mí misma se aprieta cada vez más, atenazándome con remordimiento y dolor.

No tengo ni la más puñetera idea de qué se supone que estoy haciendo, pero lo que sí tengo claro es que esta peculiar cama es obra mía y que ahora me toca dormir en ella, mal que me pese.

¿Cómo decía el estribillo de esa canción de

Queen? ¿«The show must go on»? Pues si el espectáculo debe continuar hasta el final, si voy a terminar de hundirme por completo, al menos lo haré al más puro estilo Vargas.

Aparto las manos y le echo un vistazo al reloj. Son cerca de las dos menos cuarto de la madrugada. En menos de cinco horas el despertador dará el pistoletazo oficial de salida a una nueva semana de trabajo y el martes... Cierro los ojos con fuerza antes de emitir un largo gemido, al tiempo que me deslizo por el asiento y termino apoyando la cabeza en el respaldo. Dios, el martes tenemos que hacer frente a la evaluación del comité con la presentación de tres proyectos en los cuales no tengo depositados ni un gramo de confianza.

Vuelvo a escuchar la voz de Gabriel con absoluta nitidez en mi cabeza, al igual que si estuviera aquí, a mi lado. Sus palabras taladran con certeza uno de mis múltiples puntos flacos; en esta ocasión el de mi vanidad.

¿Podría hacerlo? ¿Podría tener listo un nuevo proyecto para la reunión? Sí, sin lugar a dudas. Si no como, ni duermo, ni despego la nariz de mi cometido..., sería pan comido. Pero el ego de Alberto no me lo perdonaría. Hacer algo así, de tapadillo, sería para él el equivalente a clavarle una puñalada traperera por la espalda. Y decírselo está fuera de toda consideración. No querrá. Lo considerará como una afrenta directa a su criterio, un menosprecio hacia unas ideas que él cree geniales y yo...

«Si no le dan el visto bueno a alguno de los proyectos estaréis igual de jodidos, Vargas. Piénsalo.

Sin tema no hay Gala. Da igual que Berling disponga de voto de calidad. Y tu ex jefa estará ahí, a la quita. Esperando a que falles».

Sería una salida fácil a nivel personal, aunque traumática para *Candilejas*. No es la primera vez que sucede algo así, pero el apartar la mirada

hacia otro lado adrede y consentir que el desastre se desencadene tampoco me convertirá en una mejor persona.

¿Lo tengo crudo, ah?

Hago un esfuerzo por apartar estos pensamientos de mi mente, pero al momento el hueco es ocupado por Gabriel, Vanne y la niña misteriosa, lo que provoca en mi interior un motín de emociones enfrentadas.

¿En qué momento el sexo dejó de ser suficiente para convertirse en la acuciante, imperiosa necesidad de algo más?

Me digo que necesito volcar todo esto en algo, lo que sea. Que tengo que dar salida a la rabia, el llanto, la confusión, la impotencia... los celos. Sí, maldita sea. ¡Estoy celosa! Me reconcome la idea de que haya alguien que posea algo de Gabriel que yo daría lo que fuera por tener. Porque lo quiero para mí, más allá de los límites del pacto. ¿De

locos, verdad? Y tan penoso como me resulta admitir que me he colgado de él, irremediablemente, tengo que hacer de tripas corazón y recordarme que sólo soy un capricho sexual con fecha de caducidad. Un puñetero yogurt en su nevera.

—Enamorada de Gabe —modulo las palabras en voz bajita, como si tuviera miedo de que al elevar el tono estas pudieran convertirse en otra cosa—. No me encuentro en mi sano juicio, es eso.

Puede que sí, puede que no. Lo único que sé a ciencia cierta es que, en algún punto de este nefasto fin de semana, caí. Duro y rápido. Sin remedio. Yo... me enamoré. No de Gabriel Berling, sino de Gabe; del hombre que se oculta bajo lo que parece una muralla infranqueable, pero que a veces se muestra a sí mismo cuando menos te lo esperas.

—Lo quiero. No tiene lógica, pero lo hago.

¿Alguien se puede imaginar lo que es sufrir una epifanía de semejante calibre a bordo de un *Gulfstream* a no sé cuántos pies de tierra firme, sin escapatoria posible? ¿Soportando para colmo las miraditas de una azafata que sabe que te has estado revolcando durante todo el fin de semana con el mismo tipo que paga sus cheques cada quincena?

De repente, vuelvo a tener el bolígrafo en la mano y me encuentro a mí misma esbozando mi idea de cómo debería de ser la Gala a una velocidad endiablada.

Puede que esté cavando mi propia tumba, pero ahora mismo esto es lo único en lo que puedo volcarme. Una válvula de escape para no pensar, para no enloquecer.

Capítulo 2

—Necesito discreción.

Apoyo las manos en la mesa de trabajo de Nadia y me inclino hacia ella con aire conspirador, sin terminar de creermelo que vaya a hacerlo. Pero aquí estoy, dispuesta a todo. Incluso a algo tan degradante como pedirle a mi asistente que hurgue en la vida de otra persona.

—Entonces yo soy lo que necesitas —responde al tiempo que cierra uno de los dossiers de presentación que vamos a entregar al comité y centra en mí toda su atención—. Dispara, jefa.

De pronto ya no parece tan buena idea. Abro la boca para hablar pero no logro articular palabra alguna, así que vuelvo a cerrarla con cara de besugo y siento cómo los colores amenazan con subírseme al rostro. Sobre el papel no parecía tan complicado, en serio, pero cara a cara...

—¿Hay que deshacerse de alguien? —Lo suelta tan pancha, con un inocente aleteo de pestañas—.

¿Alberto, quizá? —Más bien será él quien quiera

quitarme de en medio una vez se descubra todo el pastel, pero espero que al menos Nadia me sea leal y no le dé ideas a mi socio, llegado el momento—.

Porque conozco a un tipo de la *yakuza* que...

—Necesito toda la información que puedas encontrar acerca de Gabriel Berling —lo suelto a bocajarro, sin anestesia, y al instante observo a mi alrededor temerosa de que alguien haya podido escuchar mi petición—. ¿Y desde cuándo tienes tratos con la *yakuza*?

Se encoge de hombros con una sonrisa de circunstancias en los labios antes de poner un codo encima de la mesa y dejar caer la barbilla sobre la palma derecha. Su suspiro de «si tú supieras...» es de los que llega al alma.

—Dejémoslo en que tengo imán para los tipos raros —murmura como quien no quiere la cosa sin dejar de mirarse las uñas de la mano libre, de

repente demasiado fascinada por su manicura—. No preguntes.

No, por Dios. ¡Bastante tengo con lo mío! Aunque...

—¿Entre esos tipos raros hay por casualidad un investigador privado?

—¿Desde cuándo hurgamos en los trapos sucios de nuestros clientes?

Tengo una muy buena respuesta para eso, sólo que no puedo verbalizarla en voz alta. Sería suicida. Nadie, absolutamente nadie debe de enterarse de que he perdido el culo y la cabeza por Gabriel hasta tal punto que estoy dispuesta a escarbar entre la basura de su vida para averiguar quién demonios es Vanne y qué pinta la niña en el cuadro.

Utilizando como símil la saga de *Harry Potter*, sería algo así como murmurar el nombre de aquel que no debe de ser nombrado. Que por cierto, no

me gusta. *Harry Potter*, digo. Le cogí ojeriza a la franquicia al completo cuando tuve que tragarme las aventuras y desventuras del niño gafotas de las narices porque Maddie me arrastró al cine a ver la maratón previa al estreno de la última entrega.

Sólo diré una cosa antes de volver a relegar ese patético episodio de mi vida al olvido; nunca deseé tanto cometer una masacre de magos, en serio. Fue una maldita tortura.

—Quiero toda la mierda que puedas desenterrar de los rumores acerca de su vida privada —murmuro muy bajito—. Y necesito discreción total. ¿Puedes hacerlo?

—Jefa, me siento ofendida —jadea al tiempo que se lleva la mano al pecho con expresión herida—. A estas alturas deberías de saber que «Perez Hilton» es mi segundo nombre. —Aplaude en silencio, como si acabara de tocarle la lotería—. ¡Adoro el cotilleo!

Nadia siempre logra sorprenderme, en serio. Esta chica vale tanto para un roto como para un descosido, sea este último de la clase que sea. Y no me quejo, conste. Es estupendo el poder disponer de alguien que te va a echar un cable siempre, por muy descabellada que resulte la naturaleza de la petición que vayas a poner encima de la mesa.

De sopetón, le doy un giro radical a la conversación para preguntarle si ha actualizado mi agenda de la semana, porque la última vez que miré —esa misma mañana, nada más acomodarme en mi despacho— había una anotación sobre la imposibilidad de cuadrar una cita para este jueves con Nathan Maguire.

Me sorprendió ver su nombre, la verdad sea dicha. Ya sé que lo había dejado caer en Fin de Año, justo antes de perderse en la noche neoyorquina a lomos de su moto, pero llegué a pensar que era algo que había dicho por decir en el calor del flirteo. A fin de cuentas, se dicen muchas cosas

que luego jamás se cumplen cuando nos hayamos inmersos en el juego de la seducción. Y él se había insinuado.

Bastante.

—No hay manera humana de cuadrar vuestros horarios —me comunica Nadia a la vez que hace oscilar un lápiz entre los dedos—, así que el señor Maguire ha propuesto que lo invites a una cena.

¿Qué lo invite? ¡Tremendo descarado! Seguro que pretende cobrarse el viajecito del treinta y uno.

Aún así, no puedo evitar sonreír mientras me yergo y le pido la tableta para echarle un vistazo a la jornada del jueves.

Sí, tendrá que ser una cena, porque me espera un día tan saturado que no dispondré ni de veinte minutos para comer algo decente antes de volver a zambullirme en la pesadilla de pre-maratón de fin de semana que nos espera tanto a mi socio como a mí.

—Dile que me da igual la hora, siempre y cuando no sea antes de las seis y media —musito sin dejar de ojear la lista de eventos previstos—. Y mejor si es cerca de mi apartamento, por comodidad.

Necesito reservar energías para lo que se avecina.

El estornudo me coge tan de sorpresa que no me da tiempo a poner la mano delante de la nariz.

Bien, lo que me faltaba. Más vale que no sea el indicio de un resfriado, porque no puedo permitirme el lujo de ponerme enferma. Al menos ahora. Si me dieran a elegir, diría que dentro de ocho días sería un momento bastante adecuado, pero esta semana no. Esta semana resultaría catastrófico.

—¿Estás lista?

El que acaba de formular la pregunta es Alberto que, acomodándose en el filo de la mesa de Nadia, termina por chasquear los dedos delante de mi

nariz para arrancar mi atención de la agenda.

—Te escucho —respondo sin prestarle la más mínima atención.

—Deja de mirar eso. —Apoya el índice en la tableta y la aparta de mis ojos—. No van a desaparecer por arte de magia, créeme.

Suspiro resignada. Me gusta mi trabajo, disfruto muchísimo haciendo lo que hago, pero odio los fines de semana en los que no tengo ni un miserable minuto para respirar. ¿Éste? Será demencial. La cena de ensayo de los Simmons-Wang, el cumpleaños de la diseñadora Lyla Miller, una boda gay en el *Marriott East Side*, el *Bar Mitzvah* del hijo de un famoso productor de Broadway, la reapertura del *Privilege*...

—Céntrate en el hoy, en el ahora —me aconseja mi socio y puede que futuro ex amigo, si al final todo me revienta en las narices—. En cuarenta minutos salimos para la reunión. ¿Estarás lista?

«Tanto como lo estaría para caminar hacia el patíbulo, pero gracias por preguntar».

Desvió la mirada hacia mi despacho durante unos segundos y siento la acuciante necesidad de contarle a Alberto que en las últimas treinta horas me he quemado hasta las pestañas para confeccionar un salvavidas a tiempo. Sólo por si acaso.

—Alberto yo...

De hecho, voy a hacerlo. Es más, *tengo* que hacerlo. En medio de tanta mentira, le debo esto. Nos debo esto.

—Dime.

—Sí, estaré lista.

Cobarde, cobarde, cobarde. ¿Desde cuándo me comporto como una gallinita asustada? ¿Por qué no puedo decírselo?

—Eh, relájate. —Me agarra por los hombros y me zarandea con suavidad—. Estás más tensa que una cuerda de violín. —Entrecierra los ojos, suspicaz—. ¿O es que acaso tienes dudas? —Mierda, soy transparente—. Porque si es así, quiero que me lo digas. Aquí y ahora.

No puedo soportarlo por un segundo más. Tengo que verbalizar mis dudas, mis temores.

—¿Y si no les gusta? —le espeto angustiada—. ¿Y si los enfoques no son los adecuados?

Se aparta de mí como si acabara de pegarle un tiro. Incluso Nadia deja de deslizar los dedos por el teclado al ver la incredulidad pintada en sus masculinas facciones, junto con esa mirada que casi grita lo osada que soy por el mero hecho de poner en tela de juicio su criterio.

—¿A cuento de qué viene esto ahora? —Acaba de ponerse a la defensiva. Si fuera un gato, ahora mismo tendría el lomo completamente erizado y

me estaría mostrando sus afilados colmillitos—. Son inmejorables y lo sabes.

No, no lo son. Ese es el problema. He intentado hacérselo ver por activa y por pasiva, pero es imposible porque no quiere aceptarlo. No quiere admitir que, quizá por exceso de miedo, ha restringido la creatividad y la osadía de tal modo que hemos dejado de lado nuestra seña de identidad para pecar de conservadores. Y puede que él lo sea, pero yo no.

—Alberto, escúchame...

Lo quiero. Mucho. Además, le debo la mitad de este sueño que es *Candilejas*, pero a veces su arrogancia lo ofusca en los momentos más inadecuados, incapacitándolo para aceptar la realidad que se extiende más allá de su propio ombligo.

—Gabriel no opina lo mismo. Él los conoce mejor, a fin de cuentas es presidente del comité

desde hace tres años —le recuerdo—. Quizá deberíamos de tener en cuenta su crite...

—¿Gabriel? ¿Su criterio? —me interrumpe—. ¿Desde cuándo te tomas esas confianzas con un cliente? ¿Y qué cojones sabe él de cómo hacer bien nuestro trabajo? —sisea con cara de pocos amigos al tiempo que la vena de la frente que siempre se le marca cuando se pone de mal humor hace acto de presencia—. ¡Dime, Dee! ¿¡Qué cojones sabe él!?

Mierda, estamos dando un espectáculo en mitad de la oficina. Beth, la asistente de Alberto, acaba de levantarse de su asiento y en su rostro puedo adivinar un mudo «¿intervengo?» al que respondo con un sutil movimiento de cabeza que mi socio interpreta como una especie de capitulación.

—Por favor, cálmate —le pido con suavidad, pero sin restar firmeza a mi voz.

—Lo haré, pero antes escúchame bien, porque no

lo repetiré de nuevo. —Recalca sus palabras dándome golpecitos en la frente con el dedo—. No sé qué pretende Berling, pero te está manipulando con juegucitos mentales y tú se lo permites.

Se lo aparto de un manotazo. Esto es el colmo.

—Él no...

—Los proyectos no pueden ser mejores —insiste—. Métetelo en la cabeza.

Me muerdo la lengua para no discrepar, aún a pesar de que sé que si sigo callando todo lo que me reconcome por dentro terminaré por explotar de alguna manera. Y no va a ser un bonito espectáculo pirotécnico, precisamente, sino más bien como un maldito polvorín lleno hasta los topes volando por los aires. ¡Boom! *Sayonara, baby.*

—Está bien —replico con tono conciliador, tirando la toalla.

No, no está bien. ¡Está mal! ¡Rematadamente mal! Pero me rindo, le doy la espalda y entro en mi despacho sin dar ese portazo que tanto necesito. Y lo hago en silencio, porque si vuelvo a abrir la boca no subirá el precio del barril de Brent, sino que rodaran cabezas.

Las de Gabriel y Alberto no estarían mal, para empezar.

Capítulo 3

Lo mío no es la ginebra pero, a falta de otra bebida alcohólica, bien me sirve la botella medio empezada de *Bombay Sapphire* que he rescatado del fondo de una de las alacenas del mueble de la cocina.

De pie, con la cadera apoyada contra la barra americana, alzo la copa en un mudo brindis y trago de golpe el horrendo mejunje elaborado con más *gin* que *Schwepes* y rematado con una raja de limón medio revenido que se moría del asco en la

nevera.

—¡Ugh! —Contraigo el rostro en un gesto asqueado y saco la lengua. Dios, sabe a rayos y centellas—. Otra más.

Vuelvo a rellenarla y esta vez le echo un par de cubitos de hielo, como si algo tan ridículo fuera a mejorar el sabor. Pero lo hago y me obligo a dosificar la única botella de tónica que encontré en la nevera.

Es eso o empezar a beber *Bombay* a palo seco antes de tiempo, lo que no resulta muy atrayente.

¿Curiosidad por saber qué es lo que me ha empujado a querer abrazar la embriaguez? Simple; Alberto me odia.

—Y no un poquito, sino bastante.

Para ser más concreta, me ha tachado de zorra mentirosa —ahí es nada— y ya de paso me ha acusado de confabular con Gabriel a sus espaldas

para poder llevarme toooda la gloria. ¿Un razonamiento muy maduro, ah? Aunque no puedo culparlo. Quizá yo también hubiera reaccionado del mismo modo. O no. A estas alturas, con todo patas arriba, sólo sé que no sé nada.

—Mira, como Descartes.

Aplaudo mi propia ocurrencia como si fuera algo genial, cuando en realidad lo único que consigo provocarme a mí misma en este momento es lástima. Mucha lástima.

Con un suspiro, me remolco hacia la estantería en la que está el *iPod*, localizo la *playlist* en la que tengo almacenadas mis canciones favoritas de Mina y subo el volumen hasta que su «Parole, Parole»

junto a Alberto Lupo brota como una cascada a través de los altavoces.

Llevo la copa a los labios y vuelvo a vaciarla de un lingotazo, tras lo cual observo el fondo medio

bizca. Y algo confusa, todo hay que decirlo. ¿Cómo es posible que sepa cada vez peor? Se supone que el alcohol debería de anestesiar las papilas gustativas, amén de los restantes sentidos, no agudizarlos hasta el punto de convertir cada nuevo trago en una tortura.

Regreso a la cocina para preparar el tercer combinado —¿o es el cuarto?— y, mientras hago tintinear los cubitos de hielo contra el cristal, decido que ha llegado el momento de quitarme toda esta ropa que proclama a gritos «chica corporativa», ponerme el pijama y tener mi propio momento *All by Myself* a lo Bridget Jones, pero con «Fiume Azzurro». El problema es que no estoy lo suficientemente achispada todavía como para perder el sentido del ridículo de ese modo. Pero al menos eso tiene solución, cosa que no puedo decir de mi relación de amistad y negocios con Alberto, que en este momento hace más aguas que el Costa Concordia.

Copa en mano, empuño con la izquierda la botella

de *Bombay* y la de *Swcheppes*. Entonces, justo cuando acabo de darme la vuelta para enfilar hacia el dormitorio, me doy cuenta de que he olvidado el puñetero limón. Así que, tras poner los ojos en blanco, regreso a la barra americana y, sin soltar mi *gin tonic*, me agacho para recoger los restos del revenido cítrico con la boca.

De esta guisa, intentando no perder el limón por el camino o atragantarme, avanzo descalza el corto tramo que me separa de la habitación al tiempo que rumio mil maldiciones contra Gabriel.

¡Porque ya hay que tener mala baba para contarle al comité acerca de la existencia de un cuarto proyecto que bien podría no haber llegado a desarrollar!

Coloco las botellas sobre la mesita de noche y escupo el limón encima de la colcha para a continuación secar con el dorso de la mano las escasas gotas de zumo que resbalan por mis comisuras.

Luego, extraigo el pijama de debajo de la almohada y empiezo a desabotonarme la blusa mientras bebo ese brebaje infernal a sorbitos, lo que es toda una epopeya dado que soy diestra y me estoy desvistiendo con la zurda.

Varios minutos después, y tras haber hecho bailar la copa de una mano a la otra al ritmo de «L'immensità», no sólo me he puesto el pijama, sino que también he abierto la cama y me siento más que lista para preparar otro *gin tonic*.

—Sólo que este será el último —murmuro decepcionada sin dejar de sacudir la botellita boca abajo—. Luego tocará beber *gin sin tonic*. — Coloco el ahora vacío recipiente de cristal a la altura de los ojos y observo lo que me rodea a través de su boca, a modo de catalejo—. Puff, el culo de una botella no hace que el mundo se vea mejor.

Soltando un sonoro bufido, me acomodo encima del colchón, cruzo las piernas con cuidado para no

derramar ni una mísera gotita de alcohol y, echando lo que queda del cítrico en la bebida, me estremezco presa de los recuerdos. Porque la expresión que demudó las facciones de Alberto, cuando Cartwright III se alzó como portavoz del comité y declaró que ninguno de los tres proyectos les convencía, fue de tal calibre que hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo de un extremo al otro. El mismo que vuelve a sacudirme ahora con tan sólo rememorarlo.

Le pego un buen viaje al contenido de la copa, tras el cual meneo la cabeza, pesarosa, y me llevo la mano a la frente. Si pudiera olvidar... Pero tengo cada maldita palabra, cada inflexión de su voz grabada en la memoria. Lo juro. De hecho, mientras Cartwright daba las razones por las cuales consideraban que las propuestas no eran las adecuadas, tuve que cerrar los ojos por un instante porque sentí que retrocedía en el tiempo y volvía a estar de nuevo en ese reservado del *Grattard*, sentada frente a Gabriel.

No sé, todo fue demasiado familiar. Como si hubiera sufrido un *déjà vu* en toda regla o algo por el estilo.

Tras desenlazar la mirada de la nada, observo la palma de mi mano, vuelta encima de la rodilla, y flexiono los dedos con cuidado para luego volver a estirarlos.

Casi puedo sentir de nuevo la misma clase de pavoroso cosquilleo que experimenté cuando la posé encima del muslo de Alberto para tranquilizarlo y evitar que soltara alguna inconveniencia.

Porque iba a hacerlo, pero todo posible exabrupto murió en sus labios cuando el oportuno de Cartwright, obviamente puesto sobre aviso por Gabriel, mencionó la existencia del cuarto proyecto.

«Venga, *socia*, no te hagas de rogar. Enséñales esas as en la manga».

Si las miradas mataran, habrían tenido que llamar a un juez para que efectuara el levantamiento de mi despedazado cadáver. Y no exagero ni una pizca, ya que cualquiera que hubiese sufrido en carne propia el asesino escrutinio de mi socio podría haber corroborado que aquello se parecía más a «machetes volando hacia Dee» que a otra cosa.

A partir de ahí el resto de la reunión transcurrió como en una especie de nebulosa. Me dejé llevar por la corriente mientras pensaba que mi existencia empezaría a desfilarse ante mis ojos unos segundos antes de que Alberto me aniquilara.

En serio, creo que nunca lo he pasado tan mal en toda mi vida.

Ingiero lo que queda de *gin tonic* de golpe, deposito la copa en la mesita y agarro la botella de *Bombay* para empezar a beber a morro mientras la cabeza y el estómago me dan vueltas y más vueltas antes de encogerse en un gurrño.

Algo achispada, canto al unísono con Mina «Un anno d'amore» para alejar los fantasmas de la culpabilidad y el remordimiento, para olvidar las palabras envenenadas de mi socio cuando lo perseguí hasta el ascensor y me escupió a la cara todo lo que pensaba de mí, de mis tejemanejes con Gabriel, de...

El corazón casi se me sale del pecho en el instante en que la musiquita de mi teléfono móvil irrumpe en mitad de la canción.

De un salto, me incorporo de la cama y lo rebusco por todo el apartamento antes de que salte el buzón de voz. Una parte de mí espera que sea Alberto, pero no es así. De hecho, me quedo clavada en el sitio al comprobar en la pantalla de quién se trata.

—El que faltaba en el entierro —murmuro al tiempo que un sudor frío se apodera de mí.

Rechazo la llamada. No quiero escuchar su voz, no quiero saber nada de él. Nunca más. Poco me

importa que todo se vaya un poquito más a la mierda. Total, ahora mismo ya es bastante infernal, gracias.

—No insistas —gimo ahogando el móvil con la almohada cuando vuelve a la carga.

Pero lo hace. Una y otra y otra vez. Hasta que al final descuelgo presa de un enfado criminal y le contesto con un «eres un cabrón malnacido» en el que vuelco todo el dolor y la frustración que he estado acumulando a lo largo de los últimos días, horas, minutos...

—Te dejé una nota —responde con su habitual imperturbabilidad, como si mi enfado fuera injustificado.

—Sabes de sobra que no se trata *sólo* de eso —siseo al tiempo que siento cómo se me emponzoña la sangre—. ¿Quién coño te crees que eres?

—Ha salido bien, ¿no? —Su tranquilidad me crispa—. Entonces, ¿a cuento de qué viene todo

este... despliegue?

—Viene a cuento de que no podías cerrar el pico. Noooo. Tenías que hablarles del jodido proyecto que *tú* me incitaste a elaborar, ¡sin saber siquiera si lo había hecho! —le reprocho—. Viene a cuento de que ahora mismo mi amigo piensa que soy una zorra y tiene un cabreo de tres pares de cojones que puede llevar nuestra sociedad a... a... —mi voz oscila de manera peligrosa, casi al borde de las lágrimas—. Dios, te odio, Gabriel Berling. Y me odio a mí misma. —Hay que ver lo elocuente que soy a pesar de la cantidad de alcohol que llevo ingerida—. Porque por ti soy débil, maldito maldito capullo.

Intento tragar saliva. Mi lengua parece estopa contra el paladar y la ginebra me está revolviendo el estómago.

—Dee, escúchame...

—¡Escúchame tú, gilipo-po-pollas! Se acabó,

¿me oyes?! ¡Se acabó!

—Tienes la lengua de trapo. Para de beber —me ordena—. Para ahora mismo o te arrepentirás.

Me río amargamente. Lo hago hasta que la risa se quiebra en mil pedazos y termino por deshacerme entre sollozos e hipidos. No sé si me entiende, pero lo insulto una y mil veces con voz balbuceante. Le echo en cara toda la porquería que me estoy comiendo por él, por su culpa, por la mía.

Vuelco en cada palabra hasta el más minúsculo de mis sentimientos, pero no le digo que me he enamorado de él como la tonta que soy. No lo hago porque no se lo merece. No se merece nada bueno que pueda provenir de mí, pero aún y todo no puedo arrancarme del pecho esta sensación que me atenaza. Porque lo quiero lejos y al mismo tiempo necesito que esté a mi lado.

Me vacío por completo mientras los minutos

transcurren y Gabriel me escucha estoicamente.

Tanto, que la única noticia de que sigue ahí es el sonido de su respiración.

Al final, cuando ya nada queda en mi interior, me sorprendo a mí misma susurrando un ambiguo «si estuvieras aquí...» a la vez que la botella casi vacía resbala de entre mis dedos al suelo y me desplomo de espaldas encima del colchón.

«... te gritaría y golpearía hasta caer derrotada en tus brazos», es lo que no añado. «Ojalá estuvieras aquí, Gabe, a mi lado. Ojalá pudiera aovillarme contra tu cuerpo y sentir que soy algo más que un polvo. Que te importe, aunque sea un poco».

—Dee, necesito que me escuches.

—Y yo necesito dejar de hacerlo. —«Porque el mero sonido de tu voz me hace flaquear. Y

aborrezco esta debilidad, con toda mi alma».

Me doy cuenta de que muchas cosas han cambiado en mi vida desde que Gabriel apareció, de que yo no era así antes de que irrumpiera como una fuerza de la naturaleza en mi mente, en mi cuerpo. Ya ni siquiera parezco dueña de mi amor propio.

—No puedo continuar.

Tengo que alejarme antes de que sea demasiado tarde, si no lo es ya.

—Quieres romper el trato —no es una pregunta.

Ambos enmudecemos y, aunque el silencio apenas dura unos instantes, intento descifrar lo que Gabriel calla mientras al otro lado de la línea el pulso de la ciudad resuena como un eco lejano.

—No estás pensando con claridad.

¿Por qué de repente su voz se siente como una caricia? Más Gabe y menos Berling. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué me da esperanzas?

—Serénate. Hablaremos cuando regrese, car...

Alto ahí. ¡Espera un segundo! Rebobina, ¡por lo que más quieras, Vargas, rebobina! ¿Iba a decir lo que parece que iba a decir?

Pero la frase queda inconclusa, así que me encojo encima de la colcha en posición fetal y espero por una quimera, por un espejismo en mitad del desierto. Cierro los ojos y trago mis lágrimas, dulces y amargas, mientras su respiración me arrulla.

—Hablaremos —sentencia finalmente, recuperando ese tono que poco a poco he aprendido a aborrecer.

—No, espe...

Me incorporo de golpe, pero ya es tarde; la comunicación se ha cortado con un doloroso *pipipipi* que provoca en mí una horrible sensación de pérdida.

Está claro que si pretendo llevar este trato hasta sus últimas consecuencias, más me valdrá arrancarme el corazón de cuajo.

Capítulo 4

Una vez, cuando tenía cinco años, quedé atrapada en la cámara frigorífica del restaurante en el que trabajaba mi tía Margo.

Recuerdo que se trataba de un modelo bastante antiguo, tan amplio como el salón y la cocina de nuestra vieja casa juntos. Las baldas metálicas repletas de alimentos llegaban hasta el techo, las cajas se apilaban en el suelo unas encima de las otras y casi al fondo, en el lateral izquierdo, había una puerta que daba al habitáculo del congelador.

Algunas tardes entre semana, cuando no podía quedarme con la vecina o en casa de alguna amiguita, mamá me dejaba con la tía mientras ella se deslomaba limpiando casas por un miserable puñado de dólares. Eran malos tiempos para mi

familia, endeudados hasta las cejas por culpa de la mala cabeza de papá, por lo que cualquier tipo de ingreso resultaba más que bienvenido.

Margo solía dejarme sentada en la mesa que había en una esquina de la enorme cocina industrial, allí donde no fuera un obstáculo para el resto de la plantilla. Una mesa en la que pasé bastantes tardes lápiz de cera en mano, absorta en mi cuaderno de dibujo repleto de princesas y fiestas fabulosas. A veces pienso que ya por entonces apuntaba maneras.

La cuestión es que una tarde esa distracción no fue suficiente y, en un descuido de los adultos que pululaban a mi alrededor como abejas atareadas, me colé detrás de uno de los pinches en la cámara frigorífica. Error. Tan menuda como era, mi presencia pasó totalmente desapercibida para él, que salió de allí y cerró la puerta tras de sí sin darse cuenta de que yo quedaba dentro.

Al principio no me di cuenta, tan fascinada como

estaba por aquella indecente montaña de comida. Me preguntaba cómo era posible que aquí hubiera tanta cuando en nuestra nevera apenas podías encontrar la cena de ese día, aunque por aquel entonces no era capaz de entender que todo se debía a nuestra pésima situación económica.

Un ratito después, en cuanto la fascinación dio paso al aburrimiento —porque aquello de divertido tenía poco o nada, salvo para jugar al escondite, quizá—, emergí de entre el mar de cajas y estantes y me dirigí hacia la puerta para descubrir que, ¡oh, sorpresa!, no podía abrirla.

Fueron los diez minutos más largos de toda mi vida, sin contar aquella nefasta primera vez con Henry.

El frío, que al principio ni siquiera había advertido, se fue colando en mi cuerpo con angustiosa pero irrefrenable lentitud, hasta traspasarme los huesos con su gélido beso. Todavía hoy, si cierro los ojos y me concentro en

ese momento, puedo volver a experimentarlo.

No sé por qué no grité o pateé la puerta. Tal vez lo hice y no logro recordarlo. La única imagen que conservo en mi memoria es la de una niña demasiado pequeña y esmirriada, sentada en el suelo y abrazada a sus piernecitas.

La razón de que escoja revivir esa reminiscencia del pasado ahora mismo se debe a que la situación con Alberto se parece demasiado a lo que experimenté por aquel entonces. La oficina se ha convertido estos dos últimos días en la misma cámara frigorífica en la una vez quedé encerrada y, al igual que años atrás, me encuentro atrapada en la soledad, a la expectativa de lo que pueda suceder durante el próximo minuto o la siguiente hora. Temerosa de ello.

—No sé qué os pasa, pero tenéis que parar.

Levanto la vista de la lista de proveedores con los que tengo que contactar para empezar a concretar

todo lo que vamos a necesitar para la Gala y me encuentro con Beth y Nadia en la puerta de mi despacho. La primera con los brazos cruzados delante de su menudo busto y un profundo rictus de preocupación, la segunda un paso por detrás, diciéndome por señas que esto no ha sido idea suya. Pero la expresión que veo en su rostro me deja bastante claro que coincide con su compañera.

—Si vamos a tener esta conversación, preferiría que fuera en privado —señalo a la vez que me reclino en mi asiento y las insto a entrar con un gesto de mano—. Quédate —agrego cuando veo que mi asistente duda acerca de si debe quedarse o volver a su puesto de trabajo—. Por favor, pones cómodas en el sofá.

Tras cerrar la puerta, ambas toman asiento mientras yo me levanto y rodeo la mesa para terminar apoyándome en la esquina con un aire despreocupado que no se adecua a la realidad.

A pesar de que tienen espacio más que de sobra, Beth y Nadia están tan pegadas la una a la otra que me hacen pensar en unas siamesas unidas a lo largo de sus respectivos costados, desde el hombro hasta la rodilla.

Cruzo el brazo izquierdo por delante de mi estómago para sostener el codo del contrario en la palma mientras cierro los ojos un instante y me aprieto el puente de la nariz. No estoy muy segura de qué les voy a decir, así que mantengo la postura al tiempo que inspiro de profundamente para luego soltar todo el aire de mis pulmones en una larga, lenta exhalación que me proporciona los segundos suficientes para reorganizar mi cerebro.

—No tenéis que preocuparos —les aseguro con tono tranquilizador, ahuecando ahora mi mejilla con la mano derecha—. Hemos pasado por situaciones parecidas a lo largo de estos años y sabéis que la sangre jamás llegó siquiera a aproximarse al río.

—Es precisamente porque he trabajado aquí desde el primer día, y sé que no es la primera vez que se producen discrepancias entre vosotros, que puedo asegurar que esto no es normal —apunta Beth, que es ratificada al momento por el mudo asentimiento de mi asistente—. Las tres sabemos que a veces Alberto no es una persona fácil. —«Vanidoso y sabelotodo», canturrea Nadia por lo bajito—.

Del mismo modo, hemos «sufrido» más de uno de vuestros roces profesionales. —Sí, todas estamos de acuerdo en eso—. Pero nada como este nuevo e inusitado nivel de hostilidad que habéis alcanzado.

—Empezáis a pareceros a Estados Unidos y la antigua Unión Soviética durante la época de la Guerra Fría —apunta mi asistente—. De hecho, hoy me dieron ganas de incorporar a mi mesa un búnker nuclear cuando tuve la genial idea de preguntarle si contábamos con él para picotear algo el viernes noche, después de la cena de ensayo de los Simmons-Wang.

Nadia se estremece al recordarlo y Beth le pasa el brazo por los hombros para darle un cariñoso apretón. Sí, bueno, Alberto puede ser igual de desagradable cuando se cabrea que encantador cuando está de buenas, así que entiendo lo que sintió. Sobre todo porque en ese momento me encontraba al otro lado de la puerta de mi despacho, a punto de salir hacia una cita laboral, y pude escuchar con mis propios oídos la respuesta de mi socio.

—¿Tendremos que desempolvar el material antidisturbios el sábado? —pregunta la asistente de Alberto.

Demonios, me había olvidado por completo del pequeño detalle de que el evento programado para esa noche requerirá de la presencia de ambos.

—Mierda —mascullo tras golpearme la frente con la palma abierta.

Si fuera físicamente posible, me hundiría en el

suelo hasta desaparecer por completo en un gran momento de «trágame, tierra», en serio. Porque dudo mucho que su hostilidad se vaya a disipar durante las próximas cuarenta y ocho horas.

—¿Qué hacemos? —sondean ambas a la vez.

Abandono la mesa y camino pensativa hacia el ventanal, sin parar de morderme el labio inferior, mientras pienso que ya me gustaría saber cómo nos las vamos a apañar para solucionar esta asquerosa situación.

—¿La verdad? No lo sé —confieso con la mirada perdida en la jungla urbana que se despliega ante mis ojos—. Ahora mismo es inviable intentar hablar con él. —Hundo los hombros con un suspiro de derrota—. Siento mucho que todos estéis sufriendo por mi culpa —musito—, pero sé que si provooco un acercamiento antes de tiempo...

La situación podría empeorar. Es lo que tienen los hombres excesivamente temperamentales; que se

disparan con una facilidad pasmosa pero luego no hay manera humana de enfriarlos con la misma rapidez. Y, para colmo, Alberto es de los que pueden rumiar su animadversión durante días y días.

—Probaré a hablar con él el viernes a la noche. Sábado por la mañana a más tardar. —Me giro y enfrento sus miradas interrogantes—. Mientras tanto, decidles a los demás que no me nombren en su presencia salvo cuestión de vida o muerte, ¿entendido? —Suena infantil, lo sé, pero es el único modo de ayudar a que la situación se distienda—. Y por lo que más queráis, si explota, ignoradlo. Ahora mismo cualquier tontería le puede servir para buscar un modo de canalizar su cabreo hacia vosotros.

Al lado de lo que se suele sufrir por ahí, es un buen jefe. Al menos en el noventa y nueve por ciento de las veces. Aunque debo de admitir que el restante uno por ciento... ¡Uff! En fin, supongo que el cuadro queda bastante claro si digo que en

ocasiones puede llegar a convertirse en un ser irracional y altamente inflamable. Quizá sea esa vena latina suya la causante de semejantes explosiones de mala leche, pero la cuestión es que cuando se pone así lo mejor que uno puede hacer por su vida es apartarse. Y no, no estoy bromeando. No es la primera vez que casi se lleva a alguien por delante durante una de sus repentinas deflagraciones y yo no estoy de humor para recoger los pedacitos de nadie. Bastante tengo con el mío.

El silencio se apodera de la estancia y las dos se levantan del sofá prácticamente al unísono, dando por finalizada la conversación.

—Beth —murmuro para retenerla un par de minutos más.

Nadia nos deja a solas y cierra la puerta para preservar la intimidad de la conversación.

—Dime, ¿cómo lo ves?

—Está muy dolido. —Mueve la cabeza pesarosa
—. Nunca lo había visto así, en serio.

—¿Te ha...?

—¿Contado algo? No.

Se aproxima a mí y me rodea con sus brazos en un cálido, reconfortante abrazo. Cuando digo que *Candilejas* es una gran familia no exagero, sino que constato una realidad.

—Lo conozco desde antes que tú —me susurra al oído, sin aflojar la intensidad de su consuelo— y puedo asegurarte una cosa; él no estaría así si no te quisiera.

Cierto. Alberto es radical, de los que cortan por lo sano si la persona es cuestión no es importante para él. No se lo suele pensar dos veces por la sencilla razón de que no le duelen prendas a la hora de soltar lastre innecesario. Pero aún a pesar de saber que el que no me haya sacado de una patada de su vida es buena señal... tengo miedo.

Miedo de que su cabreo se enquistase en su ánimo, miedo de que esto pueda desembocar en una separación irremediable en cualquier momento. Y aunque me dolería mucho perder al socio, peor sería quedar huérfana de su amistad.

Agarrándome por los hombros, Beth da un paso hacia atrás para separarse un poco y me obliga a mirarla a los ojos. Parece una madre preocupada, lo que no deja de ser gracioso ya que apenas es un par de años mayor que yo.

—Se le pasará —me anima al tiempo que esboza una sonrisa dulce.

—Ojalá estuviera tan segura como tú —hipo.

—Sí, bueno —se encoje de hombros y deja escapar una risita—. A veces tengo la sensación de que lo he parido. Entonces, al segundo siguiente pienso que está tan buenorro que me lo llevaría a la cama si fuera hetero y... —Se estremece de manera teatral—. Suena casi incestuoso, ¿verdad?

Mi risa se entremezcla con un sollozo. Dios, tenemos unos empleados que no nos merecemos.

—De todos modos, habladlo. No dejéis pasar mucho tiempo estando así.

Cuando Beth se marcha, me tiro en el sofá durante unos minutos y pienso en lo que resta de día. Y

de noche. Porque he quedado con Nathan para hablar de negocios mientras cenamos en una pequeña, familiar pizzería de barrio que queda a pocas calles de mi apartamento y cuya existencia desconocía.

Giro la cabeza en dirección a la mesa y observo mi silencioso móvil. Gabriel no ha dado señales de vida desde la llamada de la otra noche, lo que no es de extrañar en él.

Regreso a la posición original, tapo los ojos con el antebrazo y exhalo un trémulo sonido de cansancio. Dos minutos más y me levantaré para seguir con el trabajo, en serio.

Siento los párpados pesados, pero mi cerebro funciona a toda máquina, sin darme tregua. Pienso en Nathan, en lo bien que lo pasé con él aquella noche y, prácticamente al instante, una cuestión decide asomar la patita por debajo de la puerta.

—Me pregunto si eso de que un clavo saca a otro clavo funciona de verdad.

La respuesta llega a renglón seguido; supongo que todo es cuestión de probar, ¿no?

Capítulo 5

—Esto... —Vuelvo a mirar a mi alrededor por tercera vez desde que nos han servido la cena—. ¿Estás seguro de que no me has traído a cenar al edificio de las Naciones Unidas?

La contagiosa risa de Nathan llena mis oídos y no puedo evitar volver el rostro hacia él, apoyar la mejilla en la mano y comérmelo con la mirada. Dios, es tan guapo... Ha vuelto a pasarse de nuevo

la mano por el pelo, por lo que ahora mismo lo tiene medio de punta, y sus ojos chispean repletos de diversión a la vez que se lleva la cerveza a los labios para beber un trago sin quitarme la vista de encima ni por un segundo.

—Si te sirve de consuelo, es la quinta vez que vengo por aquí y me resulta tan chocante como la primera.

Se lame la gotita dorada que ha quedado prendida de su labio inferior en un gesto que no pretende ser sexy, pero que a mí me encanta. Entonces, le quita un poco de pepperoni a su porción y lo introduce en la boca para proceder a masticarlo con una expresión en su semblante que haría que cualquier mujer sintiera envidia de ese miserable trocito de embutido.

—Ya has visto a l dueño —lo señala de manera disimulada, arqueando la ceja en su dirección—.

Turco, apenas un silbido de hombre y más calvo

que Kojak. Su mujer es una especie de valquiria rubísima que le saca medio cuerpo. En ambos sentidos. —Posiciona la mano a la altura de la coronilla, como si se estuviera midiendo, y la eleva de repente unos veinte centímetros por encima con expresión cómica. Luego, la deja caer y expande hacia los lados los brazos mientras infla los carrillos.

—Exagerado —lo acuso.

—Te juro que no. —Dibuja una cruz sobre su corazón con una sonrisa—. De hecho, es probable que me esté quedando corto, pero lo podrás comprobar enseguida porque dudo que tarde mucho en aparecer.

Intento no reírme al imaginarme a tan peculiar pareja el uno al lado del otro, pero no lo consigo.

—Sigamos. ¿El que está haciendo malabares con la masa? Australiano. —Tomo mi porción pizza y, antes de llevármela a la boca, le pregunto cómo lo

sabe—. Simple; estate atenta cuando hable.

Ambos sometemos al pobre muchacho a un intenso escrutinio, hasta que al fin, cuando ya pensaba que nunca lo haría, le hace un comentario a su compañero con un pronunciado acento que no deja lugar a dudas acerca de su país de procedencia.

Como no se me da bien diferenciar un chino de un coreano o un taiwanés, lo único que puedo decir del otro empleado es que es un asiático de poco más de metro cincuenta que no se ha dedicado más que a meter y sacar las pizzas del horno en el tiempo que llevamos aquí sentados.

—¿Chino? —aventuro a decir.

—No, coreano.

¡Si es que no atino ni una!

La plantilla incluye también a un par de repartidores que entran y salen del local constantemente.

Uno de ellos es hindú —y muy mono, por cierto—, mientras que el otro tiene pinta de mexicano.

—En una de las ocasiones en que me dejé caer por aquí, había una brasileña. —Lleva su cacho de pizza a la boca, pero en vez de morderla se queda con la mirada perdida en la nada, como si estuviera evocando un recuerdo—. Creo que jamás podré olvidarme de su cara.

—Debía de ser muy atractiva para que se te quedara grabada a fuego —dejo caer antes de propinarle otro bocado desganado a mi cena. Estos días me siento inapetente.

Nathan casi se atraganta. Su ataque de risa es tan fuerte que creo que lo que acaba de salir disparado por su nariz es un cachito de queso derretido a medio deglutir.

Me incorporo y le doy golpecitos suaves en la espalda mientras él sigue tosiendo y riendo a la vez con una servilleta delante de la boca.

—Gracias —grazna al poco rato, antes de beber un poco de cerveza—. No, por Dios, no era atractiva. —Su expresión es todo un poema—. ¡Era más fea que la mona Chita!

A mitad de la cena la conversación deriva hacia los asuntos que nos han traído hasta aquí; negocios. Al parecer, en los próximos tres años tiene pensado remodelar varios locales y está bastante interesado en firmar un acuerdo con nosotros para que *Candilejas* se haga cargo de las reaperturas de todos y cada uno de ellos.

—¿Podrías haceros cargo del primero? Sería para finales de abril, principios de mayo. Eso si el contratista y el diseñador cumplen con su parte, claro.

Le digo que no puedo confirmarle nada sin hablarlo antes con mi socio, pero que estoy segura de que Alberto dirá que sí sin pestañear. ¡Imposible no hacerlo! La inauguración de cualquiera de los garitos nocturnos del

archiconocido Nathan Maguire supone toneladas de publicidad, aparte de los succulentos ingresos fijos que nos reportaría un contrato de ese tipo.

—Por cierto —aparta a un lado su plato y se reclina en el asiento cerveza en mano—, ¿pudiste solucionar ese problemilla?

—¿Cuál?

—Empire. Fin de año.

Ah, eso. Me mordisqueo el dedo gordo e intento aquietar el tumulto que se apodera de mi sexo al recordar aquella noche, al tiempo que pienso qué distinto habría sido todo si me hubiera quedado con Nathan en el *Glam* en vez de tener que ir a poner remedio a algo inexistente.

—Sí, sí. —Hago un aspaviento con la mano, restándole importancia, y a continuación empiezo a destrozar a pellizquitos la inacabada porción de pizza que queda en mi plato—. Era una tontería.

—Ojalá no hubieras tenido que ir.

Deposita su mano sobre la mía y al instante paro de desmenuzar los restos de mi cena. Entonces, alzo los ojos lentamente para toparme con los suyos, de un azul tan exótico que me hace pensar en hamacas, arena blanca y aguas cristalinas.

—Me habría encantado pasar la noche contigo — su voz provoca que un estremecimiento me recorra la columna de un extremo al otro.

Debería de haber sido él, no Gabriel. Nathan Maguire es un buen tipo; dulce, simpático, comunicativo. Un valor seguro, sin grandes riesgos. Y sí, también exuda *sex appeal* a chorros.

—Toda la noche —apostilla.

—Nathan...

—Me gustas mucho, Dee. —Su sonrisa es preciosa, de esas que te calientan a fuego lento.

Bajo la mirada y observo cómo sus dedos rozan mi piel con ociosas, sensuales caricias circulares.

A pesar de que parece un poco vapuleado tras la larga jornada de trabajo, la imagen que me ofrece con esa camisa negra remangada hasta los codos y los vaqueros abrazados a la parte inferior de su cuerpo como una segunda piel es de las que ciegan. Exactamente igual que si acabaras de ver un eclipse solar sin la protección adecuada.

Gira nuestras manos hasta que la palma de la mía queda hacia arriba. Es entonces cuando mi atención recae en el tatuaje que tiene en la cara interna del brazo.

—«Nosce te ipsum» —leo con voz queda al tiempo que deslizo el índice por los delicados trazos góticos.

—¿Sabes latín?

—No. —Esbozo una sonrisa avergonzada—. Nunca se me dieron bien las lenguas muertas.

—¿Y qué me dices de las vivas?

El agarre de su mano en torno a la mía se agudiza y de repente me veo impulsada hacia delante.

Nuestras bocas se estrellan la una contra la otra en un choque frontal que me deja sin aliento. Sus labios son firmes, calientes, inquisitivos. Se mueven sobre los míos con pericia, incitándome a abrirlos para poder penetrar en el resbaladizo interior y tomar posesión de mí a su antojo.

Pienso en Gabriel e intento retroceder, pero Nathan me agarra por la nuca e inclina ligeramente la cabeza hacia un lado para tener mejor acceso. Entonces, cuando siento la punta de su lengua resiguiendo mi arco de Cupido, me abandono a su beso con un gemido amortiguado y le franqueo la entrada.

No sé cómo lo hace, pero es salvaje y dulce al mismo tiempo. Me intoxica hasta el punto de

lograr que me olvide prácticamente de todo. Pero a pesar de que la chispa entre nosotros está ahí, no es suficiente. Gabriel invade mis pensamientos y al instante me aparto turbada por lo que acaba de suceder.

—¿Qué pasa?

—Na-nada —respondo algo aturdida.

Resulta tan absurdo... Ni siquiera soy capaz de mirarlo a los ojos. La sombra de Gabriel es tan alargada que temo que pueda verla reflejada en los míos. Para colmo, me siento como si estuviera cometiendo alguna clase de infidelidad. ¡Lo que es una soberana estupidez!

—¿Segura?

Creo que si pudiera darme una patada en el trasero a mí misma, lo haría gustosa ahora mismo, sin dudarlo ni por un instante. ¿Qué demonios me pasa? Debería de ser capaz de mandarlo todo a la porra y arriesgarme con Nathan, pero en cambio

me quedo petrificada.

—Sí. —Eludo el contacto visual con él y cuando hace ademán de aproximarse de nuevo, lo rehúyo —. ¿Sabes? No me has dicho lo qué significa —le recuerdo en un intento por darle un giro a la situación—. Me refiero al tatuaje.

—Conócete a ti mismo. —Enmarca mi rostro con una mano y me obliga a devolverle la mirada —. ¿Quién es él?

Doy un respingo y me separo todo lo que puedo. ¿Cómo lo ha sabido?

—Tenía mis dudas, pero la manera en que acabas de reaccionar me lo ha confirmado. —Suelta el aire de sus pulmones lentamente y le hace una seña al dueño del local para que nos traiga la cuenta—.

¿Es serio?

—Sexo, nada más —balbuceo mirando hacia otro lado. Dios, de repente todo resulta tan sórdido

entre Gabriel y yo que me siento violenta al hacer la más mínima mención al respecto.

Se inclina hacia mí y, tras poner dos dedos debajo de mi barbilla, me voltea el rostro hacia él.

—¿También para ti? —indaga observándome con la cabeza ladeada y rictus serio—. ¿O cabe la posibilidad de que en algún momento lo mandes a la mierda?

—Tú no quieres ser una bala en la recámara, Nathan. —Parpadeo varias veces para aliviar el picor de las lágrimas incipientes—. Te mereces algo más. Algo mejor.

—Me merezco lo que quiero y esa eres tú.

El instante se esfuma cuando vemos al hombrecillo aproximarse a la mesa ticket en mano, lo que provoca que ambos desenfundemos nuestras respectivas carteras como si fuéramos dos rudos vaqueros a punto de verse involucrados en un tiroteo en el O.K. Corral.

Nathan me desafía con la mirada a que ose intentarlo siquiera y entonces se desata una feroz contienda para ver cuál de los dos se sale con la suya.

—Invito yo —insiste por segunda vez al ver que sigo emperrada en pagar mi parte—. Y no discutas.

Aparta mi aportación con gesto obstinado, lo que redobla mi empeño.

—No. O me dejas pagar a mí o lo hacemos a medias —replico volviendo a poner mi billete encima del ticket.

Seguimos así, discutiendo por una ridiculez, hasta que escuchamos al pequeño turco carraspear con impaciencia, harto de esperar a que alguno de los dos se digne a abonar la cuenta.

—Lo siento —me disculpo al tiempo que retengo la mano de Nathan y le pago al pobre hombre con

una sonrisa un tanto avergonzada—. El resto es la propina.

Mira la cantidad que acabo de entregarle con un mohín, como si no le pareciera suficiente, y al fin se aleja de la mesa.

—Coge el dinero, Dee.

Lo ignoro de manera descarada. Esto es una cita de negocios y no pienso consentir que me invite.

Levantándome, me pongo el abrigo, cuelgo el bolso del hombro y salgo al exterior con Nathan prácticamente pegado a mis pies.

Por suerte ha parado de llover, lo que es un alivio.

—Al menos deja que te pague mi parte.

Viendo que no va a callar, le quito de la mano un billete de diez y procedo a guardarlo en el bolsillo por la simple razón de que no tengo ganas de discutir en la acera con la noche tan horrorosa que

está haciendo.

—¿Puedo acompañarte?

Lo mejor sería decirle que no, pero ¿qué puede haber de malo en dar un corto paseo hasta mi edificio? ¿Eh? Además, me gusta estar con él. Ha conseguido que me olvide de mis problemas durante toda la cena y el saber que le gusto ha inflado mi pisoteado ego de un modo considerable. Al menos Nathan sí parece tener un interés real en mí, no como cierta persona que... en fin. Visto lo visto debe de ser cierto eso de que el corazón tiene razones que la razón no entiende, porque mientras mi cabeza grita que lo más sabio sería mantener al hombre que camina a mi lado cerca, mi corazón susurra que ya tiene dueño. Lo que es completamente irracional, lo sé, pero nadie puede controlar de quién se enamora, ¿verdad?

Sencillamente ocurre. Y así, del mismo modo que no puedes hacer que los planetas dejen de girar en torno a su propio eje, el amor aterriza en tu vida cuando menos lo esperas. A veces de mano de la

persona más inapropiada que hayas conocido jamás, como es el caso de Gabriel que es tan, tan contraproducente para mi salud mental y amorosa...

Transitamos por la calle envueltos en un agradable silencio y de cuando en cuando lo observo por el rabillo del ojo con toda la discreción posible.

«Me gustas mucho, Dee».

Mi cuerpo reacciona ante el recuerdo de su beso, pero no lo hace de un modo tan intenso como cuando Gabriel está cerca.

—Un café —espeta súbitamente—. El domingo por la tarde. ¿Qué me dices?

—Tal vez.

Él sería el medio perfecto para un fin; arrancarme a Gabriel de una vez por todas. El problema es que no puedo usarlo, porque entonces me convertiría en un ser... rastrero.

Llegamos al último paso de peatones y le comento que mi edificio se encuentra a unos cien metros a la izquierda. Como el semáforo está en rojo, paramos en el borde de la acera y, justo en ese preciso instante, las compuertas del cielo se abren encima de nuestras cabezas, cayéndonos encima un chaparrón de órdago. ¡Genial!

Rebusco en el interior de mi bolso con rapidez y extraigo un paraguas plegable que Nathan me arrebató de las manos al instante. No es bonito, pero sí práctico. La típica compra que haces un día que te olvidas el tuyo en el apartamento y eres sorprendida por la lluvia a mitad de camino del trabajo o de alguna cita. Lo malo es que es tan pequeñajo que nos vemos obligados a apretujarnos debajo si no queremos mojarnos demasiado.

—Vigila el semáforo —murmura en mi oído con voz ronca.

—¿Por qué? —Parpadeo consternada, buscando sus ojos—. ¿Acaso no puedes hacerlo tú?

—No —responde con la mirada perdida en mi boca—. Porque pienso estar muy ocupado haciendo otra cosa.

Dios... Su beso me pone del revés. Empieza suave, liviano, pero termina convirtiéndose en algo profundo, delirantemente húmedo y carnal. Su lengua busca la mía, la seduce, la persuade para que baile con ella en un sensual enredo de calor, jadeos y respiraciones entrecortadas.

Sin saber muy bien qué hacer, termino por rodearle el cuello con los brazos a la vez que emito un quedo ruidito y me dejo querer. Al momento siento cómo desliza la mano libre por mi cuerpo, recorriéndome desde la cintura hasta la nuca y aproximándose todavía más a él sin parar de devorar mi boca con auténtico frenesí. Y lo hace muy bien. Nathan Maguire es un besador de primera, de los que saben qué hay que hacer para que a una mujer se le encojan los dedos de los pies y pierda la noción de todo, incluso de sí misma.

De repente, una oleada de agua fría nos baña de la cabeza a los pies y ambos nos separamos con un exabrupto.

—Será hijo de puta —masculla Nathan al tiempo que le lanza una mirada asesina al taxista que nos ha puesto como una sopa, el mismo que acaba de doblar la esquina como si estuviera en el circuito de Daytona.

—Me parece que podemos prescindir del paraguas —apunto mientras observo mi abrigo completamente empapado—. Total... Ya no puede ser peor.

Error. Justo cuando el semáforo cambia a verde, un coche se lo salta a toda velocidad volviendo a pasar por encima del agua empozada y salpicándonos por segunda vez en menos de medio minuto.

—Dios mío —balbuceo tras apartar un mechón que se me ha pegoteado a la cara—. Creo que

estoy calada hasta las bragas.

Con un resoplido, Nathan deja caer el bastón del paraguas encima de su hombro y, después de echar una buena visual a nuestro desastroso aspecto, empieza a sacudirse preso de un silencioso ataque de risa que pronto se vuelve estruendoso y muy, muy contagioso.

—Esto es un momento Murphy en toda regla — declara mientras me agarra de la mano y tira de mí para cruzar la calle antes de que el semáforo vuelva a cambiar.

Una vez en el otro lado, nos guarecemos bajo la única zona seca que proporciona una amplia cornisa y hacemos evaluación de daños.

—¿Cómo te las vas a apañar ahora? —vuelvo a repasarlo de arriba abajo antes de señalar su desastroso estado—. Ningún taxista querrá llevarte por miedo a que le echés a perder la tapicería.

Se encoge de hombros, como si no le importara demasiado, y hace un ademán para que me ponga en movimiento.

—¿Me prestas el paraguas? —suelta justo cuando faltan un par de metros para llegar a la entrada del bloque en el que vivo—. Si no encuentro un taxista que se apiade de mí, siempre puedo ir andando.

¿Se ha vuelto loco o qué? ¡Cogerá una pulmonía!

—No —declaro tajante—. Lo que te voy a prestar es mi ducha y mi secadora.

Apenas acabo de decirlo y ya estoy bastante arrepentida de mi irreflexivo impulso. ¿Cómo se me ocurre meterlo en mi apartamento después de ese par de besos?

—¿Segura?

No, no mucho. Pero sería imperdonable por mi parte el dejarlo marchar calado hasta los huesos, por lo que asiento a pesar de no estar muy

convencida.

—Te prometo una cosa —susurra tras acariciarme la mejilla con el dorso de la mano—; no haré nada que tú no desees.

Houston, tenemos un problema.

Capítulo 6

Aunque insisto para que se duche primero, Nathan se niega en redondo y me obliga a pasar al cuarto de baño. Incluso se toma la licencia de darme un travieso cachete en el trasero para que entre de una vez cuando vuelvo a hacer hincapié en que es de pésima anfitriona el hacerle esperar turno en la puerta del dormitorio.

Tras abrir el grifo y graduar el termostato, me desnudo con rapidez mientras el agua adquiere la temperatura adecuada y deposito la ropa empapada en el lavamanos para no mojar el suelo.

Ronroneo cuando el caliente chorro impacta en mi

piel nada más meterme en la bañera. Cierro los ojos y suspiro al notar cómo mi cuerpo empieza a entrar en calor poco a poco. Me quedaría así durante media hora, pero tengo a un hombre chorreando pacientemente encima de una toalla en el pasillo, así que cojo el champú y aprovecho para lavarme el pelo a la velocidad de la luz.

Cinco minutos después, abro la puerta de mi habitación vestida con una desgastada sudadera gris, amplios pantalones de chándal de color negro y gruesos calcetines rosas estampados con topitos rojos.

Un conjunto tan poco favorecedor que hasta yo misma me doy asquito, pero cuya elección no es para nada aleatoria.

—Interesante look —comenta Nathan nada más verme—. No sé por qué tengo la sensación de que te lo has puesto expresamente para mí.

Paso por alto su comentario, abro la puerta del

todo y le hago un gesto para que traspase el umbral del dormitorio. Una vez dentro, recojo de encima de la cama las toallas que seleccioné nada más salir del baño y se las entrego junto con un enorme albornoz de algodón que iba a ser para un ex de Alberto pero que terminó engrosando el contenido de mi armario por puro despecho.

—Eeh... No es por nada, pero casi que prefiero quedarme desnudo —murmura mirándolo como si acabara de depositar en sus manos una bomba de relojería.

Intento reprimir una risita perversa cuando ambos miramos la prenda plagada de rayas verticales en diversos tonos de lila y fucsia. Es tan inclasificable que casi me da pena que tenga que ponérselo, pero no puedo consentir que ande en pelota picada por mi apartamento.

—Seguro que te queda bien —aseguro con exagerada seriedad.

Abre la boca como si fuera a protestar, pero al instante la cierra con expresión resignada y se encierra en el baño.

Minutos después, me encuentro con los antebrazos apoyados encima de la barra americana, bebiendo un reconfortante café con leche, cuando Nathan aparece en la puerta del salón, apoya las manos a ambos lados del marco con aires de galán de telenovela y empieza a cantar *I Want to Break Free*.

La imagen es tan hilarante como desconcertante, por lo que me quedo con la taza suspendida a medio camino sin saber muy bien si reír o llorar. Al final opto por poner los ojos en blanco y agradecer a los hados que no haya asaltado mis cajones en busca de un sujetador para hacer más fidedigna su imitación de Freddie Mercury.

—Si quieres aprovechar para pasar la aspiradora —señalo con el dedo hacia el interior de la cocina—, está en ese mueble de ahí.

—¿No crees que estoy divino con este modelito?
—pregunta antes de obsequiarme con una mirada «acero azul» al más puro estilo *Zoolander*.

—Lo que creo es que tengo que meter tu ropa en la secadora —declaro tras abandonar mi taza—.

¿La dejaste en el baño, no?

Al regresar al cabo de unos minutos, tras haber metido mi ropa en la lavadora y la suya en la secadora, compruebo que Nathan se ha acomodado en el sofá y ojea con interés una revista que dejé abandonada encima de la mesita la noche anterior.

Se me hace raro verlo en mi apartamento, tan fundido con el ambiente. Como si siempre hubiera pertenecido a este lugar, vamos. Todo lo contrario que Gabriel, cuya presencia es tan absorbente que tiende a engullir lo que le rodea, incluso el aire que necesito para respirar.

Inhalo profundamente y entro en la habitación con una tímida sonrisa en los labios. El ciclo de la

secadora no terminará hasta dentro de media hora, lo que nos deja un lapso de tiempo demasiado amplio por delante, al menos para mi gusto.

Cojo mi taza y compruebo que su contenido se ha enfriado casi por completo, por lo que me meto en la cocina y le pregunto desde allí si quiere algo calentito para entonar el cuerpo después de la mojadura.

—A ti, gracias.

Se me cae la cucharilla del azúcar al suelo. He debido de entender mal, seguro. Porque no dijo eso, ¿verdad? ¿O sí lo hizo?

—Dee. —Aparta la revista a un lado y se levanta del sofá. Puedo escuchar el sonido de sus pies descalzos avanzando por la alfombra—. ¿Se ha dictado alguna especie de orden de alejamiento y yo no me he enterado? —Recojo la cucharilla y la limpio con un trapo para mantener mi atención ocupada en cualquier cosa que no sea él—.

Prometí no hacer nada que no quieras, ¿recuerdas?

Entonces, ¿por qué estás tan tensa?

—Es que... —«ya no sé si puedo confiar en mí misma»—. Olvídalo.

Nathan está a mi lado en el tiempo en que se tarda en emitir un suspiro. Procuero eludir su mirada, pero en ocasiones hay batallas que ya están perdidas de antemano y esta, a mi pesar, es una de ellas.

—Hey. —Me roza la mandíbula con la punta de los dedos—. Tranquila —su voz se pierde contra mi húmeda melena—. Límitate a responder con sinceridad, ¿vale? —Asiento en silencio—. Ese hombre, ¿es tu novio? —Niego—. ¿Tu... amante? —Me encojo de hombros. Ni siquiera estoy segura de que nuestra relación pueda ser calificada de ese modo—. Entonces, si no es ninguna de las dos cosas y no tenéis una relación en el estricto sentido de la palabra... Si no estás atada a él de ninguna

manera, ni tampoco le debes nada...

Oh, sí que lo hago. Le debo el hecho de que *Candilejas* vaya a organizar la Gala de este año, ni más ni menos. Algo por lo que estoy pagando un precio bastante elevado, si se me permite señalarlo.

—Nathan...

Maldita sea, tiene razón; Gabriel no es nada mío, pero a pesar de ello siento que le debo alguna extraña especie de fidelidad. Y todo porque mi tonto corazón se ha colgado por él, convirtiéndome en un ser penoso por albergar pensamientos de ese cariz hacia alguien a quien le importo más bien poco o nada. Un hombre que a estas alturas probablemente se haya tirado a la mitad de la población fémina de la maldita Nipolandia para celebrar que sus negocios marchan viento en popa. ¿Y mientras tanto qué hago yo? Comerme la cabeza de mala manera cuando tengo un hombre guapo —y ligero de ropa — lo bastante interesado

en mí como para estar dispuesto a hacerme olvidar al cretino de Berling.

—Creo que me gustaría intentarlo —musito con un hilo de voz.

—¿El qué? —Sus brazos me rodean e inhalo la combinación de su propio aroma con mi gel de frutas—. Te daré cualquier cosa que necesites, Dee, pero tienes que pedírmelo. —Puedo sentir el firme retumbar de su corazón contra mi espalda—. Dilo y te juro que haré hasta lo imposible para que lo olvides.

Giro entre sus brazos, me pongo de puntillas y deposito un ligero beso en su barbilla.

—¿Y si no soy capaz?

Me pierdo en los pozos azulados de sus ojos durante unos segundos antes de dejar caer los párpados con un aleteo de pestañas y limitarme a sentir el roce de su boca contra mi piel. Entonces, en un contacto tan suave como subyugador, Nathan

cubre mi cuello con diminutos, lánguidos besos. Lo recorre desde ese punto tan sensible justo detrás de la oreja hasta la unión con el hombro, únicamente para volver a ascender con tortuosa lentitud en dirección a mis labios entreabiertos.

—Jamás lo sabrás si no lo intentas.

Capítulo 7

No me acosté con Nathan. Sencillamente fui incapaz de pasar de la segunda base. Sí, tal cual. A pesar de que los besos eran buenísimos y la química sexual estaba presente... no fue suficiente.

Terminamos enredados en el sofá en una excitante madeja de labios, lenguas y extremidades. Sus manos se movían por debajo de mi sudadera con mayor ansiedad a cada segundo que transcurría, acariciando cada centímetro de piel desnuda que se encontraba en su camino hacia mis pechos. Pechos que torturó por encima del sujetador con dedos maliciosos, erizando mis pezones hasta que

la necesidad de tener su boca en ellos se hizo demasiado acuciante.

Fue entonces, cuando la situación empezó a ponerse mucho más que caliente, que algo se tronzó en mi interior y me puse a llorar. ¿Alguien puede creérselo? ¡Lloré! Me deshice en sus brazos entre sollozos e hipidos, ocultando el rostro en el punto en que se unen cuello y hombro mientras me disculpaba por haberlo utilizado de semejante manera.

¿La reacción de Nathan? Se incorporó, me sentó en su regazo con una serenidad que me resultó pasmosa y me sostuvo allí, bien pegada a él. Ofreciéndome un silencioso consuelo que no me merecía, serenándome hasta que lo peor pasó y pude recuperar un poco la compostura.

Tras apartarme el pelo de la cara, me limpió las lágrimas con las yemas y me aconsejó que le dijera a quien quiera que fuese la verdad, porque estaba bastante claro que para mí esa relación no

se limitaba únicamente al sexo.

¿Abrirle mi corazón a Gabriel? No, imposible. Sería suicida.

Cuando estuvo seguro de que volvía a ser dueña de mí misma, recolocó el albornoz para ocultar su anatomía de infarto y me dedicó una última caricia antes de preguntarme con un quedo murmullo dónde estaba la secadora.

Apenas dos minutos después estaba de vuelta en el salón, vestido y preparado para largarse de mi apartamento. Su rostro era la fachada de la comprensión en estado puro, pero en su mirada pude distinguir una sombra que parecía decir «mierda, ¿por qué estás enganchada de otro?».

Entendí que no quisiera que lo acompañara hasta la puerta, pero me sorprendió que volviera a repetir su invitación para quedar a tomar un café o lo que fuera el domingo por la tarde. De hecho, mi expresión de asombro debió de ser tal que Nathan

se acercó con una media sonrisa, se inclinó sobre mí y depositó un tierno beso de despedida en mi frente, asegurando que prefería ganar una amiga antes que quedarse sin nada.

«Y si él la caga, estaré ahí».

—Dee, ¿estás bien?

La preocupada voz de Alberto me arranca de mis pensamientos. Es sábado por la noche y llevo inmersa en una alocada actividad desde primerísima hora de la mañana del día anterior. Ni siquiera he podido encontrar el momento adecuado para hablar con él y arreglar la tensa situación que se ha venido dando entre nosotros desde la debacle del martes. Y no se debe sólo a la falta de tiempo, sino también a que me encuentro hecha un puñetero guiñapo, física y mentalmente.

—N-no lo sé —respondo al tiempo que me apoyo de repente contra la primera superficie que encuentro a mano, que resulta ser una pared.

—¿Dee?

Las piernas apenas me sostienen y la estancia empieza a girar y girar cada vez más rápido, obligándome a llevar las manos a la cabeza para intentar parar el desbocado tiovivo en el que estoy subida. Siento los huesos helados, la piel en llamas y la mente súbitamente embotada.

—¿Dee!

Me derrumbo incapaz de soportarlo durante un segundo más. Apenas soy consciente de lo que me rodea, sólo de la voz de Alberto, que llega hasta mí como si estuviera muy, muy lejos.

—No me hagas esto, por lo que más quieras —suplica—. Abre los ojos, ¡maldita sea! —Lo intento, juro que lo intento pero no puedo—. ¡Una ambulancia! ¡Que alguien llame a una jodida ambulancia!

Despierto varias veces, reaccionando a los golpecitos en la cara y las voces que me hacen

preguntas de manera machacona. Preguntas a las que respondo como si hubiera puesto el piloto automático, antes de volver a hundirme en la oscuridad.

Cuando al fin vuelvo a abrir los ojos y me doy cuenta de que estoy en un box de urgencias —sola—, entro en un estado momentáneo de pánico. No sé qué me ha pasado, ni qué hago aquí. Sólo recuerdo que me encontré mal de repente y después... nada. Un inmenso fundido en negro, al igual que en las películas antiguas.

Intento levantarme, pero al instante, como conjurada por arte de magia, aparece una pecosa enfermera de agradable sonrisa que me empuja con suavidad de regreso a la camilla, al tiempo que demanda algo de paciencia por mi parte.

—Su pareja vendrá enseguida con el alta y entonces podrá irse a casa.

¿Pareja? ¿Qué pareja? Estoy a punto de decirle

que yo no tengo novio cuando Alberto asoma la cabeza y, al verme consciente, exhala un sentido suspiro de alivio que se queda corto al lado del mío al encontrarme con una cara familiar en medio de todo este sinsentido.

Le voy a preguntar qué ha pasado, pero él pone el índice delante de los labios, instándome a guardar silencio, para luego articular en silencio un «sígueme la corriente». ¿La corriente? ¿A qué se refiere? Me llevo las manos a la cabeza y gimo. Dios mío, mis neuronas están tan espesas que no soy capaz de pensar a derechas.

—Oh, ya está aquí —gorjea la enfermera al percatarse de su presencia. Entonces, se atusa el pelo y sonrío al igual que hacen toooodas las mujeres cuando tienen a Alberto delante. En serio, ¿son alucinaciones mías o está coqueteando con él?—. ¿Tiene el alta?

Minutos después, estamos en la salida de urgencias, esperando un taxi mientras leo por

encima el informe médico. Y aunque me siento lo bastante bien como para ponerme en pie, me veo obligada a permanecer sentada en una silla de ruedas hasta que llegue el transporte. ¡Ni que fuera una inválida, por Dios! Únicamente he sufrido un mareo sin importancia, nada más, y así se lo hago saber a Alberto.

—¿Sin importancia? —Me mira como si acabara de perder la chaveta por completo—. Estuviste inconsciente durante diez minutos, Dee. ¡Diez jodidos e interminables minutos! ¿Te imaginas lo que pasó por mi cabeza mientras te sostenía entre mis brazos, pálida como un cadáver? —Se peina el espeso cabello hacia atrás, agitado.

—Lo siento —musito contrita justo cuando aparece el taxi—. Por cierto, ¿pareja?

—Era el único modo de que no se pusieran estúpidos, ya los conoces.

Me ayuda a entrar en el vehículo y se sienta a mi

lado al tiempo que le canta mi dirección al conductor.

—A ver, dime, ¿cuándo fue la última vez que dormiste o comiste como es debido?

—Eeh...

—Según lo que logró sonsacarte el médico, apenas has pegado ojo o comido desde el domingo.

También comentó algo acerca de una mojadura...

Lo miro por el rabillo del ojo, avergonzada. No puedo decirle que me he estado manteniendo en pie a golpe de cafeína, porque entonces se pondrá hecho un autentico basilisco y me arrancará la cabeza de cuajo por ser tan inconsciente.

Terminamos el trayecto en silencio. De hecho, dormito gran parte del tiempo apoyada en su hombro, por lo que se ve obligado a zarandearme un poco para espabilarme cuando el taxista estaciona frente a la entrada de mi edificio.

Estoy tan agotada y dolorida que a duras penas puedo pensar sin que todo un batallón de tamborileros haga de las suyas en mi cabeza.

Mucho menos caminar sin arrastrar los pies por el suelo como si fuera un alma en pena. De hecho, si no llega a ser por la ayuda de Alberto, no sería capaz de llegar al dormitorio.

Nada más desplomarme en la cama con un gemido, cierro los ojos durante unos minutos para recuperarme del sobreesfuerzo que ha supuesto llegar hasta aquí.

—Será mejor que vaya a comprar cuanto antes lo que te han recetado. —Toca mi frente apenas unos segundos antes de retirar la mano—. Parece que la fiebre está bajando un poco.

Levanto los párpados y me encuentro con que Alberto sigue en pie, con los brazos cruzados y una mezcla de preocupación y enfado en sus atractivas facciones. Entonces, tras quitarse el abrigo y depositarlo a los pies del colchón, se

sienta a mi lado y me estrecha en un apretado abrazo en el que vuelca todo el desasosiego que acumuló desde que me desvanecí en la fiesta de los... ¡Ay, Dios! ¡La fiesta!

—Alberto, si tú has estado conmigo todo el tiempo, ¿quién se ha hecho cargo de...? —Abro los ojos como platos ante la posibilidad que se me cruza por la cabeza—. No los habrás dejado sin supervisión, ¿verdad?

—No, tranquila. Eso está bajo control.

Me acurruco contra él y suspiro al sentir cómo me acaricia el pelo en silencio.

Quiero preguntarle si me ha perdonado o si esta tregua se debe únicamente a mi actual estado, pero no lo hago por miedo a escuchar de sus labios que es temporal, que todavía continúa enfadado conmigo por lo que pasó en la reunión del martes.

—Voy a por esa medicación —murmura de allí a un rato—. No creo que tengas ganas de algo

sólido, pero te vendría bien una sopa. —Emito un sonido de disgusto. Comida no, por favor—. A ser posible casera. Nada de mierdas artificiales.

Pues como no haga la compra cuando regrese al apartamento, lo lleva claro. Porque en mi cocina a lo sumo encontrará alguna lata de conserva en las alacenas, medio paquete de galletas de desayuno, una botella de leche casi vacía, un par de manzanas en el frutero y... nada más.

—No quiero comer —protesto.

—Me da igual lo que quieras. —Rebusca debajo de la almohada y saca mi pijama—. Tienes que comer y punto. —Me descalza mientras yo intento quitarme el abrigo sin mucho éxito—. Pareces un gatito desmayado.

Frunzo el ceño y le dedico una mirada de disgusto. ¿En serio? ¿Tengo pinta de gatito desmayado?

—Oye. —Tiro de la manga de su chaqueta para

que pare un momento—. Gracias, en serio. No tenías por qué hacerlo, pero sin embargo aquí estás.

—¡Que no tenía que...! —Vuelve a tocarme la frente para comprobar que la fiebre no ha repuntado—. No, no estás delirando.

—Ya sabes por qué lo digo.

—Dee, eres mi condenada amiga. —Deposita un dulce beso en mi sien—. Te quiero. Incluso cuando me haces abrazar mi instinto homicida. — Me propina un cariñoso golpecito en la punta de la nariz—. Lo que no quita que aún quedan cosas por aclarar, ¿o creías que ibas a librarte?

Cuando Alberto sale por la puerta, yo ya estoy en pijama y primorosamente envuelta en mi ropa de cama, cual paquetito. Lo chistoso del asunto es que ahora que podría dormir a pierna suelta estoy en modalidad búho, con los ojos abiertos de par en par y completamente alerta.

Viendo que no voy a ser capaz de echar ni una triste cabezadita, estiro la mano hacia la mesita de noche, donde Alberto depositó mi móvil, y lo cojo con la idea de enviarle un mensaje a Nathan para anular la cita del día siguiente. Con lo que no contaba es que unos veinte minutos después lo tendría timbrando a la puerta de mi humilde morada.

—Mierda, ¿estabas acostada? —Cierra tras de sí nada más entrar y me agarra por los brazos como si fuera a caerme redonda de un momento para otro. —¿Cómo te sientes? —Me observa con preocupación—. Qué pálida y ojerosa estás, Dee. —Baja la cabeza para besarme en la sien y frunce el ceño al notar mi anormal temperatura—. No habrá sido por culpa de la mojadura del otro día, ¿verdad?

—¿Podéis dejar de tratarme como si tuviera un pie en el otro lado, por favor? —bufo—. Entre tú y Alberto terminaré por enloquecer. Eso si no me matáis antes con tanta atención.

—Si me lo hubieras dicho, te habría traído el pack de «cómo no morir de aburrimiento cuando te estás muriendo» en lugar del de «cómo no morir del asco cuando estás enfermo».

Levanta la bolsa de regalo que lleva en la mano derecha con una sonrisa. Demonios, es tan dulce que me empiezo a sentir realmente culpable por no haberme enamorado de él en lugar de Gabriel.

—Pero antes de abrir la caja de las sorpresas... — De repente me veo avanzando en volandas por el pasillo, como si no pesara nada—. Te voy a meter en la cama.

—¿Puede ser el sofá, por favor? —imploro—. Al menos allí tengo televisión.

Nathan da media vuelta y se dirige hacia el salón.

—Buen punto, porque vas a necesitarla para poder disfrutar de parte del pack.

Capítulo 8

—¿Estabas cerca o te has saltado un montón de semáforos en rojo?

Recostada en el sofá, me revuelvo debajo de la manta que Nathan ha insistido en subirme hasta la barbilla mientras doblo un poco las piernas para hacerle espacio en el otro extremo.

No tengo muchas ganas de socializar, pero es lo menos que puedo hacer después de que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí en lo que sin duda es un tiempo record.

—En la Quinta Avenida —me informa tras sentarse—. Lo bueno de las motos es que los atascos no te afectan. —Sonríe y me extiende la bolsa abierta para que pueda sacar la caja—. Al menos la mayor parte de las veces.

La cojo y procedo a colocarla en mi regazo antes de deshacer el primoroso lazo y levantar la tapa decorada con un estampado de gruesas líneas

negras y rosas.

—Oh...

Su interior parece un pequeño cofre del tesoro; hay una novela de formato tapa blanda, un par de DVD's, una bolsita de chokolatinas de menta, un gracioso gatito de peluche en miniatura, un librito de crucigramas y una divertida tarjeta de *Hallmark* con un «mejórate pronto para poder tomar ese café»

escrito de su puño y letra.

Tomo la novela primero y levanto las cejas con absoluta sorpresa al leer la sinopsis.

—Si no te gusta, se puede cambiar —asegura metiendo las manos en los bolsillos del abrigo para mostrarme a continuación un arrugado ticket—. Supongo. La verdad es que no pregunté. —Se encoge de hombros—. Compré todo esto en una tiendecita de esas en las que puedes encontrar

prácticamente cualquier cosa.

—No, no es eso. —La volteo para contemplar la portada—. Es sólo que no te imagino comprando una novela romántica.

Vale, ¿acaba de sonrojarse un poquito? Oh, sí, lo ha hecho. ¡Qué adorable!

Intento ocultar mi sonrisa abriendo el libro por una página al azar y colocándolo a la altura del rostro, pero él pone el dedo encima al momento y lo baja lo suficiente como para pillarme *in fraganti*.

—Juro que lo escogió la dependienta —se defiende.

—¿Pero la idea de quién fue?

Pone los ojos en blanco para a continuación mascullar algo ininteligible antes de instarme a continuar mirando el resto del contenido de la caja.

Las películas son dos grandes comedias clásicas; *Sucedió una noche* y *Arsénico por compasión*.

¿Es fan del cine de Capra o también fueron sugerencias de la *dependienta*?

Abro la bolsita de chokolatinas y aspiro el delicioso aroma del chocolate negro y el toque puro y refrescante de la menta. Si me sintiera bien, ahora mismo estaría salivando de tal modo que necesitaría un babero con urgencia, pero me duele tanto el cuerpo y estoy tan agotada que la dulce tentación no surte efecto en mí, por lo que cierro el paquete con la idea de reservarlas para otra ocasión.

El timbre nos interrumpe y lo primero que pienso es que Alberto debió de olvidarse de coger mi juego de llaves del bolso cuando salió a comprar la medicación.

Nathan se hace cargo de la situación y me deja en el sofá para ir a abrir la puerta.

Escucho el murmullo de una conversación, pero no alcanzo a entender lo que dice ninguno de los interlocutores, así que decido obviar lo que sea que se están diciendo en la entrada del apartamento y me centro en mi pack de enfermita.

—¿Os vais a quedar ahí lo que me queda de vida, cuchicheando, o vais a entrar? —les recrimino cuando veo que los minutos pasan y ninguno de los dos hace acto de presencia en el salón.

La respuesta a mi pregunta llega bajo el sonido de pasos.

—Por cierto, no te rías —comento alzando la voz mientras volteo las páginas de los autodefinidos una tras otra—, pero no he hecho un crucigrama en toda mi vida. Creo que ni siquiera sé cómo se...

Enmudezco al levantar el rostro y encontrarme no con Alberto, sino con Gabriel.

El shock es tal que el librito me resbala de las manos, ahora inertes, al tiempo que palidezco

todavía más. Entonces miro por encima de su hombro y me encuentro con la inescrutable expresión de Nathan. Mierda, no hay que ser muy listo para sumar dos más dos y darse cuenta de que algo se cuece entre Gabriel y yo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Nada de «Hola, Dee» o «¿Cómo estás, Dee?» o «Siento haber sido el capullo que te dejó tirada en Reed Valley». No, nada de eso para mí. Total, ¿para qué gastar su preciada saliva en algo al parecer tan sumamente innecesario? ¿Para qué molestarse cuando lo más sencillo es entrar a saco como si yo le debiera alguna especie de explicación por el mero hecho de estar hecha una piltrafa?

—Supongo que no conoces a Nathan Maguire — digo en cambio con aspereza al tiempo que maldigo mi mala fortuna y empiezo a rezar todo lo que sé para ser capaz de echar a Gabriel antes de que regrese Alberto.

—Sí —responden ambos casi a la vez tras observarse con cara de pocos amigos.

¡Quieto parado todo el mundo ahora mismo! ¿Por qué tengo la horrible sensación de que este par no se lleva lo que se dice precisamente bien? Y desde hace más tiempo que los últimos cinco minutos, además.

El sonido del tintinear de unas llaves seguido de un portazo se erige como la revelación definitiva del advenimiento del Apocalipsis.

Incapaz de afrontar el desastre que se avecina, me escurro hacia abajo lentamente hasta terminar por desaparecer casi por completo debajo de la manta. Ridículo e infantil, lo sé, pero es que ahora mismo no me siento ni con ánimo ni con fuerza suficiente como para sobrevivir a esta rocambolesca situación.

—Berling —la voz de mi socio (y puede que ahora sí que ex amigo de manera definitiva) destila

hosquedad—. ¿A qué se debe la visita?

Asomo un poco la nariz para ser víctima de una de esas miradas *made in Medusa* que petrifican.

Dios mío, creo que la fiebre acaba de subírseme de golpe y, por el modo en que estoy sudando —cual pollo asado—, diría que por lo menos tengo cuarenta y dos. ¡Qué alguien me meta en la bañera y me cubra de hielo, por favor!

Antes de que Gabriel tenga oportunidad de responder, emito un altisonante gemido a la vez que me llevo las manos a la cabeza, como si no pudiera soportar el dolor ni por un segundo más.

—Dee, ¿qué pasa? —Alberto se abre paso casi a codazos y termina por acuclillarse a mi lado—.

¿Me puedes decir qué cojones hace aquí Berling?
—Susurra en mi oído mientras extrae un botecito de pastillas de la bolsa de plástico que tiene en la mano y pide un vaso de agua.

—Ahora no.

Busco su mano y la aprieto en una muda petición. Puedo percibir su creciente irritación junto con esa mirada acusatoria suya que me hace trizas por dentro. Sí, le mentí. Todas y cada una de las veces, desde aquella maldita noche en la galería. Y no estoy orgullosa de ello, pero no me quedaba otra salida.

Nathan le deja el agua en la mesa y Alberto introduce una píldora entre mis labios, como si fuera un bebé desvalido, antes de ayudarme a incorporarme para que pueda tragar la medicación sin problema.

—Por favor —suplico después, cuando me acomoda sobre los cojines.

No quiero escenitas. No aquí. No ahora.

Siento los labios un poco tirantes al hablar, incluso diría que empiezan a researse, así que los lamo con cuidado antes de tragar saliva para

aclararme la garganta, que raspa como papel de lija.

—Está claro que aquí sobra gente —sentencia Gabriel, introduciendo las manos en los bolsillos del vaquero.

—Pues ya sabes dónde está la puerta —replica Alberto, enderezándose cuan alto es para enfrentarse a él en un silencioso duelo de miradas.

—No, si lo decía por vosotros dos —declara tan campante, con un brillo de desafío en estado puro en sus ojos de ónix.

¡Ay, no...!

—¿Quién coño te crees que eres, Berling? —estalla un ya no tan templado Nathan.

Los primeros trallazos de un horrible dolor de cabeza irrumpen en escena.

—Silencio —musito casi sin fuerza, depositando

la caja a mi lado, en el suelo.

—¿Semejante vocabulario delante de una dama, Maguire? —Gabriel emite un chasquido de reconvención—. ¿Por qué no dejas de hacer el ridículo y te largas?

—Lárgate tú, gilipollas —le responde éste apretando los puños hasta poner blancos los nudillos.

Por favor, que se calle todo el mundo ahora mismo.

—No soy yo el que está de más.

—Se acabó —decreta Alberto señalándolo de manera amenazadora—. Presidente del puto comité o no, te vas a comer un puñetazo como no desaparezcas ahora mismo por esa puerta.

Dos son compañía; tres son multitud. Y desde ya declaro que cuatro personas juntas en el mismo cuarto son una total y absoluta pesadilla.

—No me digas, Gabaldón.

—¡Callaos! —mi voz rebota contra las paredes del salón como una detonación en una mina—.

¡Fuera!

—Pero... —hace amago de objetar mi socio.

—¡He dicho que os larguéis!

Regreso a la cálida oscuridad del nido formado por los cojines y la manta y les doy la espalda. Si mis palabras no les bastan, esto debería de dejarles muy claro que va en serio.

—Ya la habéis escuchado —ataja Gabriel, silenciando las protestas—. Puerta.

¡Hombres! En serio, ¿tanto les cuesta comportarse como personas civilizadas? ¿Es pedir demasiado un poquito de paz y tranquilidad para esta pobre enferma? Creo que no, vamos.

Escucho sus pasos alejándose.

«Si llego a saberlo, hubiera pagado por quedarme en el hospital».

Capítulo 9

—Hola, preciosa.

Doy un respingo debajo de la manta cuando Gabriel la engancha por el borde con los dedos y la levanta un poco.

—¿Acaso no dije que os largarais? —refunfuño antes de golpearle la mano para volver a recuperar la intimidad dentro de mi preciado capullo—. ¿O es que sois duros de oído?

Al otro lado de la fina barrera que nos separa, Gabriel se ríe por lo bajito mientras me comunica que nos hemos quedado solos. Su voz suena ronca y grave, con una ligera nota de cansancio de fondo.

—Dime, Dee, ¿qué hacía aquí Maguire?

Preso de un humor de perros, aparto la manta a un lado y me incorporo como puedo en el sofá para enfrentarme a él con expresión antipática. Es entonces cuando me encuentro cara a cara con un Gabriel de mirada insondable, aunque algo apagada. Su mandíbula está cubierta por un tenue rastro de oscura barba y bajo sus ojos se vislumbra la huella que ha dejado el agotamiento.

Me limito a contestarle con un parco «no es de tu incumbencia» al tiempo que me reclino sobre los cojines y desvío la mirada hacia otro lado.

—Disiento —se acuclilla a mi lado con un suspiro condescendiente y extiende la mano para acariciarme la mejilla. Se ha quitado la cazadora *Aston Martin*, dejando a la vista un jersey de cachemir de cuello pico—. ¿Por qué no me dijiste que te habías puesto enferma?

—Ah, ¿pero te importa? —Me vuelvo hacia él para prácticamente escupirle las palabras a la cara—. ¿Desde cuándo te preocupas de la salud de tus

polvos? —Intento echarme la manta por encima de la cabeza, pero me lo impide—. Vete, Gabriel. — Forcejeo inútilmente. No va a dejar que me oculte, así que me rindo con un quejido de frustración, sabedora de que carezco de las fuerzas suficientes para batallar con él—. Lo digo en serio.

De repente sus manos están en mi rostro, enmarcando mis mejillas, obligándome a mirarlo fijamente.

—Me quedo, Dee. —Ni siquiera me permite llevarle la contraria—. Sin discusiones.

Dejo caer la espalda encima de los mullidos cojines sin parar de rezongar por lo bajo. En serio, si tuviera energías para ello, lo sacaría a patadas del apartamento. ¿Es que acaso no podía limitarse a hacer lo mismo que Alberto y Nathan y largarse de aquí? No, claro, él tenía que llevar la contraria y quedarse sencillamente porque sí, porque puede.

Cuando repara en la caja, la observa en silencio,

con desdén, antes de introducir las manos en los bolsillos y preguntarme si tengo ganas de algo.

—Sí, de que te vayas —siseo entre dientes al tiempo que me cruzo de brazos—. Debería de dársete igual de bien que cuando te largas sin comunicármelo.

Gabriel se pasa la mano por la cara, resoplando, para luego despeinarse el espeso cabello con gesto de fastidio. Sus labios forman una línea dura, obstinada, y en su mirada puedo ver cómo se debaten las emociones encontradas.

Por un instante me aferro a la frágil esperanza de que esta vez sí va a suceder, pero esa milésima de segundo durante la cual todo indica que me lo va a contar, que finalmente va a revelarse a sí mismo, pasa de largo enfrente de mis narices, por lo que me veo obligada a conformarme con un insuficiente «fue una emergencia». Sí, claro, al parecer una lo bastante imperiosa como para dejarme tirada a miles de kilómetros de mi hogar,

sin contemplación alguna.

Me giro de cara al respaldo, como si Gabriel no estuviera allí, e intento conciliar el sueño.

—Si necesitas algo, estaré aquí al lado —me hace saber mientras me acaricia la espalda, antes de taparme con la manta.

Lo que necesito es que se largue de mi apartamento, de mi vida. De mi corazón. Porque apenas puedo soportar estar cerca de él, experimentando este sentimiento que me come por dentro mientras soy vapuleada de un lado al otro del espectro de sus emociones, de sus deseos.

Me limpio una inoportuna lágrima y sorbo por la nariz sin parar de pensar que el amor apesta. ¡Y

que los hombres como Gabriel Berling deberían de venir con un manual de instrucciones bajo el brazo! Aunque en su caso, se necesitaría más bien algo del tamaño de la Biblioteca del Congreso.

Agotada por todos los avatares de esta semana, cierro los ojos y me deslizo en un ligero estado de sopor del que salgo al cabo de un rato, cuando escucho el timbre de mi apartamento.

Levanto un poco el borde de la manta y oteo con curiosidad a través de la pequeña rendija. No transcurren ni dos minutos cuando observo a Gabriel entrando de nuevo en el salón con lo que parece una bolsa de reparto de comida a domicilio en la mano. Bolsa que deposita encima de la barra americana antes de dar media vuelta, apoyarse en ella y observar en mi dirección con la cabeza ligeramente ladeada y una sonrisa en los labios.

—Venga, preciosa. Sé que estás despierta ahí abajo.

Le respondo con un fingido aunque delicado sonido de... Ah, qué demonios. ¡Sí, lo admito! ¡Es un ronquido! La cuestión es que no cuela y termino siendo arrastrada por el tobillo hacia el otro lado del sofá, hasta que mis corvas chocan contra el

reposabrazos. Entonces, aparta la manta a un lado, antes de que termine de enredarme del todo con ella, y se inclina sobre mí, como un felino grande y hambriento a punto de darle un buen bocado a su presa.

—¿Tratas así a todos los enfermos?

Un sonido increíblemente sexy reverbera desde el fondo de su garganta al tiempo que posiciona las manos por encima de mi cabeza y se acomoda entre mis muslos.

—Sólo a las niñas bonitas...

Su boca queda suspendida a un suspiro de distancia de la mía.

—... que me la ponen dura con su lengua viperina.

—Un club nada exclusivo, dados tus antecedentes —dejo caer como quien no quiere la cosa—. Si hacemos caso de los rumores, casi todas las féminas neoyorquinas de más de veinte y menos de

cuarenta forman parte del mismo.

—Mentiras. —Entrecierra los ojos, como si se lo estuviera pensando mejor—. Al menos en su mayoría. Pero este club en cuestión es bastante exclusivo.

Me zambullo en el oscuro abismo de sus iris y encuentro algo indescriptible oculto más allá del brillo travieso de su mirada.

—¡No me digas!

—Sólo tiene un miembro.

Se está quedando conmigo. Es eso. Le encanta jugar con mi pobre, necesitado corazoncito.

Además, ¡yo no tengo lengua viperina! A lo sumo soy un poquiiiito insolente. A veces. Pero no siempre. En el fondo, soy una blanda. Sobre todo con él.

—Yo no tengo lengua viperina —farfullo,

frunciendo los labios en un mohín de desagrado—. Y

como vuelvas a llamarme niña bonita —agarro su entrepierna y aprieto hasta hacerlo gruñir—, ten por seguro que convertiré tus pelotitas en picadillo para tiburones.

Con una carcajada, aniquila la escasa distancia que separa nuestras bocas y musita en mis labios un «inténtalo» antes de tratar de besarme. Pero en el momento crucial, volteo la cara, presentándole la mejilla.

—¿Y ahora qué pasa? —indaga arrugando el entrecejo.

—Aparte de un caso agudo de agotamiento... al parecer también tengo los primeros síntomas de la gripe —le advierto, liberando sus preciadas gónadas.

—¿Y?

—¿Lo haces adrede o eres cortito de entendederas, Berling? —Golpeo su sien con el índice y el corazón—. ¡No puedes besarme!

Una lenta, burlona sonrisa tira de sus comisuras antes de girar el rostro y depositar un cálido beso en la palma de mi mano. Beso al que le sigue uno húmedo e intoxicantemente placentero en los labios.

—Créeme, estoy inmunizado. —Mordisquea mi cuello, haciéndome jadear—. Pero aunque no le haría ascos a follarte hasta hacerte sudar esa gripe —desliza una mano bajo mi trasero y lo aúpa para propinarme una palmadita juguetona—, será mejor que te dé algo de comer antes de que desfallezcas.

Gabriel se incorpora y me sienta en el sofá como es debido antes de adueñarse de mi cocina, abriendo y cerrando alacenas y cajones en busca de todo lo que necesita. Trabajo que bien podría ahorrarse con tan sólo preguntar por la ubicación de cada cosa, pero si él lo prefiere así... A mi

plin.

—Por cierto —escucho el inconfundible sonido de la puerta de mi microondas al ser cerrada—, tu cena es cortesía de Gabaldón.

Extiendo el pie hasta lograr enganchar la caja con los regalitos de Nathan y la arrastro hacia mí.

Entonces, saco de su interior los DVD's y me debato acerca de cuál de las dos películas me apetece más ver.

Al final me decanto por *Arsénico por compasión*, tras lo cual deposito la otra de regreso en la caja, que termina encima de la mesita.

—Esta noche la especialidad del chef es... — Gabriel olisquea el interior de un humeante tazón — ... una aburrida sopa de pollo con fideos comprada en a saber dónde. —La huela de nuevo al tiempo que una mueca de disgusto cruza mi cara. Tengo cero apetito—. No es por nada, pero la mía es mejor.

Engreído...

—No menosprecies su gesto —lo reconvengo alargando las manos para que me entregue la cena y la cuchara.

La verdad es que no me apetece mucho, pero después de que Alberto se tomara la molestia de conseguirla... Tendré que comerla, aunque sea sin ganas.

—Al menos él se preocupa por mí —añado a renglón seguido.

Enarca una ceja ante mi indirecta bastante directa, pero no dice nada al respecto. Al contrario, regresa a la cocina como si nada para sacar de las bolsas un par de cajitas de algo que huele como comida tailandesa y que vuelca en sendos platos.

—Maguire también, al parecer —comenta con un deje de mordacidad—. Por cierto, ¿qué es lo que hay entre vosotros?

—¿Qué te hace pensar que voy a responder a esa pregunta?

—¿Que tenemos la fea tendencia a follar como conejos sin condón, por ejemplo? —Está claro que lo suyo no es la delicadeza—. ¿Te sirve eso, encanto?

—¿Y de quién es la culpa? —contraataco—. Además, ¿quién me asegura a mí que tú no te has estado tirando todo lo que tiene un buen par de tetas en Nipolandia?

Su mirada se oscurece.

—No lo he hecho.

—¿Ves lo sencillo que es dar una explicación? ¿A que no ha dolido? —Sé que provocarlo no es buena idea, pero me toca mucho la moral su actitud—. Respira, Berling, estamos en tablas.

Cuando al fin ambos hemos dado cuenta de nuestras respectivas cenas inmersos en un tenso

silencio, recojo y apilo los cojines en mi lado del sofá y me reclino a la romana mientras él lleva la loza al fregadero.

—¿Pones la peli? —le pido extendiéndosela cuando regresa al salón, como si le ofreciera la pipa de la paz en vez de una simple carcasa de DVD.

—¿Es que acaso tus padres no te enseñaron a pedir las cosas como es debido?

Voy a decirle que mis progenitores se olvidaron de enseñarme muchas cosas debido a que la mayor parte del tiempo estaban demasiado ocupados tirándose los trastos a la cabeza, pero opto por reservarme el comentario. A fin de cuentas, a él poco le importa mi desestructurada vida familiar.

—Mira quién fue a hablar —bufo en cambio—. El día que tú pidas algo por favor, hablaremos.

Hasta entonces, cierra el pico.

Lo apremio a que mueva el culo y ponga el DVD de una vez con una sacudida impaciente de mano. Hoy está tan extrañamente dócil por momentos — para lo que me tiene acostumbrada, digo—, que pienso aprovecharme de la situación al máximo.

—No te extralimites, Vargas —Enciende el reproductor y deposita la película en la bandeja—.

Recuerda el trato.

El puñetero trato, sí. Ya empezaba a resultarme extraño que no lo sacara a colación en algún punto de la noche, sobre todo después de esa semi alcoholizada conversación telefónica que hubiera sido preferible no haber tenido jamás.

—Dime la verdad, Gabe —lo enfrento en cuanto se da la vuelta con el mando a distancia en la mano—. ¿Es por eso por lo que has venido hasta aquí? —Recupera la manta, que seguía tirada en el suelo, y la extiende sobre mí—. ¿Para cerciorarte de que no me he rajado de verdad? ¿O te picaba

tanto que necesitabas que te la rascara
urgentemente?

—¿Qué te hace pensar que no es porque te he
echado de menos? —deja caer al tiempo que se
sienta en la otra punta del sofá y me lanza el
control remoto universal.

¿De verdad pretende que compre esa moto?
¿Después del modo en que me ha tratado desde el
primer minuto? Casi me dan ganas de pedirle que
me traiga un espejo de mano, sólo para
cerciorarme de que no me está viendo la cara de
tonta, porque vamos... El simple hecho de que
diga en voz alta algo que no siente es
prácticamente un insulto a la inteligencia. Más que
eso, es una burla. Hacia mí, hacia mis
sentimientos.

«Es Gabriel Berling, Vargas. En serio, ¿qué
esperabas? ¿Una declaración de amor envuelta en
vino y rosas? Venga, nena, baja de las nubes de
una vez por todas. Extrañar a alguien implica

haber desarrollado alguna clase de sentimiento hacia esa persona y él lo único que experimenta por ti es lujuria».

Inicio la película pero termino por quedarme dormida en algún punto entre la confesión de las tías del protagonista, Mortimer Brewster, y el momento en que Jonathan decide enterrar el cadáver del señor Spenalzo en el sótano, junto a los demás.

Alguien tira del mando a distancia, en un intento por arrebatármelo.

—Suéltalo, preciosa.

Hago caso a la voz y lo dejo ir. Entonces, noto unos fuertes brazos que me rodean con cuidado por debajo de las rodillas y por la espalda y al momento estoy en el aire.

—Abre la boca —me exige la misma voz al poco rato.

—No —mascullo todavía adormilada.

—Tienes que tomar la medicación, así que abre la jodida boca. —Me zarandea—. Dee, no tengo alma de enfermero, así que traga la pastillita de una vez. Luego podrás dormir lo que quieras.

Abro los ojos a medias antes de volver a cerrarlos. Esto no es el salón. ¿Dónde estoy? Elevo los párpados por segunda vez y me doy cuenta de que me encuentro en mi dormitorio, dentro de la cama.

Y Gabriel está sentado a mi lado, con el ceño arrugado, una pastilla en la mano y un vaso de agua en la otra.

—Bienvenida al mundo real, Bella Durmiente. —Cuela la píldora entre mis labios entreabiertos y me ayuda a incorporarme lo suficiente como para poder beber sin ponerme perdida—. Y ahora, duerme.

—Vete, Gabe. Lárgate a tu bonito y lujoso

apartamento —ronroneo tras darme la vuelta y taparme hasta la coronilla—. Ya hablaremos del dichoso trato otro día.

Despierto en algún momento de la noche aovillada en torno a él que, sentado en mi cama, lee bajo la tenue luz de una de esas minúsculas lámparas de pinza.

Sostiene su lectura con la mano derecha mientras con la otra me acaricia sin cesar el cabello y la espalda, con un ritmo hipnótico y relajante.

Entonces, me aprieto más a él, que murmura algo antes depositar un tierno beso en mi frente que me arrastra de nuevo a los brazos de un reparador sueño. Y

mientras me sumerjo en él sé que ese instante ha debido ser fruto de mi imaginación, porque el verdadero Gabriel no habría murmurado un «descansa, cariño».

Sí, sin duda estaba soñando.

Capítulo 10

Al día siguiente despierto sola. Bueno, la verdad es que no tan sola porque me acompañan garganta irritada, dolor de cabeza y un ligero mareo. Lo bueno es que la fiebre parece haberme dado un descanso, lo que es de agradecer.

Supongo que habría seguido dormida de no ser porque la alarma de mi móvil decide que ese es un buen momento para taladrarme los oídos. Lo que es curioso, ya que no recuerdo haberla puesto la noche anterior.

Con un balbuceado reniego, doy la vuelta hacia el lado de la mesita de noche para poner fin a ese infernal sonido y me encuentro con la medicación de la mañana preparada para que la tome.

Pestañeo una, dos veces, antes de apuntalar el codo en el colchón para poder incorporarme un poco. Es entonces cuando descubro un papelito doblado a la mitad y apoyado delante de un vaso

lleno de agua.

Sobra decir que me abalanzo sobre él al momento.

Buenos días, Anderson Silva,

¿sabes que pegas patadas mientras duermes?

Supongo que fue debido al pico de fiebre que sufriste de madrugada. De todos modos, creo que la UFC ha perdido a una gran luchadora.

Programé la alarma para la primera toma del día.
No te la saltes.

Tengo asuntos pendientes, pero llámame en caso de urgencia (léase, que te encuentres a las puertas de la muerte o muy necesitada de un buen polvo).

Gabe

Posdata: por cierto, un repartidor aparecerá por ahí a eso de las diez.

Tu nevera es desoladora.

—Yo no pataleo dormida —mascullo tras dejar la nota a un lado para tragar la pastilla junto con un buen sorbo de agua—. Y mi nevera sólo está pasando una pequeña racha de desatención, nada más.

De todos modos, me recuesto de nuevo en el colchón y sonrío como una boba mirando al techo de la habitación.

Aunque lo del polvo sobraba, al menos esta vez Gabriel ha tenido la decencia de escribir más de dos líneas, lo que es un gran logro tratándose de él. Y hay que admitir que el hecho de que se haya tomado la molestia de quedarse toda la noche, así como programar la alarma para la medicación y conseguir llenarme la nevera en domingo, es

bastante... considerado.

«Dulce, Vargas. Di la verdad. Te parece rematadamente dulce por su parte. Tanto que deberías de empezar a barajar la opción de que le hayan efectuado una lobotomía en Nipolandia, porque no es normal».

Cojo el móvil y miro la hora; son las ocho. Demasiado temprano para estar despierta un domingo.

Justo cuando empiezo a agarrar el sueño de nuevo, un inconfundible ruidito vibratorio me trae de vuelta al mundo de la consciencia. Es un mensaje de *WhatsApp* de Maddie, que pregunta si tengo humor para ir a tomar un *brunch* con ella. Al parecer Kat tiene comida con los suegros —uuuuuh— y necesita prepararse a conciencia para afrontar semejante trance. Pobrecita...

Le respondo que estoy enferma, hecha un trapo y todavía en cama, a lo que ella replica al instante

que entonces se va a vestir para ponerse en camino hacia mi apartamento, porque no piensa consentir que me quede sola todo el día en mi estado.

¿Pero qué estado? ¡Si sólo es una gripecita de nada! En serio, ¿qué le pasa a la gente últimamente? Me tratan como si estuviera a punto de atravesar el umbral del más allá cuando en realidad me queda mucha vida por delante.
Grrrr...

Tres cuartos de hora después, Maddie entra usando una de las copias de emergencia de mi juego de llaves. Copia que sólo tienen tres personas: Alberto, Kat y, obviamente, ella.

—De buena te has librado —me cuenta mientras deposita su bolso, la bufanda y el abrigo a los pies de la cama—, porque hace un día de perros.

—Arrímate un ratito a la calefacción, anda —le sugiero—. Lo último que necesito es tu efigie congelada adornando mi dormitorio. Sería

demasiado perturbador tenerte ahí, contemplando mi vida sexual.

—Ah, ¿pero tienes de eso?

Se pega cual lapa a la única fuente de calor de mi habitación con un gemido de éxtasis y sin sacarse los guantes, porque Maddie es de esas personas que sufren algo parecido al síndrome de Raynaud durante todo el invierno. Por lo que confía en mí cuando digo que, si eres inteligente, te mantendrás alejado de sus manos. Heladas se queda corto como adjetivo, así que prueba con lo siguiente.

—¿Cuándo parará de hacer tanto frío, eh? —Frota el trasero contra la estufa—. ¿Cuándo?

—En primavera. —Me hundo en mi confortable nidito—. Y ahora, si no te importa, creo que me voy a echar un sueñecito...

Doy un respingo cuando la mano de mi amiga impacta sobre mi trasero. Auch, eso ha dolido.

—Oye, ingrata. Que he venido a hacerte compañía a ti, no a las paredes.

—Pues vete al salón a hacerle compañía la tele mientras descanso un poco. Y ya de paso, ocúpate del repartidor, ¿sí? Vendrá hacia las diez.

—Ten amigas para esto... —rezonga antes de salir y dejarme sola durante un ratito.

Capítulo 11

El viernes, más o menos repuesta del coctel de gripe y cansancio, asomo la cabecita fuera del apartamento por primera vez desde mi movidito sábado noche.

A media mañana, de camino a la oficina, compruebo que la ciudad ha sido tomada por dos de los grandes eventos de este primer trimestre del año: la Super Bowl y San Valentín. Sin desmerecer a la *Fashion Week*, por supuesto.

Donde quiera que miro me encuentro con

seguidores de los Denver Broncos y los Seattle Seahawks, fans de la final de finales de la NFL, curiosos... Es una invasión en toda regla, en serio. Si hasta Times Square ha sido oficialmente tomada por infinidad de personas que disfrutan sin tapujos de las actividades y conciertos que tienen lugar desde hace unos días en lo que se ha llamado el «Boulevard de la Super Bowl».

Pero si para mí hay algo todavía peor que el show mediático que se genera en torno a un partido de fútbol capaz de paralizar todo el país, es la irrupción del espíritu consumista por antonomasia después de las navidades y el *Black Friday*. Sí, hablo del —mal que nos pese— archiconocido catorce de febrero, que se ha abierto paso con altisonante voz propia en todos y cada uno de los escaparates de cualquier negocio que se precie, torturándonos con corazoncitos, pegadiza música melosa y el machacón mensaje de «¿cómo vas a celebrarlo?».

Me resguardo del frío y de la locura que ha

poseído la ciudad en el interior del *Starbucks* más próximo a la oficina, en el cual he quedado con Alberto.

Como todavía no ha llegado, me pongo a la cola para hacerme con un pecaminoso *Caramel Flan Latte* que promete añadir un par de centímetros a mis caderas. Y mientras espero mi turno, me muevo discretamente al ritmo de Connie Francis y su *Stupid Cupid*, que me contagia hasta el punto de conseguir que canturree la letra por lo bajito.

—Hola, Dee, criatura hermosa —susurra una voz familiar en mi oído.

—Llegas justo a tiempo.

Ya sólo quedan dos personas delante, por lo que enseguida podremos sentarnos en una de las escasas mesas libres y tener esa charla que hemos estado postergando hasta que yo me encontrara mejor.

—¿Qué vas a querer? —le pregunto tras

engancharme a su brazo—. Invito yo.

— *Espresso y un Chonga Bagel.*

Una vez provistos de nuestro pedido, buscamos un rinconcito algo apartado y nos ponemos al día respecto a *Candilejas* antes de meternos en el tema que nos ha traído hasta aquí; Gabriel Berling.

—Dime la verdad —me pide con mirada grave sin parar de marear su bebida—. ¿Estáis saliendo?

—No... exactamente.

¿Cómo explicarle a tu amigo y socio el jaleo en el que te has metido sin contarle los escabrosos pormenores? Si alguien conoce el modo, que me lo diga ahora mismo porque yo estoy más perdida que una aguja en un pajar.

—Entonces es lo que me suponía; estáis follando.

—Se pasa la mano por la cara, frustrado—.

Joder, Dee, ¡y eso que te lo advertí!

—Está controlado.

—¿En serio? —Se reclina en el asiento, cruzándose de brazos—. Porque lo dudo mucho.

Ya sé que la he cagado y a base de bien, pero no soy tonta. Bueno, al menos no tanto, porque admito que sí fue una soberana estupidez el aceptar el trato en primer lugar, pero ahora ya no hay vuelta atrás. Porque aunque me eché el farol por teléfono, soy sobradamente consciente de que retirarme sería perjudicial, así que no me queda más remedio que seguir a bordo hasta el final, a pesar de que mi corazón empieza a hacer aguas por momentos.

—Deja de dar vueltas como un chucho alrededor de su cama y ve al grano —le exhorto.

Durante la siguiente media hora me someto a su batería de preguntas, que lanza una tras otra de manera implacable, casi sin darme margen de tiempo a recuperarme de una para verme inmersa

en la siguiente.

No sé si logro convencerlo del todo, porque su cara de póker es tan condenadamente buena que no alcanzo a vislumbrar ni por asomo lo que pasa por su cabecita.

—¿Segura de que vuestra *relación* no va a traer problemas a *Candilejas*? —vuelve a insistir, adelantándose con ambas manos sobre la mesa—. Date cuenta de la posición en la que nos encontramos; a cuarenta y nueve días de la Gala y con tiempo más que de sobra para que haya un peculiar cambio de última hora y nos quedemos fuera.

Mientras de mí dependa, eso jamás sucederá. Antes prefiero llegar al límite con Gabriel que permitir que terceros salgan perjudicados. No, la Gala se celebrará con nosotros como empresa encargada de organizar el evento. Eso es inamovible.

—Ya sé que no te he dado motivos para hacerlo últimamente —musito antes de poner mi mano sobre la suya y apretársela—, pero tienes que confiar en mí. —Aparto la mirada durante un instante y suspiro con arrepentimiento—. Siento lo que pasó en la reunión y me disculparé todos los días del resto de mi vida si es necesario, pero lo hice por *Candilejas*.

—Permitiste que Berling metiera ideas en tu cabeza. Ideas que hicieron que actuaras a mis espaldas. —Ahora es él quien me la aprieta a mí—. Eso es peligroso, Dee. Si nuestra relación laboral funciona tan bien es porque nos respetamos y sabemos trabajar en equipo.

Hasta que a él le da uno de esos raptos tan suyos, como esta vez pasada, y terminamos en la cuerda floja.

—Pero ya viste que él tenía razón —señalo—. Imagínate por un momento qué habría pasado si no le hubiera hecho caso.

Alberto retira su mano para llevársela a la barbilla y se la frota con mirada pensativa.

Sabe que tengo razón, aunque le cueste admitirlo. Su cabezonería podría habernos costado la Gala. ¿Y entonces qué? Reponerse de un golpe así en la imagen de nuestra empresa no habría sido fácil.

—Está bien —se rinde—. Tan sólo... Ten cuidado, ¿vale? Ya no sólo por lo que tanto esfuerzo nos ha costado construir, sino también por ti. —Bebe el último sorbo de su café, que a estas alturas está más que frío—. Berling es un jugador nato y tú eres toda corazón —esbozo una mueca de disconformidad—, a pesar de que te niegues a admitirlo.

Ambos reímos, el ambiente al fin distendido casi por completo.

—Eres mi chica favorita y no quiero que nadie te haga daño. Mucho menos él.

Nos despedimos minutos después en la calle y,

mientras Alberto coge un taxi para poder llegar a tiempo a la cita establecida con uno de nuestros clientes, yo decido acercarme hasta la oficina dando un paseo. Momento que aprovecho para sopesar las posibles sendas a seguir de aquí hasta la fecha de vencimiento de mi desastroso trato con Gabriel.

Unos diez minutos después, nada más atravesar la puerta de *Candilejas* y sin que me dé tiempo siquiera a parpadear, me veo asaltada por un par de empleados a los que se les termina por unir al poco rato el resto de los presentes ese día en la oficina.

—Venga, venga. — Mi asistente se abre paso hasta llegar a mí y disuelve la pequeña pero espontánea concentración—. Ya veis que está bien. No la agobiéis el primer día.

Es una descarada. Siempre lo ha sido y siempre lo será, pero me encanta su manera tan fresca de hacerse con las riendas de cualquier situación.

—Se supone que la jefa soy yo —le recuerdo reprimiendo una sonrisa.

—Lo sé, pero si dejo que te abduzcan entonces tardarías más en poder ponerte a leer ciertas cosillas acerca de cierta personita que...

—¡Haber empezado por ahí!

Me encamino hacia mi despacho con pies ligeros, cuelgo el bolso y el abrigo en el perchero y me pongo cómoda a la espera de que Nadia arroje algún haz de luz sobre Gabriel y cierto par de personajes que, a día de hoy, continúan siendo todo un misterio.

—Aquí está. —Deposita una carpetilla delante de mí—. Toda la información que he conseguido reunir clasificada en varias categorías; andadura profesional —de la que creo conocerlo todo, pero nunca se sabe—, rumores sobre su vida sentimental y... la escasísima información que se ha filtrado sobre su familia.

La despido, no sin antes agradecerle su inestimable trabajo, y me quedo a solas con todo un fajo de información delante de mis narices.

Es entonces cuando empiezo a experimentar dudas y algo muy parecido al remordimiento.

—Escrúpulos no. No ahora, al menos —me reprendo—. Él no los ha tenido conmigo, así que lo justo, dadas las circunstancias, es jugar un poco sucio.

Respiro hondo, abro la carpetilla y separo los legajos en sus tres montoncitos correspondientes mientras me pregunto por dónde sería mejor empezar.

Al final cierro los ojos, escojo una al azar y me pierdo en la lectura de algunos de los más rocambolescos rumores jamás escritos acerca de los affaires de otra persona.

—¡Ja! Esta es buena. ¿Alessandra Ambrosio?

Vale, no es por menospreciarme a mí misma, pero en serio... ¿Qué pinto yo en todo esto si se me compara con la supuesta lista de *top models* que han pasado por sus brazos? Y digo «brazos» por no resultar soez. Aunque no sé muy bien a cuento de qué vienen ahora mis remilgos cuando él mismo ha dejado bastante clarito cuál es el uso que le suele dar a las féminas.

Dejo los rumores de la prensa amarilla a un lado y me vuelco en los tristes dos folios que conforman lo poco que ha trascendido de la familia Berling.

—Ay, no...

Todo gira en torno a la muerte de su hermano mediano, Raphael Berling, mientras ambos practicaban esquí extremo en Kitzbühel, Austria, unos seis años atrás.

—Treinta y dos años, casado desde hacía apenas año y medio con una tal Vivianne Sartore, fotógrafo *freelance*...

Hecho la vista atrás en el tiempo en un ejercicio de memoria. Por aquel entonces el nombre de Gabriel empezaba a sonar con bastante fuerza en el mundo de los negocios, motivo por el cual el trágico accidente debió de trascender a la prensa.

—Dios mío, Gabe, ¿era de él de quien intentabas hablar aquella tarde?

Me fijo en la fecha del deceso y dejo caer el papel encima de la mesa, como si acabara de chamuscarme.

Mierda, coincide con el fin de semana en Deer Valley.

—N-no puedo.

Descompuesta, guardo todo en el interior de la carpetilla y me levanto para llevársela a Nadia, incapaz de continuar fisgando en su vida.

—¿Ha sido útil? —indaga con gesto contrariado cuando la deposito en su escritorio.

—S-sí —«demasiado»—, pero ahora necesito que me hagas otro favor. ¿Podrías llevar todo esto a la trituradora? Ahora mismo, a ser posible.

Toma la carpetilla entre las manos y hace ademán de abandonar su puesto para cumplir mi petición, pero se queda quieta en el sitio.

—¿Estás bien? —Se la nota algo preocupada—. Te has puesto pálida de repente.

—Sí, tranquila. No es nada.

De regreso en la plácida soledad de mi despacho, me paseo de un lado a otro, recordando cada gesto, cada palabra de Gabriel durante esos días, y preguntándome si tal vez, sólo tal vez, me necesitaba allí para algo más que para disfrutar de los privilegios de nuestro acuerdo.

«... tú eres toda corazón».

Odio darle la razón en eso a Alberto, pero es cierto. Y prueba de ello es que comienzo a

replantearme los planes que había esbozado de camino a aquí. Planes con los que pretendía conseguir darle la vuelta a la situación entre Gabriel y yo.

—No puedo hacerlo, no puedo... ablandarme — me repito en un intento por mantenerme firme en mi propósito—. Ha llegado la hora de que sea yo la que lleve la voz cantante. La que lo descoloque hasta tal punto que empiece a ser él el que se pregunte «¿y ahora qué?».

Capítulo 12

Primeras horas de la tarde del lunes.

Vestida para matar y con la excusa de que tengo una supuesta cita con un cliente fantasma, salgo de la oficina para plantarme en el céntrico edificio de la sede de *Berling Enterprises*.

Bien, ahora que ya estoy aquí se supone que no debería de ser tan difícil esto de continuar con el

plan, ¿verdad? Pues lo es, ya que de repente las dudas comienzan a hacer de las suyas en mi cabecita en el peor momento, lo que ocasiona que termine inmersa en un arduo debate conmigo misma en el amplio y transitado vestíbulo.

Vale, calma. Que no cunda el pánico. Se supone que dentro de mí hay una cabrona esperando a que le den cuerda y Gabriel se ha ganado el privilegio de probar su exquisito trato. Entonces, ¿por qué no me aproximo de una maldita vez al control de acceso y pongo punto y final a este absurdo debate interior?

Inspiro hondo repetidas veces, hasta que al fin logro poner coto a mi estado de indecisión, y dirijo mis pasos hacia el empleado que aparentemente se encarga de proporcionar los pases.

—Buenas tardes. —Cambio el abrigo de brazo y despliego mi mejor sonrisa—. ¿Sería tan amable de decirme en qué planta está el despacho del

señor Berling?

Gabriel ni se figura que estoy aquí. O al menos eso espero, porque me costó lo mío sonsacarle su agenda de la jornada sin que me preguntara a cuento de qué venía tanto interés por mi parte.

El tipo, de un metro setenta y tan fino como el papel de fumar, se pone a teclear en silencio, como si estuviera pasando de mí por completo, y entonces, justo cuando voy a repetir la cuestión, levanta los ojos de la pantalla con gesto adusto y me pregunta si tengo programada una cita.

—Pues... no.

—Entonces no puedo hacer nada por usted —empuja las gafas sobre el puente de su afilada nariz con el dedo medio—, señorita...

—Vargas, Dee Vargas. —La expresión de su rostro cambia y al instante vuelve a desviar la mirada hacia el dichoso ordenador—. Oiga. —Ni caso. El tipo continúa dale que te pego a la tecla,

como si el asunto no fuera con él—. ¡Eh! ¡Deje de ignorarme!

Chasqueo los dedos para recuperar su atención, a lo que responde con un mudo gesto de mano con el que se supone me está pidiendo que espere un momento. Entonces, descuelga el teléfono y marca una extensión.

—¿Rob? Baja un momento, por favor.

Corta la llamada sin más preámbulos y sigue a lo suyo, como si yo no estuviera presente, lo que termina por enervarme. Así que, a un tris de perder la paciencia y la educación, me cruzo de brazos y empiezo a tamborilear en el suelo de mármol con patente agitación.

Sí, es cierto, se me da fatal esperar cuando al fin me decido a llevar a cabo algo que no se hubiera pasado por la cabeza estando en mi sano juicio. Es... como una especie de anti clímax a tanto ímpetu acumulado.

—Aquí tiene su pase, señorita Vargas —murmura para mi sorpresa, depositando una tarjeta encima del mostrador. Todo ello sin hacer contacto visual —. Si hace el favor de esperar, en breve vendrá alguien que la conducirá hasta el despacho del señor Berling.

¡Alto ahí! Lo que acaba de suceder no tiene ningún maldito sentido. ¿Cómo podía saber Gabriel que yo...? A no ser que... No, no, no, no. Si espera mi visita entonces el factor sorpresa se ha ido de manera oficiosa a tomar por donde la espalda pierde su casto nombre. O sea, por culo.

—Esto...

—¿Sí, señorita Vargas?

En serio, me pone nerviosa que no me miren a la cara cuando estoy intentando comunicarme. Me hace sentir como si estuviera manteniendo una conversación con la pared, el aire o conmigo misma.

—Supongo que esto le va a resultar un tanto chocante pero, ¿sería tan amable de decirme cuándo se ha expedido este permiso?

Sencillamente tengo que averiguarlo, no puedo quedarme con la duda.

—Déjeme comprobarlo.

Que lo haga, que lo haga. Y ya si me lo dice mirándome a los ojos , a lo mejor le hago la ola y todo.

—Usted figura en la lista desde el dos de enero por orden directa del señor Berling.

Esto se merece una explicación por parte de Gabriel. Y vaya que si pienso conseguirla, ¡así tenga que arrancarle las palabras con un sacacorchos!

—Gracias.

Descuelga por segunda vez el teléfono y hace

ademán de ir a teclear una nueva extensión. Es entonces cuando al fin decide volver a mirarme a la cara. ¡Aleluya!

—Por cierto —señala el auricular—, ¿quiere que comunique su llegada o...?

Aterrada ante la mera idea de que todo mi plan se venga abajo, abro los ojos de par en par y suelto un altisonante «no» al tiempo que adelanto las manos para frenarlo, lo que consigue que —leo su identificación— Brooks me mire patidifuso.

—Es una sorpresa —me río con algo de nerviosismo—, ya me entiende.

No, no lo hace. La mueca que acaba de deformar sus estoicas facciones me deja bastante claro que no está entendiendo nada de nada. Pero mientras a él le dé igual, a mí también.

Prendo el pase en la solapa de mi entallada chaqueta negra y para cuando me quiero dar cuenta estoy en el interior de uno de los ascensores con

un medio calvo y muy pasado de peso Rob, que tiene más pinta de contable que de chico para todo.

Por cierto, lo de chico es un eufemismo, porque el hombre debe de tener sus buenos cincuenta años.

Pero tengo que admitir que, al contrario que el patisoso de Brooks, este es un tipo agradable y bastante extrovertido, sencillamente incapaz de parar de hablar durante todo el tiempo que nos lleva alcanzar la trigésimo segunda planta. Lo que agradezco, porque mientras él le da a la sin hueso yo no puedo pensar en lo poco que me gusta estar metida en uno de estos cubículos infernales.

—A partir de aquí no hay pérdida —me indica servicial una vez hemos abandonado el ascensor y avanzado a través de lo que se me antoja un verdadero laberinto—. Siga este pasillo todo recto y tuerza a la izquierda.

—Vale. —Le dedico una sonrisa amable—. Muchas gracias.

—De nada, señorita. Y si me permite un consejo; no deje que Carson la intimide.

¿Quién demonios es Carson? ¿Y por qué habría de amedrentarme?

Se lo voy a preguntar a Rob, pero ya se ha volatilizado. Lo que es un logro bastante considerable, dado su tamaño.

Es al asomarme a la antesala del despacho de Gabriel cuando su advertencia adquiere pleno sentido. Porque allí, sentada tras un amplio escritorio, me encuentro con la mismísima personificación del perfecto cancerbero. Una mujer ajada, de mirada antipática y rictus hostil, vestida con una sobriedad digna de la más estricta institutriz decimonónica.

Trago saliva, revisto mi rostro con la mejor armadura de arrojo que poseo en mi repertorio y me planto delante de la secretaria como si aquella fuera mi casa.

—Buenos días, Carson.

Juraría que acaba de gruñirme.

—¿Le importa si me adueño de su perchero? —Ni siquiera espero a que responda; camino hacia lo que no es más que un modernista atajo de hierros retorcidos y cuelgo en él mi bolso y el abrigo que acarreo en el brazo—. ¿No, verdad?

Carson se levanta de su asiento con aire belicoso. Vaya, todo parece indicar que mi actitud desenvuelta le está sentando como un tiro, pero poco me importa lo que piense de mí siempre y cuando pueda traspasar el umbral del despacho antes de que todo mi ímpetu se vaya a hacer gárgaras.

—El señor Berling no tiene ninguna cita programada para esta tarde —apunta al tiempo que se acerca a mí con toda la intención de echarme de allí—, así que la invito a no perder su tiempo y...

—Es que no la necesito —respondo con

suficiencia—. Y ahora, si me disculpa.

No me disculpa, no. Sencillamente se interpone entre la puerta y yo con las manos en las caderas y una mirada petrificante, dejando claro que si quiero pasar tendrá que ser por encima de su cadáver.

Vale, mensaje captado. Toca cambiar de estrategia para sacudirse de encima a la señora cara de dóberman.

—Entonces esperaré —reculo un par de pasos —, si no le importa, claro.

—Lo hará en vano. —¡Qué mujer tan odiosa!—. Pero si quiere perder su tiempo...

Justo cuando baja la guardia y se da la vuelta para regresar a su puesto, corro hacia la puerta y me cuelo en el despacho de Gabriel, que en ese momento está hablando por teléfono con alguien.

—¡Señorita! —El cancerbero entra tras de mí, por

supuesto—. ¡Salga ahora mismo!

—Un segundo —murmura Gabriel a su interlocutor tras lo cual silencia el transmisor con la mano —. Roxy, está bien. La señorita Vargas tiene permiso para entrar cuando desee, sin necesidad de cita previa.

Frustrada, la secretaria abandona el despacho después de recibir la orden de que no se nos moleste bajo ningún concepto, no sin antes dedicarme una mirada furibunda. ¡Punto para mí!

Una vez estamos a solas, me aproximo a la enorme mesa mientras desabrocho la chaqueta y la dejo caer en el suelo, desvelando un sexy y ceñido vestido color vino de pronunciado escote que permite disfrutar de unas más que magníficas vistas.

—Ty —sus ojos se deslizan por mi cuerpo de manera abrasadora—, te llamo en cinco minutos.

—Que sean treinta —ronroneo al tiempo que me

siento en el borde y me inclino hacia él.

—Has oído a la dama, ¿verdad? —Su sonrisa hace acto de presencia—. Pues entonces, ya sabes.

Tras cortar la llamada, se reclina en su confortable silla y me estudia detenidamente antes de aventurarse a preguntar a qué se debe el honor de tan inesperada visita.

—No tan inesperada, Gabe. —Veo a mi derecha un marco digital, lo que despierta mi curiosidad.

Pero cuando extiendo la mano para cogerlo, él lo pone boca abajo en una muda advertencia de que ese es un límite que no puedo traspasar—. A fin de cuentas, estoy en la lista. ¿Piensas explicar el motivo o tendré que adivinarlo?

Me pongo en pie y bordeo la mesa de manera pausada, cadenciosa, arrastrando los dedos por la pulida superficie en una lenta caricia sin apartar la mirada de él ni por un instante.

—¿A qué has venido, Dee? —indaga a la vez que gira la silla en mi dirección.

Coloco la mano izquierda en el escritorio mientras poso la otra en lo alto del respaldo, cerrando la escasísima distancia que nos separa al apoyar la rodilla en el borde del asiento y abrirme paso entre sus piernas.

Gabriel me agarra las caderas y, deslizando sus calientes palmas por la curva de mi trasero, tira de mí para atrapar mi boca. Pero justo cuando está a punto de conseguirlo, me aparto de él con una sonrisa de *femme fatale* y le soplo un beso antes de hacer un gesto de negación con el dedo.

—No tengo tiempo para juegos, encanto —me advierte.

—Entonces échame —lo reto agarrándolo por la corbata y acercándome de nuevo—. «Vete, Dee»

—exhalo las palabras sobre sus labios—. Venga, dilo.

Lo intenta, pero justo cuando va a abrir la boca lo acaricio con la punta de la lengua. Un roce juguetón y sensual que consigue que la suya salga a mi encuentro para unirse a la diversión.

—Dilo, Gabe —jadeo con voz ronca entre roce y roce—. Te desafío.

Hundo las manos en su pelo y rastrillo con suavidad el cuero cabelludo mientras intensifico el contacto y percibo cómo su respiración se acelera y su cuerpo se tensa a causa de la excitación que despierto en él.

—Vete.

—No ha sonado convincente. —Le mordisqueo la barbilla—. Puedes hacerlo mejor.

Empiezo a desabrocharle la impoluta camisa, depositando besos de boca abierta sobre cada centímetro de piel que dejo al descubierto. Me regodeo en su primaria respuesta al tiempo que

muerdo su barbilla y trazo un húmedo sendero descendente por su garganta para, finalmente, succionar sus tetillas con fuerza, logrando que impulse las caderas hacia mí.

—Ordéname que me vaya, Gabe.

Hago restallar la punta de la lengua sobre el erecto pezón antes de morderlo.

—Vete.

Ni siquiera se asoma de lejos a la autoritaria voz de mando que suele usar con excesiva frecuencia. Se parece más bien a un gruñido placentero que pide a gritos que no pare.

—Falta decisión —chasqueo antes de arrodillarme entre sus muslos y resbalar la boca por sus abdominales—. Último intento —anuncio totalmente focalizada en desabrocharle el cinturón y el botón del pantalón sin dejar de atormentar su delicioso torso con besos, mordiscos y traviosos lametones.

Deslizo la lengüeta de la cremallera como si dispusiera de todo el tiempo del mundo y hundo la mano en su calzoncillo, alcanzando su semi erecto miembro, que rodeo con los dedos al instante.

—Dilo —lo insto al tiempo que bajo el elástico con la otra mano e inicio un acompasado movimiento a lo largo de su cada vez más dura longitud, depositando besitos ocasionales en la punta.

—Usa tu boca, Dee.

Lo lamo una vez, desde la base hasta el glande, en una lenta y torturante barrida de lengua que hace que se funda contra la silla con un jadeo ronco. Entonces, cuando percibe que voy a alejarme de nuevo, empuña mi melena en un intento por controlar la situación.

—No —murmuro.

Se la aparto de un manotazo y, antes de proceder a

inclinarme para enroscar la lengua en torno a la cabeza de su pene y lamer las primeras gotas de su excitación, lo veo fruncir el ceño al igual que un niño al que acaban de negarle un capricho.

—¿A qué juegas, preciosa? —resuella al percatarse de que no parezco muy dispuesta a dárselo como él quiere.

¿Que a qué juego? Pues a cambiar las tornas, a establecer nuevas reglas, a descentrarlo. A probarle que soy sobradamente capaz de darle un poco de su propia medicina, de usar sus mismas armas.

Abandono su palpitante erección, enrolló la mano con su corbata y lo arrastro conmigo mientras me yergo.

—No juego, hago realidad una fantasía.

De un tirón, lo obligo a ponerse de rodillas. Entonces, levanto un pie y lo posiciono sobre su pecho sin soltar el sedoso pedazo de tela que me

sirve para mantenerlo aparentemente bajo control.

—Querías que te confesara mis deseos más oscuros, ¿verdad? —Sus dedos resiguen mi zapato de tacón, rodean el tobillo y ascienden en una provocadora caricia—. Pues aquí va el primero —me inclino un poco hacia delante—; deseo que te sometas a mí.

Capítulo 13

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Aparto el pie y Gabriel se sienta sobre sus talones en una postura que podría parecer servicial, de no ser por esa descarada sonrisa que no se le borra del rostro.

—Desnúdate —le ordeno—. Pero no te quites la corbata.

Mi extraña petición le hace arquear una ceja de manera interrogante, pero al final accede y, en silencio, se levanta para proceder a desprenderse

primero de la camisa, que tira hacia un lado como si fuera un trapo y no una carísima prenda de marca.

—Y cuando termines, puedes empezar con mis zapatos.

A esta le siguen el cinturón de *Hermès*, los zapatos italianos, unos anónimos calcetines, el pantalón de su elegante traje de *Salvatore Ferragamo* y, por fin, el sexy y ajustado calzoncillo negro de *Armani*. Entonces, cuando ya no le queda nada más de lo cual despojarse, a excepción de la sedosa corbata, hinca la rodilla en el suelo, como esa primera noche en la galería, y toma entre sus fuertes y varoniles manos mi pie derecho.

—Apóyate en mí —me indica sin ningún atisbo de autoridad—. Lo último que quiero es que te caigas de culo.

—Ja, ja. Muy gracioso.

Aun así le hago caso y me afianzo en sus recios

hombros mientras me descalza, tras lo cual hace ascender sus manos a lo largo de mi pierna, despertando mi piel bajo la estimulante caricia de esos dedos expertos capaces de extraer música de una mujer con sólo rozarla.

Cuando llega a la blonda de encaje de la media de liga, la engancha e inicia un pausado, excitante descenso durante el cual somete a mi carne desnuda a ardientes besos, lascivos aleteos y decadentes mordiscos que pronto me tienen terriblemente sobreexcitada. Tanto, que puedo percibir cómo mi sexo se inflama y humedece más con cada nuevo roce.

—¿Te gusta? —pregunta tras quitármela y tirarla en el mismo montón al que ha ido a parar su ropa.

—No hables y continúa.

Somete a mi pierna izquierda a la misma clase de tratamiento, punto por punto, y me veo forzada a morderme la cara interna de la mejilla para no

gemir en voz alta.

Dios, es tan bueno... Tan maldita y condenadamente bueno... Y sólo acaba de empezar.

Ejecutando un medio giro, le doy la espalda, me aparto la melena hacia un lado y le ordeno que baje la cremallera.

Al instante, percibo el calor de su poderoso cuerpo pegado al mío, su impaciente y pujante excitación contra mi trasero. Me abandono al placentero toque de sus dedos a lo largo de mi columna, resiguiendo el sendero de dientes metálicos hasta que al fin llega a la lengüeta y comienza a bajarla, consiguiendo que ese *ziiiiip* suene como la cosa más prometedoramente caliente que mis oídos hayan escuchado jamás.

—Quítame el vestido.

Cierro los ojos al sentir sus manos iniciar un lánguido, perverso ascenso hasta mis hombros

durante el cual todo el vello de mi cuerpo se eriza por la anticipación de volver a estar piel con piel, envuelta en su oscura, poderosa e irresistible aura sexual. Siendo el centro de esa soberbia explosión sensorial que sólo él sabe proporcionarme.

Empuja la tela y esta se desliza por mí como una caricia, hasta caer a mis pies en un charco que enseguida aparto a un lado de una patada. Entonces, Gabriel intenta abrir el broche del sujetador sin mi consentimiento previo y me aparto de él dando un paso al frente.

—No, no, no. —Doy media vuelta y muevo el dedo como si reprendiera a un niño travieso—.

Ahora, túmbate boca arriba.

Entrecerrando los párpados, clava su mirada de ónix en la mía durante unos segundos que parecen eternos antes de obedecerme en silencio, con la mandíbula ligeramente tensa, y colocarse en la postura que le he indicado.

—Qué *encanto* —ronroneo juguetona al tiempo que me siento encima de él a horcajadas, me acomodo sobre su miembro e inicio una provocativa rotación de caderas que paro en cuanto lo tengo justo donde quiero; increíblemente cachondo y duro—. ¿Quieres que siga?

—¿Tú qué crees? —masculla—. ¡Auch!

—Ese por ser insolente. —Le propino un segundo mordisco en el pectoral contrario—. Este para que no quede disparejo.

Gabriel pierde la paciencia, nos hace girar y se eleva sobre mí, presionando su erección contra mi palpitante sexo.

—Si no te importa, mejor sigo yo a partir de aquí.

Le clavo las uñas en las muñecas, frenándolo cuando intenta arrastrar mis braguitas hacia abajo.

—Te ofrezco una variante para el trato; fantasía por fantasía.

Vaya, parece que he conseguido atraer su atención hacia algo distinto de mi ropa interior...

—Cumple las mías y yo haré realidad las tuyas.
¿Hecho?

Sopesa mi ofrecimiento como si le acabara de presentar un cesto repleto de fruta en cuyo interior hubiera oculto una serpiente venenosa. Y aunque hace bien en desconfiar, de lo que se trata es de que caiga en mis redes, desde donde intentaré encontrar su punto flaco mientras recibo un montón de placer a cambio.

—Pero como has estado jugando con ventaja hasta ahora —dejo caer como quien no quiere la cosa—, estableceremos un justo intercambio; dos para mí, una para ti.

—No.

—Lo tomas o lo dejas, Gabe. Es innegociable.

Me contoneo debajo suyo, restregándome una y

otra vez contra su erección con un gemido suspendido en mis entreabiertos labios.

Sí, juego sucio, pero la cuestión es que necesito anular su capacidad de raciocinio para que sea su cerebro inferior el que tome las decisiones por él.

Lamo su garganta desde la nuez de Adán hasta la tensa mandíbula, haciéndolo vibrar. Resigo sus labios con la punta de la lengua antes de zambullirme en su boca para devorarla con giros retozones.

—¿Me deseas? —Me fundo bajo su mirada ardiente—. Entonces acepta.

Puedo ser tan marrullera como él, sino más. Y lo mejor de todo es que tengo material para hacerle cambiar de opinión.

—¿Quieres mi trasero? —jadeo en su oído tras hundir una mano en su pelo y aproximarle a mí—.

Sí, claro que sí. —Le mordisqueo el lóbulo, sin

parar de estimularlo con constantes ondulaciones de cadera—. Te mueres por ser el primero, por disfrutar de algo que ningún otro hombre ha poseído jamás.

Apelo a su lado más primario y dominante, bombardeando su mente con lúbricas imágenes mientras me restriego contra él sin parar, volviéndolo un poquito más loco y poniéndolo cada vez más cachondo con cada palabra, con cada beso de lengua profunda, con cada nueva fricción de mi pubis cubierto de satén.

Al fin, sucumbe con un resoplido y me proporciona un «acepto» antes de llevarme consigo, volviendo a restaurar la posición original; yo encima y un deliciosamente desnudo, endurecido y rendido Gabriel Berling debajo. El sueño que cualquier mujer de esta condenada ciudad desearía poder ver cumplido.

Me tumbo de medio lado, con una pierna enredada entre las suyas, y tras apoyarme en un codo me

recreo en su físico deslizando los dedos de manera suave, casi etérea, por cada pulgada de su piel.

—Acaríciate para mí —susurro sin parar de tocarlo—. Regálame tu orgasmo.

Su miembro se sacude en respuesta a mi petición.

—Hazlo no porque te lo pido —dibujó círculos alrededor de su ombligo y descendiendo por el sendero marcado por su oscuro vello, atrapando su descarada excitación, que llena mi puño—, sino porque en el fondo lo deseas tanto como yo.

Nos miramos en silencio durante unos segundos que parecen suspenderse en el aire una eternidad y entonces, justo cuando voy a soltarlo, él rodea mi mano con la suya e iniciamos un decadente movimiento a lo largo de su erección.

Ni siquiera necesito ver cómo se da placer. Me basta con sus hipnóticos ojos clavados en los míos. Es allí donde puedo observar todo lo que necesito, todo lo que quiero. Es allí donde está el

Gabriel sin máscaras, su verdadero yo en estado puro. Ese lado de él que me enamoró con un solo atisbo.

Una gota de sudor se desliza por su sien y yo la atrapo con la lengua. Su respiración se atasca en los pulmones por un instante para brotar luego en una tremulosa exhalación. Percibo la tensión en su cuerpo, la llameante necesidad en sus dilatadas pupilas.

—Suéltame. Sigue tú.

Titubea. Está luchando contra sí mismo, contra el impulso de hacer lo que él quiere y no lo que yo le ordeno. Puedo ver el combate en su interior, el dilema cerniéndose en su mirada. Pero al final accede. Me libera con un bufido sulfurado antes de volver a rodear su pene e instaurar una cadencia desenfrenada, masturbándose para mí como si fuera la última oportunidad de su existencia.

Hay algo muy erótico e íntimo en ese momento en

que un hombre toma su erección en la mano y se satisface, buscando el placer, el desahogo físico y mental. Y poder presenciar como Gabriel lo hace es... más que increíblemente excitante. Es... En realidad no tengo palabras para describirlo.

Inclino la cabeza sobre su pecho y tomo una tetilla entre mis labios mientras mi mano busca sus testículos y los ahueca con suavidad. La succiono de manera tierna al principio, alternando las chupadas con caricias y apretones en sus genitales, pero cuando su bombeo se vuelve frenético y sus caderas empiezan a impulsarse hacia arriba con violencia, abandono todo comedimiento.

—Quiero correrme en ti —jadea—. En tu boca, en tu coño. —Emite un gemido profundo y grave cuando siente mis dientes hincándose en la carne—. Me da igual.

—Pídemelo, Gabe.

Entorna los ojos y gruñe de tal modo que puedo

sentir la vibración recorriendo todo su cuerpo.

—Joder...

—¿Es que acaso tus padres no te enseñaron a pedir las cosas como es debido? —me apropio de la misma pregunta que formuló él noches atrás, en mi apartamento.

Estoy tensando mucho la cuerda. Lo sé, lo noto. Pero es el único modo. Tengo que saber si en una alucinación mía o si hay algo más, por muy pequeñito que sea. Y si para ello tengo que atizarle con sus propios sentimientos en la cabeza, sean estos los que sean, lo haré.

—Entonces es que no lo quieres lo suficiente —lo provocho al tiempo que me aparto de él y me acuclillo a su lado, con toda la intención de ponerme en pie—. Lástima, porque realment...

Gabriel me tumba de espaldas sin ningún miramiento.

—Quiero correrme en ti —hunde los dedos en mi melena—, necesito correrme en ti. —Cae sobre mi boca y la devora con un ardor que hace que mi sexo se contraiga de gozo—. Tengo que... —El siempre seguro señor Berling ya no parece estarlo tanto—. Mierda.

—Dilo —lo exhorto dando un tirón a su corbata.

Aparta la mirada hacia un lado, visiblemente alterado. A punto de perder el control, de hecho.

Entonces le tomo el rostro entre las manos y lo obligo a fijar sus ojos en los míos.

—Quiero esto tanto como tú, pero no podemos seguir así —suspiro—. Tienes que aprender a pedir las cosas, Gabe, no limitarte a soltar órdenes como si fuera tu subordinada.

Respira hondo varias veces. Lo escucho tragar saliva antes de abrir la boca como si fuera a decir algo, sólo para volver a cerrarla a continuación con gesto esquivo.

—Está bien —capitulo—. Búscate otra. Esto se ha terminado.

—No. —Me inmoviliza ambas muñecas por encima de la cabeza—. Tenemos un trato.

—Que acabo de romper, por si no te has dado cuenta.

—No, no puedes. Tú no eres así, Dee. Por eso precisamente yo te... —calla de golpe, apoyando su frente en la mía con un quejido—. ¿Qué es lo que quieres?

—Deberías de saberlo.

Vuelve a besarme, pero esta vez el contacto es apacible, delicado. Roces tibios que me derriten por dentro. Jadeamos boca contra boca, mezclando nuestras agitadas respiraciones.

—Déjame follarte, preciosa Dee —no es una orden, sino lo más cercano a la súplica que puede

que alguna vez consiga de él—. Déjame ahogar en ti esta necesidad.

Libera mis muñecas y coloca las manos a cada lado de mi cabeza. Es entonces cuando se percata de la presencia de cierto paquetito metalizado que asoma por una de las copas de mi sujetador.

—Póntelo —lo apremio arqueando la espalda para ofrecérselo.

Gabriel engancha el envoltorio del preservativo con los dientes y lo extrae del sostén.

—Tómame, Gabe. —Rasga el paquete, se apodera del condón y desecha los restos a un lado—.

Ahora.

Sentándose sobre los talones, se enfunda con un movimiento rápido y fluido e, incapaz de esperar un segundo más, coloca una mano en la parte baja de mi espalda para elevar mis caderas antes de apartar la ropa interior a un lado con la otra y

penetrarme con una larga, poderosa embestida.

—Sigue, no pares —sollozo. Nadie me hace vibrar como él.

Lo ciño con los muslos y engancho los talones a la altura de su trasero, golpeándolo con cada nueva arremetida. Sintiéndolo tan dentro de mí que creo que voy a llorar a causa del éxtasis que me hacer experimentar.

Nos mecemos el uno contra el otro, cada vez más próximos al orgasmo. Sus manos fuertes y seguras me sostienen, prendidas a mis nalgas. Me atraen hacia él con frenéticos movimientos, marcando mi piel.

Lo acaricio por todos lados, recorro con las uñas su vigorosa espalda y me retuerzo bajo la potencia de sus embates, que acelera para arrastrarme con él hacia el más puro, exquisito delirio.

—Sí, joder, sí —brama con los ojos cerrados al cabo de un rato. Su cuerpo ondulando sobre el mío

como una gigantesca y sensual ola—. No puedo más, m-me corro. —Alza los párpados y me observa de un modo que hace que el corazón me dé un salto en el pecho—. Córrete conmigo, por lo que más quieras. Dame tu orgasmo y yo te entregaré el mío.

El terremoto se inicia en algún punto inconcreto entre mis piernas y se expande por todo mi ser en ondas violentas que sacuden mi alma hasta los cimientos.

No sabría decir quién ha gritado más de los dos. Lo único que sé es que cuando todo ha terminado, apenas soy capaz de encontrar mi propia voz. Pero me obligo a hacerlo.

—Gabe, muévete. —Lo empujo—. Me estás aplastando.

Se da la vuelta y cae sobre su espalda con un gemido derrotado, luciendo como alguna especie de hermoso dios caído vestido únicamente con una

corbata.

Siguiendo el plan establecido, vuelvo a ponerme la ropa en silencio y, tras recomponer mi aspecto todo lo que puedo, me acuclillo a su lado, deslizo mis yemas desde sus labios hasta su saciado pene y le soplo un beso final al tiempo que me yergo con un murmurado «gracias, no ha estado tan mal» que consigue borrar de un plumazo su sonrisa de satisfacción suficiencia.

—Por cierto —añado antes de que le dé tiempo a incorporarse—, ¿te acuerdas de ese trío que sugeriste en el avión? Pues lo quiero. Con Ty, más concretamente. —Vaya, ¡qué divertido! Parece que al fin he conseguido dejarlo sin palabras—. ¿Podrás manejarlo o, por la contra, te vas a arrugar, *encanto*?

Dicho lo cual lo abandono, dejándolo tirado en el suelo de su despacho con expresión aturdida.

Capítulo 14

Después de una semana de ensordecedor mutismo por parte de Gabriel, recibo pasada la media mañana del lunes un sobre que contiene una sobria y elegante invitación para la noche especial de San Valentín del *Black is Back*.

No me debato en un mar de dudas acerca de lo que voy a llevar puesto porque lo sé perfectamente; un ajustado y sexy *little black dress* de encaje, un blazer del mismo tono con finas solapas de satén y los zapatos de tacón más vertiginosos de mi armario.

Y no, ¡por supuesto no me he olvidado de la ropa interior! Lo que pasa es que ninguno de los conjuntos me parece el idóneo para lo que podría ser nuestra primera cita de verdad. Además, un San Valentín con Gabriel se merece algo nuevo y provocador capaz de lograr dejarlo al borde de la deshidratación sólo con verlo. Lo que únicamente puede significar una cosa; tengo que lanzar un S.O.S. a las chicas vía *WhatsApp* y quedar con ellas para asaltar la tienda de *Agent Provocateur*

en Madison Avenue.

«Podría quedar hoy», responde Kat en nuestro chat común un cuarto de hora después. «Hay un enorme socavón en mi agenda entre las cuatro y las cinco y media».

«Claaaaro, claaaaaro. A buenas horas, mala amiga. Llevas días sin dar señales de vida», mete cizaña Maddie casi al instante. «¿Sabes que pasa, Dee? Que James no está en la ciudad para rellenar ese enooooorme socavón...».

«¡Cállate!», replica la aludida.

«Con su enorme, enoooooorrrome...».

«¡Ni se te ocurra decirlo, Maddie!».

Me estoy retorciendo de la risa en la soledad de mi despacho. Ay, estas dos son demasiado.

¡Demasiado!

«Haya paz», tecleo antes de que Maddie empiece a divagar acerca de la dotación del prometido de Kat y terminen enzarzadas en una absurda, aunque graciosa batalla dialéctica. «Entonces, ¿a las cuatro y media en Madison?».

Tras terminar de concretar los planes de la tarde y despedirme de las chicas, regreso a mi trabajo para ser interrumpida una media hora después por una llamada telefónica del hombre silencioso en persona.

—Hola —respondo con el típico tonillo mecánico de contestador automático—, este es el buzón de voz de una mujer muy ocupada. Si desea dejar un mensaje, pulse uno. Si desea sexo telefónico, pulse dos. Si desea sexo real, hágase una paja. Graciaaaaaas.

—¿Y si lo que quiero es invitarte a comer, qué botón hay que pulsar?

Vaya, eso si que no me lo esperaba. De todos

modos, no puedo evitar la tentación de tomarle un poquito más el pelo.

—Sólo para que me quede claro —intento disimular la risa en mi voz—, ¿te refieres a comer comida o a comer...?

Debe de estar en la calle, porque escucho el tan familiar ruido del tráfico salpicado por algún que otro claxon.

—Comida, Vargas —rezonga—. Llevo unos días endemoniados y estoy demasiado agotado como para que se me levante.

Pongo los ojos en blanco y giro la silla en dirección al ventanal para comprobar si sigue lloviendo mientras pienso que tampoco era necesario que fuera tan descarnadamente gráfico.

—¿Vienes o no? —suelta impaciente.

—Si me lo pides así...

Escucho el sonido amortiguado de una conversación.

—Diez minutos a lo sumo. Te espero en la puerta.

Y sin más, cuelga. Nada de educados «adiós» o «nos vemos» para mí. No. Mucho menos un «te he extrañado terriblemente». Quizá porque aquí la única estúpida que sí lo ha echado de menos soy yo, que sigo pensando que se negará a compartirme con su atractivo amigo Tyler en un arranque de posesividad, demostrando...

—¿Demostrando qué, lumbrera? ¿Qué no comparte sus juguetitos sexuales?

Doy media vuelta y tiro el *smartphone* encima de los papeles que pueblan la superficie de la mesa. Entonces, apoyo los codos en ella y hundo el rostro entre mis manos con un bufido.

Me queda una única carta en la manga. Mi última jugada. Y si eso no funciona...

Tras recoger un poco el desastre de papeles que tengo ante mí, me preparo para salir a la calle, por lo que descuelgo el foulard y la gabardina del perchero y me los pongo antes de abandonar mi despacho bolso en mano. Pero antes de irme busco a Nadia, a la que encuentro junto a la fotocopidora, para pedirle que avise a Alberto de que hoy no voy a poder comer con él porque me ha surgido un imprevisto de última hora.

Nada más poner un pie en el exterior, me ciño el cinturón y subo las solapas para protegerme del viento. Es entonces cuando el estridente claxon de un coche aparcado a escasos metros de distancia me sobresalta, logrando que dé un ridículo saltito al tiempo que miro por encima del hombro para encontrarme a un siempre irresistible Gabriel.

—Sube, encanto. —Me apremia golpeando el techo de un flamante y enorme coche de lujo gris metalizado—. Me muero de hambre.

Terminamos en el distrito de Meatpacking, una

pequeña área del Greenwich Village que está junto al río Hudson. Más concretamente en el conocido *Pastis*, un afamado *bistrot* que rara vez está menos que abarrotado y cuyos llamativos toldos rojos se pueden ver desde lejos.

No es el lugar más indicado si lo que buscas es intimidad puesto que, según en qué zonas, la separación de las mesas no es muy generosa que digamos, pero como esto es una cita para comer y no para hacer manitas, importa bien poco. A fin de cuentas, está agotado, ¿no?

El lugar se encuentra lleno hasta la bandera, pero debí suponer que Gabriel jamás deja nada al azar puesto que somos acomodados casi al momento en una mesita redonda situada justo en la curva de la calle que conforma un cómodo banco forrado en piel marrón.

Nuestro rinconcito es coqueto. Diría que incluso íntimo en cierto modo ya que, como el espacio no sobra, nos tenemos que sentar bastante cerca el

uno del otro, lo que ocasiona que mi rodilla se roce con la suya continuamente.

—No sé por qué decantarme —me quejo mientras repaso las opciones por tercera vez—. Todo parece tan apetecible que me comería el menú entero si pudiera.

Al final, pasando olímpicamente de los entrantes, y no sin mucho debatirme, me decido por una trucha salteada con espinacas, coliflor, almendras y aceite de curry mientras él opta por lo que termina siendo un filetón a la bearnesa. Pero lo que más me hace salivar no es la carne, sino las tentadoras patatas fritas, que me dedico a robarle al más mínimo descuido.

—¿Por qué no pides una ración para ti? —me pregunta aburrido de que se las sise.

—Porque no sabrían igual de ricas —le frunzo la nariz con recochineo—. Además, si la pido tendré que comérmelas todas.

—¿Y? —Parpadea sin comprender mi punto.

—Qué obtusos sois los hombres —clamo al tiempo que elevo la vista al cielo, digo techo—. Pues que no me convienen.

—Entonces para de picotear de las mías, porque tampoco te convienen. —Golpea mis dedos con suavidad, sonriente, cuando me dispongo a hurtarle otra.

Terminamos la comida en un distendido ambiente de camaradería, charlando de cosas importantes e intrascendentes; desde trabajo, política, viajes, hobbies... a nuestras respectivas agendas de la semana. Incluso intercambiamos pareceres respecto a las últimas películas que hemos visto o los libros que hemos leído.

—Me gusta leer, lo juro —asegura mientras hace girar su copa de vino entre los dedos—. Pero tengo tan poco tiempo que cuando al fin puedo retomar la lectura no consigo recordar acerca de

qué iban las páginas anteriores. —Suelto una carcajada—. No te rías, que esto es serio —me reconviene—.

La cuestión es que tengo esa novela de la que te hablé tirada en el sofá desde hace... —Frunce el ceño, pensativo—. ¿Dos meses? Da igual. El problema es que parezco estar condenado a releer las mismas cincuenta páginas una y otra y otra vez.

Poso la mano en la suya con una mirada que combina lástima y diversión a partes iguales y le digo que se rinda, que no tiene sentido continuar sufriendo esa continua agonía.

—¿Podrías tomarme en serio, por favor?

—Oh, Gabe, ¡pero si lo hago! —Me encanta cuando se pone todo ceñudo, en plan enanito gruñón.

Sólo que este enanito en cuestión mide un metro noventa—. ¿Quieres que te la cuente? —le ofrezco intentando sofocar una risita burlona—. La leí

hace medio año, pero todavía me acuerdo de lo principal.

Salimos de allí al cabo de una hora y, por insistencia de Gabriel, nos acercamos hasta *Eleni's*, que está a poco más de trescientos metros calle adelante, a comprar algo dulce.

Nada más poner un pie en el interior, los ojos me hacen chiribitas. ¡Ah, maldito sea! ¡Me ha traído al peor antro de perdición en varias manzanas a la redonda!

—Ya sabes. —Ahora es su turno para burlarse a mi costa—. En realidad no tienes que comértelos.

—Serás cabrón —mascullo al tiempo que le propino un manotazo en el brazo.

Imaginaos el paraíso de los adictos a los *cupcakes*; hilera tras hilera de bandejas repletas de esos pequeños, deliciosos dulces que hacen que te derritas de placer con tan sólo darles un

ridículo, diminuto mordisquito repleto de calorías que luego irán directas a tus michelines para quedarse ahí para los restos. Las muy mamonas...

—Te espero fuera —gimo dándome la vuelta con los ojos cerrados para no presenciar ese espectáculo culinario casi pornográfico durante un segundo más.

En otra ocasión me quedaría, porque a mí la báscula me es bastante indiferente, pero tengo un pequeño dilema y es que si engordo un par de kilos el vestido para San Valentín pasará de quedarme sensualmente ceñido a apretado en plan chorizo embutido. Y eso no es sexy. Sobre todo cuando Gabriel es físicamente... perfecto.

Al poco rato sale con una bolsita en la mano y mordisqueando alegremente un *cupcake* triple muerte por exceso de chocolate que me hace salivar.

Bueno, lo de triple muerte es cosa mía, no es que

se llame así. Aunque nombrecitos más raros les ponen a veces, todo sea dicho.

—¿Quieres? —me ofrece malicioso.

—No.

—¿En serio? —Lo pasa por debajo de mis narices, poniendo a prueba mi fuerza de voluntad —.

¿Ni siquiera un mordisquito de nada?

—Te odio —siseo entre dientes, dándole la espalda.

Entonces, él me rodea la cintura con la mano en la que lleva la bolsa y deshacemos el camino en dirección a *Pastis*, en cuya acera nos está esperando nuestro medio de transporte, junto con su flamante chofer.

Una vez en el asiento trasero, las cosas se empiezan a poner un poco... calientes.

—¿No adujiste estar —y cito literalmente—
«demasiado agotado para que se me levante»? —
susurro para que no nos escuche nuestra peculiar
«tercera rueda» al tiempo que le aparto la mano de
debajo de mi falda tubo.

—Una buena comida y una entretenida charla con
una mujer bonita hacen milagros —ronronea
lamiéndome el cuello en sentido ascendente.

Dios, es como un pulpo. Sus manos están por
doquier, acariciando y amasando todo lo que
encuentran por delante. Entonces me besa con tanta
pasión que consigue hacerme olvidar el lugar en el
que estamos, hasta que el sonido de un claxon me
devuelve a la realidad.

—Por favor, Gabe, contrólate. —«¿Cómo lo va a
hacer, si incluso tú misma estás teniendo
problemas?»—. No estamos solos.

—No puedo —confiesa entre beso y beso con
sabor a chocolate antes de echar la mano hacia

atrás, en dirección a la puerta, y palpar hasta encontrar lo que está buscando—. ¿Mejor así? — jadea casi sin despegarse de mis labios cuando un panel nos aísla de la parte delantera del coche—.

¿Suficiente para tu pudor?

Agarro su chaqueta a puñados y lo aparto un poco.

—¿No lo entiendes? —musita inclinándose de nuevo hacia mí, como si fuéramos imanes condenados a acoplarnos cada vez que estamos demasiado cerca el uno del otro—. Tú eres la culpable.

—¿Yo? —Creo que me he puesto hasta bizca al escuchar semejante declaración.

—Me arden las manos cuando te tengo cerca. — Las desliza por debajo de mi falda, alcanzando la ropa interior—. Me pongo duro con tu olor. — Hociquea mi cuello con un sonido salvaje—. No puedo estar a tu lado sin querer follarte, así de simple.

Engancha dos dedos a cada lado de mis braguitas y tira de ellas una y otra vez hasta que, por fin, consigue que levante el trasero lo suficiente como para poder quitármelas. Entonces, vuelve a besarme al tiempo que introduce una mano entre mis piernas y acaricia mi palpitante clítoris, haciéndome enloquecer con sus perversos toques, antes de deslizar dos dedos en mi resbaladiza vagina.

—Te quiero —gimo un «sí» en su boca, enredada a su lengua—. Ahora.

Apenas un par de minutos después estoy medio desnuda y encaramada sobre su regazo, meciéndome con su erección profundamente enterrada en mí, gozando de la implacable succión de su boca en uno de mis pezones mientras tortura el otro haciéndolo rodar entre las yemas de los dedos.

—Gabe. —Levanta los párpados y me pierdo en la

subyugante oscuridad de sus ojos—. Quiero que me prepares.

—¿Qué te prepare para qué?

Incapaz de decirlo en voz alta, lo susurro en su oído y al poco rato, experimento un sensual roce entre las mejillas de mi trasero seguido de la punzante presión de sus ensalivados dedos, que terminan por abrirse paso en mi interior en una paulatina y delicada penetración. Primero uno, luego los dos.

Embistiendo, dilatando. Convirtiendo el mordisco del dolor en agónico placer. Obligándome a aceptar más, a tomarlo todo hasta que finalmente estallo en un silencioso grito, con él derramándose tan dentro de mí que siento que en realidad nos hemos fundido en un único ser.

Un buen rato después, cómodamente sentada tras mi mesa de despacho, vuelvo a visionar en mi mente, como si de una película se tratara, el

momento de la despedida. Y lo hago desmenuzando cada segundo de la fría, áspera reacción de Gabriel cuando, en un ataque de curiosidad, le pregunté si ya había pensado una fecha para llevar a cabo el *ménage à trois*.

«Ahora no quiero hablar de eso».

Fue tan... ¿Cómo describirlo? Glacialmente Berling, quizá. Su voz, su mirada, el lenguaje de su cuerpo... De repente el hombre distendido con el que había compartido una agradable comida ya no estaba allí. Se había esfumado. Así de sencillo, así de crudo. Como si sólo hubiera sido un espejismo, un espectro de humo y quimeras.

Unos súbitos golpecitos en la puerta consiguen abstraerme de mis pensamientos.

—Adelante.

Se trata de la siempre sonriente Nadia que, tras entrar en el despacho con una bolsa de *Eleni's* en la mano, la deposita encima de mi mesa sin decir

ni una palabra.

Sólo cuando cierra la puerta tras de sí, abandono lo que estoy haciendo y la abro, encontrándome un sobrecito pequeño, del tamaño de los que usas en los ramos de flores, y dos *cupcakes* de San Valentín recubiertos con *frosting* de *buttercream* de vainilla adornado con virutas rojas, blancas y rosas. Y encima de cada uno, dos mensajes escritos en color rosa sobre fondo blanco; «sé mía» y «quíereme».

—No puede ser lo que yo creo que es —musito sintiendo que el corazón se me va a parar de un momento a otro.

Con manos temblorosas, rasgo el sobrecito con impaciencia y extraigo la tarjeta, que leo con el alma en vilo.

Al parecer no los tienen con «fóllame» (aburridos...), así que tendrás que echarle un poquito de imaginación.

Gabe

—¡Serás cabronazo!

Capítulo 15

Diez de la noche y mi *iPod* echa humo.

Falta poco más de media hora para que el chofer de Gabriel venga a buscarme y, mientras le doy los toques finales a mi ligero maquillaje delante del espejo del cuarto de baño, canturreo *More Than Words* con un sutil contoneo de caderas.

Han sido unos días extraños, aunque divertidos. Como si ambos nos hubiéramos puesto de acuerdo de un modo no verbal para enzarzarnos en una especie de contienda por ver quién es capaz de dejar más fuera de juego al otro.

¿Volví a hacer mención al trío? No. Supongo que sobran las explicaciones, ¿verdad?

La pista del reproductor salta a la preciosa

Chasing Cars de Snow Patrol y mi mano se queda paralizada con el *eyeliner* a mitad de camino al recordar la indescriptible sesión de sexo oral de la noche anterior, cuando Gabriel se inclinó sobre mí tarareando desde el fondo de su garganta *My Funny Valentine* y me rozó el clítoris con la lengua, coqueteando con mi orgasmo al tiempo que un vibrador zumbaba inclemente en mi trasero.

«Adoro tu sabor, Dee. Te voy a lamer y chupar hasta sentir el latido de tu hinchado clítoris y entonces... follaré con mis dedos tu caliente, delicioso coñito hasta que el placer sea tan intenso que no puedas más».

Mi cuerpo se estremece al evocar cómo el orgasmo arrasó mi cordura mientras él se perdía entre mis muslos, castigando el sensible botón con su perversa boca sin aminorar las embestidas de sus dedos en mi palpitante sexo.

Tan intenso, tan depravado, tan... Gabe.

Muerdo el labio inferior con un gemido y cierro los ojos, volviendo a experimentar las demoledoras sensaciones que me recorrieron de la cabeza a los pies cuando me puso boca abajo, extrajo el estimulante juguete y acarició con la punta de la lengua mi fruncida entrada antes de invadir con dos dedos el lubricado canal. Profundo, duro. Entrando y saliendo sin parar, abriéndome con movimientos de tijera, preparándome para poder acoger su erección cuando al fin llegue el momento de...

—Por lo que más quieras, Vargas, para de pensar en eso.

Sacudo la cabeza y me obligo a centrarme en cosas más banales y menos excitantes, como terminar de aplicar el *eyeliner* y elegir entre un fogoso *rouge allure* o un discreto tono *nude* para mis labios. Pero la cuestión es que llevar dentro de mi vagina una pequeña bala vibradora por expreso deseo de Gabriel no resulta de gran ayuda. Y hacer cábalas acerca de sus intenciones, menos.

Una vez lista, e incapaz de esperar un segundo más en mi apartamento sin enloquecer de los nervios, bajo al vestíbulo para esperar allí la llegada de mi medio de transporte, que aparece delante de la puerta del edificio con puntualidad británica. Lo que es todo un logro en esta ciudad, dados los constantes atascos que se generan cada dos por tres.

—Buenas noches, señorita Vargas —me saluda con exquisita cortesía Hardy, el chofer, al tiempo que me abre la puerta sonriente—. Si se me permite decirlo, está usted bellísima esta noche.

Me sonrojo un poco ante el sincero halago y le dedico una tímida sonrisa de agradecimiento junto con un quedo «gracias».

El *Black is Back* está relativamente cerca — neoyorquinamente hablando, claro—, por lo que no me permito acomodarme mucho en el confortable asiento, no vaya a ser que el calorcito de la calefacción y el movimiento del coche

consigan amodorrarme.

—Hemos llegado, señorita —anuncia Hardy minutos después—. El señor Berling ordenó que le comunicara que llegará con retraso, motivo por el cual le transmito sus más sinceras disculpas.

¿Disculpas? ¿Gabriel? Hay una cámara oculta, ¿verdad? Porque en su diccionario no hay cabida para palabras como «perdón», «por favor» o «lo siento», así que esas «sinceras disculpas» no han podido salir de su boca.

—Hardy —establezco contacto visual con el chofer a través del espejo retrovisor—, dígame la verdad. ¿Fue el propio señor Berling el que le pidió que se disculpara en su nombre o...?

—El señor Wilder estaba presente y consideró que alguien debía suavizar el mensaje —termina por confesarme un poco abochornado—. Sobre todo dada la tendencia del señor Berling a...

Poso la mano en el hombro de Hardy y se lo

aprieto en un mudo «es suficiente, lo entiendo». A fin de cuentas, conozco de sobra esa *tendencia* de Gabriel.

Antes de salir del coche, cubro la mitad de mi rostro con un delicado antifaz de encaje negro y cristalitos, tal y como requiere la invitación del Club, y echo un último vistazo a mi aspecto en el minúsculo espejo que llevo en el bolso de mano, comprobando que las ondas al agua siguen tan intactas como cuando salí de mi apartamento.

—Espero que disfrute de la noche —me desea el chofer una vez estoy en la acera, frente a la entrada del *Black is Back*.

—Eso espero yo también —musito para mis adentros al tiempo que respiro hondo, enderezo la espalda y avanzo invitación en mano hacia el intimidante gorila.

Debido a mi profesión, he estado en locales nocturnos de lo más variopintos, pero tengo que

admitir que este Club, si bien no es lo más espectacular que he visto en mi vida, es... fantástico. En todos los sentidos. No sólo por su estudiada distribución del espacio y su cuidada decoración, sino por el sofisticado y decadente ambiente que rezuma a cada paso que das en su interior. Como si hubieras vuelto atrás en el tiempo a la época del famoso *Cotton Club* y sus «Celebrities Nights» repletas de destacados personajes de la vida política y cultural de la Gran Manzana. Todo ello aderezado con la incomparable música de algunos de los más grandes, como Duke Ellington, Ella Fitzgerald, Nat King Cole, Billy Holiday...

Nada más traspasar la entrada, un par de chicas, ataviadas siguiendo el espíritu de aquellos años dorados, se encargan de acomodar a los recién llegados en sus correspondientes mesas mientras otras dos manejan con soltura y eficacia el ropero, en el que dejo mi blazer y el bolso de mano de cuero negro y telas satinadas, adornado con cristalitos de imitación *Swarovski*.

Una vez instalada en un pequeño sofá de piel de tres plazas con forma de media luna, espero a que uno de los camareros se acerque a tomar nota de mi consumición sin parar de observar todo lo que me rodea desde mi apartado y privilegiado rincón.

Cinco minutos después, tras paladear el primer sorbo de un coctel sin alcohol, estiro el brazo en el respaldo y, poniendo a prueba la resistencia de mi manicura francesa, tamborileo con los dedos sobre la mesa en un intento por seguir el ritmo del *All The Things You Are* que una sensual mujer de flamígera melena ondulada canta desde el escenario, acompañada por una soberbia banda.

¿Cuánto va a tardar Gabriel? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Cuarenta minutos tal vez? ¿No hubiera sido más sencillo enviarme un mensaje o gastar un puñado de minutos de su carísimo tiempo en llamarme para retrasar mi hora de llegada? No, claro. ¿Para qué? Es mejor hacerme esperar.

Al parecer he tenido la desatinada idea de

enamorarme hasta las trancas de un dechado de *virtudes* cuyo trato hacia mí oscila como el viento.

—Tenías que estropearlo siendo tan condenadamente Berling, ¿verdad? —farfullo con los labios pegados al borde de la copa tras darle un buen viaje a su contenido—. Ojalá pudiera entrar en tu cabecita y saber qué demonios sucede ahí dentro, porque ya no sé qué pensar en lo que a ti respecta.

A veces diría que siente algo por mí, algo real y auténtico. Pero otras en cambio... Es como si estuviéramos atrapados en un círculo vicioso; cuanto más lo descoloco yo a él, más me descoloca él a mí. Así una y otra vez, encuentro tras encuentro.

Quince minutos y sigo aquí, sola, sometida al descarado flirteo de los hombres solteros/divorciados/casados infieles que están sentados en las mesas más cercanas y que no saben hacer otra cosa que devorarme con la mirada e

invitarme a un montón de combinados repletos de alcohol, que me veo obligada a rechazar con una tirante sonrisa en los labios.

Incluso llego a espantar a un par que, en un movimiento osado, se sientan a mi lado con toda la desfachatez del mundo, dedicándome burdos halagos repletos de giros sexuales a los que hago oídos sordos para evitar que me terminen sangrando.

Entonces, cuando estoy a punto de perder la paciencia y los estribos, uno de los camareros se aproxima con una bebida que no he pedido —¡otra vez!— y me la sirve al tiempo que señala hacia la barra, en la que un elegante e irresistible Gabriel vestido con traje negro, camisa blanca y corbata rojo fuego alza su vaso de whisky a modo de saludo.

—De parte del caballero.

Acepto el *Cosmopolitan* y le devuelvo el gesto

con una sonrisa antes de beber un sorbo sin dejar de observarlo por encima del borde de la copa.

Él también lleva un antifaz, sólo que el suyo es de una sobriedad casi espartana. Sin adorno alguno.

Cuando la banda termina una preciosa versión instrumental del *Dream a Little Dream* de Armstrong, deposito el coctel en la mesa y desvío la mirada hacia el escenario para unirme a los aplausos.

—Oh, vaya —musito frunciendo los labios en un consternado mohín al volver los ojos hacia la barra y encontrarme con que Gabriel ha desaparecido—. ¿Dónde se habrá metido?

—Aquí —responde a la vez que la sala se inunda con los primeros acordes del *When I Fall in Love*—. Feliz San Valentín —ronronea en mi oído con voz burlona a la par que sensual tras sentarse a mi lado.

Me atrae hacia su cuerpo caliente y aspiro su

embriagador aroma mientras cubre la columna de mi cuello con pequeños, voluptuosos besos que erizan mi piel y provocan que las mariposas de mi estómago vuelvan a la vida revoloteando como locas, henchidas de felicidad.

Pero todo se viene abajo como un castillo de naipes en un parpadeo.

—¿Preparada?

—¿Perdón? —¿Preparada para qué? ¿Para disfrutar de la fecha más romántica del año con el hombre del cual estoy perdida y ridículamente enamorada? ¿Es que acaso es un requisito imprescindible?

—El *ménage*, encanto. Esta noche. —Mi consternación debe de ser notoria, puesto que frunce el ceño durante una milésima de segundo antes de estallar en carcajadas—. No me digas que te habías olvidado.

—N-no es eso.

Giro el rostro hacia un lado y agradezco que acaben de rebajar la intensidad de la iluminación a una semi penumbra íntima e invitadora, porque así Gabriel no podrá ver en mis ojos el reflejo de un corazón herido.

—Sólo que... no me esperaba que fuera a ser hoy.

—¿Qué creías que era esto? ¿Una cita... romántica? —Juraría que acabo de escuchar un tinte de ansiedad en su voz, como si necesitara que le confirmara algo—. Responde, Dee.

¿Es que acaso hay una pizca de romance en sus venas, por muy pequeña que sea la cantidad?

Empiezo a dudarlo. Sólo él podría organizar el dichoso trío en una noche como esta. Y sólo yo podría ser tan, tan rematadamente imbécil como para suponer que se había tomado la molestia de ser un poquito... un poquito...

—No, claro que no —miento al tiempo que de mi garganta brota una amarga carcajada—. ¿Por qué habría de pensarlo? A fin de cuentas, entre nosotros todo se reduce a una cuestión de sexo, ¿verdad?

Me trago las ganas de llorar. Ahora poco importa lo que creí, pensé, supuse, imaginé... porque me he dado cuenta de que mientras los románticos regalan rosas, Gabriel Berling únicamente es capaz de proporcionar a una mujer sus más oscuras fantasías. Cero amor.

—Sí. —Por un instante pienso que no parece muy convencido, pero desecho la idea de inmediato —. Por supuesto.

En el escenario, la cantante pone fin a una intensa versión del *I Put a Spell On You* de Nina Simone con un vibrante y casi interminable «porque eres mío».

—Señoras y caballeros, disculpen la interrupción

—anuncia el pianista a través del micrófono—.

A pesar de que no solemos admitir peticiones, haremos una excepción en una noche tan especial como esta y dedicaremos *My Funny Valentine* a...

Mí.

—¿Por qué? —susurro desconcertada por completo, sin ser capaz de conciliar en uno al hombre que minutos antes echaba por tierra mis ilusiones y a este, capaz de tener un gesto tan sencillo pero a la vez tan...

—Fue un impulso sin sentido. Olvídalo —masculla de sopetón, levantándose con gesto esquivo—. Ty estará aquí en cualquier momento.

—De hecho, ya lo estoy —anuncia el hombre en persona—. ¿Ibas a abandonarla o es que me has extrañado tanto en la última media hora que necesitas abrazarme? —Pasa al lado de su amigo, dándole una palmada en la espalda, y se deja caer en el sofá, a mi lado—. Haz algo útil para variar,

Gabe — murmura sin quitarme los ojos de encima —. Llama al camarero. ¡Estoy seco!

Parpadeo varias veces, con rapidez, y no sé si reír a causa de la huracanada —a la par que descarada — entrada en escena de Tyler o levantarme y salir de aquí por piernas antes de terminar rompiéndome en dos delante de ambos. Un lujo que, por desgracia, no me puedo permitir. Pero todo pensamiento de huida desaparece de golpe y porrazo cuando Tyler se inclina hacia mí, en un movimiento seductor que genera una corriente de pura electricidad entre nosotros, y me susurra al oído:

—Sígueme la corriente.

Sin darme tiempo a reaccionar, coge mi mano en la suya y se la lleva a los labios, depositando un beso en mis nudillos que termina por convertirse en una erótica caricia que se propaga hasta la curva entre el hombro y el cuello. Un roce tan sugerente como carnal que envía ráfagas de placer por todo mi

cuerpo, consiguiendo poner en guardia algo más que mi piel.

—¿No ibas a largarte? —le espeta a Gabriel al tiempo que me dedica una mirada cruda y salvaje, como si deseara desnudarme ahora mismo y tomarme encima de la mesa.

—Ten cuidado, picapleitos —le advierte con tono glacial.

—Al contrario que mi amigo —lo señala con el pulgar por encima del hombro, sin dejar de darle la espalda—, yo no necesito a terceros... —coloca ambas manos en la base de mi cuello antes de empujarme hacia atrás, contra el respaldo del sofá—... para estimular la vida sexual de mi chica.

Entonces, acortando la escasa distancia entre nosotros, saca la lengua y acaricia mi boca con ella, suavemente. Lo hace una y otra vez, hasta que al fin me abro a él con un quedo jadeo, separando

los labios para que pueda deslizarse en mi interior y disfrutando del despertar de mi cuerpo bajo el intenso calor del suyo.

Me aprieto contra Tyler, tratando de acercarme cada vez más a su atlética anatomía mientras él explora cada uno de los rincones de mi boca, cambiando constantemente la cadencia del beso, imponiendo una rítmica penetración que provoca que mi sexo se retuerza y mi ropa interior se empape.

Cuando al fin rompe el contacto de nuestros labios, Gabriel ha desaparecido.

—Bien —murmura con una mueca de satisfacción—. Esto le dará algo acerca de lo que rumiar.

Capítulo 16

—¿Se puede saber a cuento de qué ha venido todo ese show?

Sin esperar a que me responda, levanto la mano y

hago un gesto al primer camarero que veo aparecer entre las mesas del cada vez más abarrotado Club. Necesito algo potente, a ser posible ya.

¿Vodka, tal vez?

—¿Tenéis *Diva Premiun*?

¿Qué son tres mil dólares la botella cuando hay un corazón a punto de resquebrajarse de por medio? Además, no pienso pagarlo yo, sino que le endosaré la broma a Gabriel. ¡Qué menos!

—Mejor tráiganos *Gran Patrón Platinum* — solicita Tyler al tiempo que apoya el codo izquierdo en el respaldo del sofá—. Tienes cara de necesitar un buen tequila.

—Si tú lo dices... —Efectúo un barrido visual del lugar en busca del paradero de Gabriel, que parece haberse esfumado en el aire—. Por cierto, te recuerdo que todavía no me has respondido.

Esboza una mueca ladina antes de descansar la

afeitada mejilla en la palma de la mano y observarme a través del antifaz de manera reflexiva. Entonces, por primera vez, me fijó de verdad en sus ojos, que no son tan oscuros como me lo parecieron aquella noche en el Empire State, sino de un llamativo gris plomizo con diminutos chispazos de mercurio.

—¿Y bien? —lo apremio—. Estoy esperando.

—Sentí que debía intervenir, eso es todo —se encoge de hombros—. La tensión entre vosotros se mascaba en el ambiente, lista para ser cortada con un cuchillo. —Se muerde en labio inferior en un intento por no sonreír—. Además, Gabe estaba pidiendo a gritos un buen zarandeo, por eso te besé. — Alarga la mano derecha y dibuja mi boca con el pulgar—. Y también porque me apetecía. Mucho. — Sus ojos resbalan hasta el actual objeto de su deseo—. Además, ya sabes lo que dicen. — Niego—. Que la fruta prohibida sabe mejor.

Tyler es... intenso. Todo él irra día magnetismo;

desde su mirada y el timbre de su voz hasta el lenguaje de su cuerpo. Una fuerza viva arrolladora, subyugante. Atractivo como únicamente pueden serlo esos hombres de belleza primaria y salvaje, poseedores de un aura potente, indómita que causa oscura fascinación incluso en las féminas más reticentes a caer rendidas ante sus encantos.

Estoy a punto de decirle que ha venido hasta aquí para nada, cuando por fin localizo a Gabriel en un extremo de la barra, con un nuevo vaso de whisky en la mano y la mirada fija en nosotros, como si no le gustase una mierda lo que está pasando entre su amigo y yo. Pero estoy segura de que son alucinaciones mías, porque si le molestara de verdad, si no quisiera compartirme, no habría accedido a llevar a cabo el *ménage*. De hecho, ni siquiera nos habría dejado a solas.

—Dime una cosa, Ty. —En ese momento aparece el camarero, que silenciosamente deposita nuestras bebidas antes de hacer mutis por el foro—. ¿Por

qué aceptaste?

Tomo mi tequila y le doy un sorbito de prueba. La verdad, pensaba que iba a ser algo más... No sé cómo decirlo. La cuestión es que no esperaba para nada su sabor afrutado y suave. Sin rastro alguno de amargor.

Satisfecha con la elección de Tyler, le doy un nuevo sorbo que casi termino escupiendo al oírle decir:

—Porque es el único modo en que podré follarte hasta dejarte sin sentido.

Trago lo que puedo entre toses mientras él me da golpecitos en la espalda, pero no puedo evitar que una pequeña parte del líquido termine resbalando por mi barbilla.

—Podrías haber esperado a que terminara de beber para soltar... eso.

—Imposible, la tentación era demasiado grande —

confiesa—. Una pulsión casi igual de irresistible que esta...

Se aproxima y desliza su lengua por mi cuello y mentón, recogiendo los restos de tequila de la piel en una lánguida lamida que finaliza en la comisura de mi boca. Entonces, una inesperada sensación despierta entre mis piernas, causando que desde el fondo de mi garganta se abra paso un ronco gemido que él se encarga de ahogar rápidamente posando sus labios sobre los míos y absorbiendo el sonido.

En el interior de mi sexo, la vibración crece sin parar estimulando más y más mis ya de por sí bastante alteradas terminaciones nerviosas, hasta que, incapaz de soportarlo, empiezo a retorcerme en el asiento, cada vez más húmeda y cachonda, mientras siento que pierdo por completo el control de mi cuerpo.

—Oh, mi...

Esta vez soy yo la que busca la boca de Tyler para sofocar un nuevo gemido. Soy yo la que enredo las manos en su pelo y tiro, atrayéndolo hacia mí para ahondar el beso y que así nadie pueda escuchar mis ruidosos quejidos de placer. Soy yo la que me vuelvo arcilla entre sus brazos, bajo el roce de sus impetuosas manos, al tiempo que aprieto los muslos en un vano intento por acallar el tumulto que se ha desatado en el interior de mi sexo.

—Por f-favor... —suplico contra sus labios—. Dile que pare.

Si nada lo impide, explotaré. Lo sé.

—¿Qué pare quién lo qué?

De repente, como por ensalmo, la vibración enmudece y yo me desplomo contra el firme torso de Tyler con un suspiro de alivio.

—Ah, vale —musita como si hablara consigo mismo—. Entiendo.

Volteo la cabeza y sigo su mirada en dirección a la barra, donde Gabriel, apoyado en ella de medio lado, hace girar el hielo de su bebida en el vaso mientras introduce la otra mano en el bolsillo del pantalón, como si estuviera guardando algo.

El control remoto de la maldita bala vibradora, con toda probabilidad.

—Tuve varias razones de peso para aceptar — declara al cabo de un rato, una vez logro enderezarme en el asiento, algo más serena—. Pero prefiero resumirlas todas en una y es que me caes bien y quiero ayudarte.

—No me conoces —señalo—. Además, ¿ayudarme a qué?

Tyler coge su tequila y lo bebe con lentitud, paladeando cada sorbo y prolongando el momento hasta ponerme lo bastante nerviosa como para desear agarrarlo por las solapas de la chaqueta de su traje y sacudirlo una y otra vez hasta hacerle

escupir la respuesta.

—Tú quieres demostrar algo con toda esta mierda del trío, ¿me equivoco? —No espera mi contestación, sino que se limita a seguir hablando. Como si estuviera presentando un alegato frente a un jurado—. Él también. —Busca a un camarero y le hace una seña—. Y sí que te conozco. Soy bueno leyendo a la gente y tú eres como un libro abierto para mí. Además, os estuve observando antes y... — Se encoge de hombros—. Lo dicho; un jodido libro abierto.

—¿A dónde quieres llegar?

Ingiero lo que queda en mi vaso y jugueteo con él, haciéndolo rodar entre mis dedos.

—A que hay hombres que necesitan un empujoncito y otros que precisan de un puñetazo en el estómago.

Abogado tenía que ser. En serio, ¿tanto esfuerzo supone el hablar en el mismo idioma que tu

interlocutor? ¿Tan difícil resulta dejar a un lado los jeroglíficos y las frases con una decena de posibles significados e ir al grano? Porque desde mi punto de vista, lo más sencillo es decir lo que hay que decir, sin misterios o circunloquios. Blanco y en botella, vamos.

—Mira, la cuestión fundamental es que puedo y quiero ayudarte. Pero primero, como amigo (casi hermano) del implicado, necesito saber a cuál de los dos quieres.

Bueno, al menos esta vez sé por dónde van los tiros, porque a pesar de la ambigüedad que encierra su petición no tengo duda alguna acerca de a qué se refiere. Y entre Gabe y Berling, el hombre y el mito, la elección es muy simple.

—A Gabe —lo digo con un hilo de voz, como si tuviera miedo de que el aludido pudiera escucharme a través del barullo de la música y las conversaciones—. Lo quiero, aunque parezca una locura.

Cuando un nuevo camarero entra en nuestro campo de visión, Tyler pide otro par de tequilas alzando dos dedos y señalando nuestros vasos al tiempo que masculla algo para sí que tiene toda la pinta de ser una sarta de sentidísimas imprecaciones dedicadas a su buen amigo. Amigo que, por cierto, en este preciso instante se encuentra muy ocupado conversando con una mujer en un tono que, incluso desde la distancia, se ve inequívocamente íntimo.

—Ignóralo —me aconseja—. Está gilipollas perdido desde hace unos días. Créeme cuando te digo que esta noche le vendrá de perlas a su ego un poco de mano izquierda por tu parte.

Lo que está, aparte de gilipollas, es demasiado cerca de una zorra arribista con las medidas de Heidi Klum y una siliconada boca a lo Jolie que no para de rozarse contra él cada vez que estalla en ridículas risitas a causa de algo que Gabriel ha dicho.

—Hey. —Agarra mi barbilla con delicadeza y me

voltea el rostro hasta que nuestros ojos vuelven a entrar en contacto—. Para de torturarte. —Desliza la yema del índice por mis labios en un roce sutil mientras me observa con expresión pensativa—. Esos pulmones necesitan un poco de oxígeno, Dee — me advierte. Ni siquiera me he dado cuenta de que estoy reteniendo la respiración—. No querría tener que terminar esta velada en urgencias, ¿sabes?

Sumerge los dedos en mi cabello antes de inclinar su cabeza hacia el lado contrario para besarme ese punto tan sensible justo detrás de la oreja. Un contacto que consigue que me estremezca con un bajo ronroneo.

—Respira para mí, bonita —insiste.

Inhalo una lenta, profunda bocanada de aire que suelto a continuación en un trémulo soplo.

Entonces, su mano abandona mi pelo e inicia un lento descenso, resbalando por el cuello y el

costado hasta bosquejar la curva de mi cadera sin dejar por ello de chupar y morder suavemente el lóbulo.

Realmente Tyler sabe cómo lograr que dejes de pensar y te centres sólo en sentir. Es bueno, muy bueno. De una manera diabólica, casi como Gabriel. Aunque con un marcado estilo propio.

—Qué dulce eres. —jadea contra mis labios entreabiertos—. Me muero por recorrer cada rincón de tu cuerpo y probar el sabor de tu coñito, lamerlo hasta hacerte gritar para después follarte como un maldito demente, corriéndome dentro de ti. Pero antes... —Empuja un vasito de tequila en mi dirección—. Toma, bebe. Lo vas a necesitar esta noche.

Me sonrojo como una amapola cuando alcanzo a comprender el momento en que el camarero nos sirvió.

—No te preocupes, están acostumbrados. Las

fiestas de San Valentín del *Black is Back* son un poco... —bebe un sorbo de su bebida y lo retiene en la boca, saboreándolo durante unos segundos antes de tragarlo— calientes.

De repente, el vibrador vuelve a la carga, sólo que en esta ocasión con más intensidad.

—¡Oh, Dios!

—¿Otra vez? —Asiento—. Hmm... —Desvía su atención por un instante hacia Gabriel antes de volver a focalizarla en mí con ardiente vehemencia—. Vale, aguanta un ratito y escúchame con atención. —Le dedico un «estás bromeando, ¿no?» con la mirada—. Al menos haz todo lo que puedas.

—Se ríe ante mi gruñido de protesta—. Primero un consejo rápido; sea lo que sea lo que estás haciendo con él, sigue en ello.

—No es el mejor momento para continuar siendo tan críptico —refunfuño.

—¿Recuerdas lo del empujón y el puñetazo? Pues ya va siendo hora de dárselo, así que déjame hacer que te corras, Dee. Aquí. —Sus mordiscos a lo largo del cuello sólo añaden más leña al fuego—.

Ahora.

Dejo escapar el aliento en una muda exhalación. No puedo hablar, tampoco pensar. Pero sé muy bien lo que necesito en este momento y si Gabriel no tiene los cojones de venir y ocuparse él mismo de los estragos que está causando en mí con sus perversos juegucitos, por mi vida que pienso dejar que su amigo coja las riendas de la situación.

Tyler toma una de mis manos y, derramando un gruñido sexy y muy animal en mi oído, me pide que lo guíe allí donde necesito ser tocada. Así que le obedezco y la arrastro lentamente por mi cuerpo.

Primero hacia mis pechos, que él abarca entre sus manos para proceder a amasarlos, haciendo

hincapié en mis erectos pezones, que claman por atención.

—Sí, así —gimoteo con mis labios pegados a los suyos.

Puede que esto no esté nada, nada bien. Quizá incluso termine de cabeza en el mismísimo Infierno por ser una niña mala, pero por Dios que se siente de maravilla. Y no seré yo quien le diga que pare, al contrario, porque la combinación de nuestras lenguas enmarañadas, sus manos en mis senos y la implacable vibración en mi vagina me está volviendo lo bastante del revés como para que me importe una mierda todo, excepto el placer que experimento.

Coloco mi mano izquierda sobre su derecha y la empujo hacia abajo, llevándola a través de mi vientre con toda la intención de conducirla hacia ese punto entre mis piernas que necesita un poquito de atención extra.

—Agárrate, preciosa.

Lo suelto y al instante se cuele por debajo del vestido, iniciando un perezoso ascenso a lo largo de la cara intenta de mi muslo que alcanza su punto álgido cuando aplasta con fuerza la palma contra mi pulsante clítoris por encima de la ropa interior, iniciando un indolente masaje.

—Eso es. —Aparta a un lado el escueto pedacito de tela para dibujar con sus dedos mis labios vaginales, frotando el abultado botoncito y tanteando con las yemas la entrada de mi sexo—. Joder, eres puro fuego líquido. —Su otra mano me aprieta el sensible seno de manera rítmica, enviando un golpe de calor derecho a mi entrepierna—. ¿Te has humedecido para mí?

Me arqueo y dejo caer la cabeza hacia atrás con un mudo gemido de éxtasis.

—Claro que sí —se responde a sí mismo.

La necesidad de tocarlo, de sentirlo con mis

propias manos, se vuelve acuciante, por lo que las introduzco entre la chaqueta de su traje y resigo las formas de su deliciosamente atlético torso, desplazándolas después hacia la cintura para ascender a lo largo de su poderosa espalda.

Entonces, hincó las uñas en su carne a través de la exquisita textura de la camisa y me presiono contra él al tiempo que sus dedos hacen magia entre los resbaladizos e hinchados pliegues de mi sexo y su boca devora todos mis descontrolados sonidos de placer.

—Déjame dártelo —solicita contra mis labios—. Quiero que te corras en mi mano. De un modo duro, violento.

Provocador, penetra mi vagina con el índice para retirarlo casi al instante, gruñendo cuando contraigo las paredes en torno a él y me aprieto más contra su pecho. Entonces, introduce también el corazón e inicia un rápido, delirante movimiento, golpeando la bala con las puntas de los dedos mientras trabaja mi clítoris con rítmicas

presiones de su palma.

—Tócame, Dee. —Su respiración acelerada y ardiente se derrama sobre mí como una erótica caricia—. Siente lo que me haces.

Ahueco la mano contra su entrepierna para encontrarme con una más que prometedora erección a través de la fina tela del pantalón. Gruesa, dura, agresiva.

—Ahora piensa en lo divertido que será tenernos a los dos enterrados en ti.

Oscila sus caderas con una cadencia sensual, frotándose contra mi palma sin parar de embestir mi sexo. Haciéndome arder de deseo por él y por la imagen tan altamente sugestiva de ambos fundidos en mí como un único ser.

—Poseyéndote. —Me muerde la garganta y emito un largo, tremuloso gemido—. Idolatrándote como la diosa que eres.

Como si se hubieran puesto de acuerdo de alguna manera, la potencia del vibrador asciende al máximo al mismo tiempo que Tyler imprime una furiosa velocidad a las acometidas de sus dedos, llevándome directa a un orgasmo que ahogo hundiendo el rostro en la curva de su cuello mientras me sacudo fuera de control.

Dios... Eso ha sido... ha sido... No tengo palabras.

—Eres un sueño, Dee. —Saca la bala vibratora de mi convulsa vagina y la deposita encima de la mesa—. El puto, jodido mejor sueño erótico que un hombre pueda tener.

Su voz áspera y dura, junto con el apresurado ritmo de su respiración y el muy erecto pene que continuo acariciando, me dan una idea de cuán sincera es su declaración.

—Separa un poquito más esos dulces muslos, preciosa —me insta—. Sí, así. —Sus dedos

vuelven a la carga—. Mierda, estás al rojo vivo. —Se me escapa una risita—. Ríete, porque te aseguro que podría correrme en los pantalones como un mocoso ahora mismo.

Jadeante, dejo caer la espalda contra el respaldo del sofá y cierro los ojos, licuándome todavía más bajo sus disolutas atenciones.

—Cuando salgamos de aquí —susurra con premura en mi oído—, recuerda lo que te dije; sea lo que sea lo que estás haciendo con él, no pares.

Intento entender por qué me repite eso ahora, pero estoy algo embotada por la resaca del orgasmo.

—Sigue a tu instinto, Dee.

De repente, alguien se sienta a mi izquierda y se pega a mi cuerpo al tiempo que toma un pecho en la caliente palma de la mano para estrujarlo y amasarlo con voluptuoso desenfreno.

—¿Todavía crees que puedes manejar un *ménage*?

Es Gabriel, que traza la caracola de mi oreja con la punta de la lengua antes de hacerla resbalar por el lateral de mi cuello. Entonces, en un momento de total sincronización con Tyler, ajusta los pellizcos que propina a mi pezón con las arremetidas de los dedos de su amigo en mi sexo.

Deliro estremecida bajo las atenciones de ambos, que consiguen llevarme al borde del orgasmo con una rapidez inusitada, haciendo que me balancee de manera constante sobre la delgada línea roja que separa el estado de excitación en el que me encuentro del placer más puro.

—Responde, encanto.

—¿Lo dudas? —replico entre jadeos mientras experimento el pequeño aperitivo de lo que me espera esta noche; dos consumados amantes dispuestos a hacer estallar mis neuronas como supernovas.

—Yo no —aclara Tyler sonriente.

—¿Acaso estoy hablando contigo, Wilder?

—Ay, habló el enanito gruñón —lo provoca.

Sofoco la risa contra el hombro de Tyler antes de hundir las manos en el pelo de ambos y ondular las caderas con un estremecido gemido suspendido entre mis labios.

—Preparaos —les advierto—, porque juro que esta noche vais a morder el polvo.

Capítulo 17

Las arrugas en el fruncido ceño de Gabriel aumentan de manera proporcional con cada nueva muestra de mi compenetración sexual con Tyler. De hecho, a este paso pronto parecerá un gracioso, adorable y enfurruñado Shar Pei.

—¿Vienes? —lo invito al tiempo que extendiendo mi mano hacia él que, con el hombro apoyado en una de las paredes de la suite, observa con mirada insondable cómo su amigo me ahueca la cabeza

con la palma antes de deslizar su boca por mi cuello—. ¿O prefieres limitarte a mirar?

Sus ojos de ónix destellan con una emoción indescifrable mientras se obceca en un terco silencio.

—Más para mí, entonces —ronronea Tyler deslizando la otra a lo largo de la cremallera de mi vestido antes de enganchar la lengüeta y tirar de ella.

Pensaba que me llevarían al apartamento de uno de los dos, pero en cambio hemos terminado en una lujosa suite decorada en tonos ocres del *Mandarin Oriental* con unos ventanales que se alzan desde ras de suelo hasta el techo, revelando ante nuestros ojos unas impresionantes y privilegiadas vistas de Central Park. Y más allá de esa familiar frondosidad, la rutilante silueta de una ciudad que no conoce el descanso ni siquiera a altas horas de la madrugada.

El vestido cae como un susurro sobre la mullida alfombra beige que se despliega desde los pies de la cama que preside el dormitorio, dejándome expuesta al ardiente escrutinio de dos hombres hambrientos que acarician con la mirada cada pulgada de piel desnuda.

—Joder, eres... Preciosa se queda corto —musita Tyler con los ojos clavados en mí a la vez que se desprende de la chaqueta.

—¿Hemos venido a follar o a escribir odas? — protesta el tercero en discordia, que sigue inmóvil en el mismo sitio desde que entramos en el dormitorio.

Ignorándolo de manera abierta, desabrocho la camisa de su amigo y resbalo mi boca entreabierta desde la sexy nuez de Adán hasta su ombligo, chupando las oscuras tetillas con fruición y bosquejando su fibroso torso lampiño mientras mis dedos trabajan con premura en su pantalón.

—Mi mad... —se escapa de mis labios cuando le bajo los calzoncillos.

Vale, esto es algo que nunca, jamás, diría en voz alta delante de ningún hombre por la sencilla razón de que le sentaría como un tiro que su pene fuera calificado como «hermoso». Estéticamente hablando, claro. De hecho, estoy segura de que le haría chirriar los dientes a cualquiera, pero es que el de Tyler lo es. Es la erección más hermosa y perfecta que he tenido el gusto de poder empuñar en mi mano. Sin menospreciar la de Gabriel, que es soberbia, pero esta...

Relamiéndome, me arrodillo y paso los dedos por el interior de sus muslos hasta llegar a los testículos, que acaricio con dedos ligeros como plumas antes de ahuecarlos en la palma para estrujarlos con mimo mientras inicio con la contraria una lenta, perversa masturbación de su tensa y dura longitud.

—Santo Dios... —jadea Tyler poniendo los ojos

en blanco cuando deslizo la punta de la lengua sobre su hinchado glande, trazando círculos—. Dee, Dee... —Hunde los dedos en mi cabello al tiempo que tomo la mitad de su pene en mi boca—. Chupa. Duro, profundo. Por lo que más quieras, hazlo.

Abandono sus testículos y deposito ambas manos en su firme trasero, conduciéndolo hasta mi garganta para darle lo que necesita, completamente excitada por sus gemidos.

Me siento voraz, fuera de control. Retrocedo hasta la punta de su gruesa erección y vuelvo a pasarle la lengua por el hinchado glande, curvando los dedos en la base y apretándolos antes de volver a lamer cada delicioso centímetro de Tyler con movimientos sinuosos.

—Lo haces muy bien —resuella—. Demasiado bien. —Alzo la mirada y le sonrío complacida—.

Pero preferiría correrme dentro de tu ardiente

coñito húmedo.

Con firmeza, pero sin hacerme daño, me agarra por la melena y aparta mi boca de su palpitante miembro. Entonces, tomándome por debajo de las axilas, me deposita encima de la enorme cama antes de quitarme los zapatos de tacón y las medias de liga, descalzarse él mismo y terminar de quitarse el pantalón y el calzoncillo de una patada.

Sé que Gabriel sigue ahí, observándonos. Su presencia es innegable. Domina la habitación incluso desde su profundo, desquiciante silencio. Me hace desearlo cada vez con más fuerza precisamente porque me niega lo que tanto necesito de él.

Tyler se tumba de costado a mi lado y compartimos besos húmedos mientras desliza una mano por mi barbilla y clavícula antes de meterla bajo el suave tejido de mi sujetador, rozando mi piel a la vez que aparta la copa y deja al descubierto un erecto pezón que tortura con dulces

pasadas de su pulgar, provocando que me arquee en busca del contacto de su cuerpo. Entonces, me estrecha contra su torso y me mete la lengua en la boca, poseyéndome con lúbricos giros al tiempo que abre el cierre frontal y me despoja de la prenda.

Sus yemas se escurren por mi carne trémula, trazando senderos de fuego desde los inhiestos pezones hasta más allá de mi vientre para terminar por deslizarse lentamente entre mis piernas por encima de la tela.

—Ty... —ronroneo al sentir cómo me acaricia el pulsante clítoris a través de la ropa interior.

Rodeo su cadera con el muslo derecho y miro por encima de su hombro, encontrándome con la oscura mirada de un Gabriel deliciosamente desnudo que se ha sentado en la *chaise longue* con la espalda recostada contra la pared y las piernas ligeramente separadas. Un Gabriel cuya rampante erección descansa sobre su vientre al tiempo que

me engulle con sus dilatadas pupilas.

¿Es que acaso piensa quedarse ahí toda la noche? Cualquiera diría que es él el que tiene dudas acerca de todo esto.

Me muerdo el labio inferior y gimo al notar como Tyler resbala los dedos por debajo del tejido, entrando en contacto directo con mi sexo hinchado y húmedo. Sus caricias me derriten, me vuelven loca, pero con todo no puedo despegar los ojos de Gabriel, de su ceño fruncido, de su anatomía de infarto.

«Ven, reclámame. Ahora».

De repente, como si lo hubiera conjurado, se levanta con los puños apretados y, respirando hondo un par de veces, se aproxima a nosotros y se tiende en el lado libre, rodeándome la cintura con un brazo posesivo para atraer mi espalda a su torso.

Puedo sentir sus respectivas potentes erecciones

pegadas a mi vientre y a la hendidura del trasero, frotándose contra mí.

—Ya empezaba a creer que pasarías la velada machacándotela —se burla Tyler abandonando mi clitoris para ahuecarme un pecho y azotar el tenso pezón con el pulgar—. Mírala, Gabe. Está tan mojada que ni siquiera sé cómo no me la he follado todavía.

Gabriel rasga mi ropa interior y cubre los empapados pliegues con la mano, introduciendo un dedo hasta la mitad en mi apretada, ávida vagina para luego iniciar una lenta retirada a la que le sigue una violenta, rápida penetración hasta el fondo que hace que mis caderas respinguen. Entonces, vuelve a retroceder antes de invadirme con dos dedos esta vez, encontrando y friccionando ese lugar tan sensible sin parar de arremeter con su pene entre las mejillas de mi trasero.

—Más —les exijo.

—¿Más de que, bonita? —pregunta Tyler, que acaba de liberar mi pezón de su implacable succión con un erótico sonido húmedo—. Dilo.

—Sólo... —me rindo ante los dos de manera incondicional— más.

—¿Has escuchado eso, amigo? —se dirige a Gabriel, que alterna las profundas embestidas en mi sexo con diabólicos toquitos en el tenso y palpitante clítoris—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Sin darme tiempo a reaccionar, éste me tumba boca abajo sobre el colchón y serpentea su péfida lengua a lo largo de mi espalda, mordiendo las pronunciadas curvas de mis nalgas antes de separarlas para proseguir su resbaladizo descenso a lo largo de la hendidura, espoleando mi excitación al presionar el fruncido orificio con la mojada, traviesa punta una y otra vez.

—Tú haz lo que quieras, pero este culo es mío —

declara tras cambiar la lengua por un dedo lubricado en mi propia excitación.

—Entonces hagámoslo bien.

Cierro los ojos cuando me vuelven a dar la vuelta y me dejo arrastrar por la marea de sensaciones mientras el placer se multiplica. Me siento adorada, profundamente deseada por dos hombres increíbles que recorren mi cuerpo de la cabeza a los pies con bocas y manos ansiosas, provocando un tumulto en mi interior. Así, mientras Tyler devora mi sexo, repasando los resbaladizos pliegues vaginales con su lengua y succionando el clítoris sin piedad, Gabriel se introduce un duro pico en la boca y lo presiona contra el paladar, chupándolo con fuerza mientras pellizca el otro.

—Mi turno.

Ahora es Gabriel quien engulle mi sensible brote, al tiempo que penetra mi vagina con dos dedos y mi culo con uno, y Tyler el que me amasa los

pechos sin parar de espolear mi lengua con la suya.

Jadeo, gimo, sollozo... Me retuerzo bajo sus disolutas atenciones hasta que llega un punto en que no puedo más y, corcoveando, suplico por el orgasmo con voz rota.

—¿Lo quieres, Dee? —gruñe Gabriel retirando los dedos de mi interior.

—Sí, sí.

—Hazlo, Ty.

Antes de que pueda llegar a asimilar lo que está pasando, Tyler se coloca entre mis piernas, enfunda su pene en un condón e, instándome a rodearlo con los muslos, se hunde hasta el fondo al mismo tiempo que Gabriel presiona mi clítoris, arrancándome un largo gemido que se convierte en gritos de éxtasis en el preciso instante en que Tyler encuentra mi punto G y lo estimula con continuos roces de su glande.

La excitación y el deseo que bullen en mí se transforman en puro fuego cuando la insoportable presión que se está forjando en mi vagina termina por estallar a través de mi cuerpo, incendiándolo todo a su paso.

Incapaz de hacer otra cosa, me estremezco mientras las paredes de mi sexo se cierran firmemente en torno al miembro duro y tenso de Tyler, que continúa alimentado mi orgasmo con profundas acometidas al tiempo que Gabriel mima mi brote con lánguidas caricias. Entonces, éste se retira para permitir que su amigo gire conmigo entre sus brazos, posicionándome encima de él.

—¿Qué...?

Gabriel me empuja hasta que mis pechos quedan aplastados contra el pecho de Tyler, que ataca mi boca, instándome a separar los labios para poder penetrarme con su lengua juguetona.

De repente, escucho el inconfundible sonido de unos envoltorios rasgándose y apenas unos segundos después siento los fríos, lubricados dedos de Gabriel trazando círculos alrededor de la prieta entrada, tanteando el anillo de músculos una y otra vez hasta hacer enloquecer mis terminaciones nerviosas antes de iniciar una lenta penetración.

—¿Cómo te sientes? —indaga Tyler, que todavía está duro y enterrado en mi vagina.

—Llena, muy llena.

—No lo suficiente —manifiesta Gabriel, presionando la entrada con cuidado y empujándose a sí mismo poco a poco—. Ahora un poco más, ¿verdad, preciosa? —Puedo notar como su glande envuelto en látex ha traspasado por completo el angosto paso—. Ahora, empuja hacia mí.

Hago lo que me pide al tiempo que él se aferra a mis caderas y empieza a deslizarse en mi interior

centímetro a centímetro, penetrando el tenso anillo de músculos y abriéndose paso más allá.

Casi sin aliento, me contraigo con una punzada de dolor que Tyler contrarresta frotando mi clítoris hasta que me relajo bajo su roce con un quejido que es mitad agonía, mitad éxtasis, permitiendo que Gabriel se entierre por completo, reclamando mi virginidad. Dios mío... Ahora mismo estoy empalada por dos duras, arrogantes erecciones. Las noto tan dentro de mí, me llenan de tal manera, que hasta respirar supone todo un reto.

Contoneo las caderas, comprobando las sensaciones, y una ráfaga de algo indescriptible me atraviesa, surcando mi cuerpo y arrancándome un jadeo estremecido.

—¿Puedes soportarlo? —sondea Gabriel, depositando una miríada de besos a lo largo de mi columna.

—Si pudieras ver la expresión de su rostro ahora

mismo —murmura Tyler haciendo rodar mis pezones entre los dedos—, no necesitarías preguntarlo siquiera.

Impaciente, vuelvo a contonear las caderas musitando un arrebatado «moveos, por lo que más queráis» al que Gabriel responde retirándose lentamente para a continuación asaltarme con una poderosa embestida al tiempo que Tyler se retira antes de volver arquear las caderas para llenar mi sexo con su miembro mientras Gabriel inicia su retirada.

Y así, sin dejar de besarme y acariciarme, ambos me toman penetración tras penetración, alternando las acometidas e imponiendo una velocidad despiadada que al cabo de unos minutos me arrastra hacia una abrumadora sensación que empieza como un pálpito sordo entre mis piernas.

Pálpito que crece y crece sin control, alimentado por el ardiente ritmo de sus asaltos, hasta terminar por desembocar en un estallido que convulsiona

mi cuerpo hasta la médula.

—¡Oh, Dios mío!

Mi cuerpo vibra preso de las intensas sacudidas del orgasmo y siento cómo mi vagina y recto se contraen, prologando el placer de aquí al infinito.

—¡Maldita sea! —grita Tyler segundos después, convulsionando violentamente bajo mi cuerpo mientras eyacula sin poder dejar de impulsar su pene en mi interior.

Gabriel sigue moviéndose detrás de mí, así que me aprieto contra él, saliendo al encuentro de cada una de sus embestidas y sintiendo como su respiración ardiente se derrama sobre mi espalda.

—Joder, Dee —resuella al tiempo que frota mi clítoris de manera furiosa sin parar de penetrarme como si estuviera poseído—. Estar dentro de ti es como morir un poco cada vez.

Embiste una, dos, tres veces más antes de dejarse

ir con un ronco gemido que desencadena mi segundo orgasmo.

—Córrete para mí.

—¡Gabe!

Cuando regreso al mundo de los vivos minutos después, me descubro apretujada entre dos grandes, sudorosos y bastante noqueados hombres que torturan mis oídos con sus pesadas respiraciones.

—No —farfulla Gabriel adormilado, apretando su brazo en torno a mí cuando intento apartarme —
Quédate.

—Pues va a ser que no, porque necesito vaciar la vejiga, grandullón.

No sin cierta dificultad, consigo deslizarme entre ellos para levantarme de la cama y caminar hasta el cuarto de baño con pasos indecisos y un dolor amortiguado en... De hecho, creo que me duele

absolutamente todo, aunque de un modo placentero, delicioso.

Una vez de vuelta en la habitación, me muevo con sigilo, recogiendo mi ropa y los zapatos del suelo, y me visto mientras observo la ciudad a través de las ventanas que cubren la estancia casi por completo. Ni siquiera sé si toda la locura del *ménage* ha servido de algo, pero al menos me llevo conmigo una experiencia que difícilmente podré olvidar.

Echando un vistazo por encima del hombro, le doy una rápida miradita al par de desnudos bellos durmientes que parecen continuar bastante fuera de juego tras nuestro movidito encuentro sexual.

Entonces, justo cuando voy a salir, vislumbro los restos de mi preciso tanga nuevo medio metidos debajo de la cama.

«Déjalo estar, total...».

Sí, podría dejarlo tal cual, pero al instante pienso

en que mañana por la mañana terminarán en manos de una empleada de la limpieza que podría empezar a hacer cábalas acerca de cómo han terminado ahí y... Mejor me las llevo y las tiro en *mi* cubo de la basura.

Apenas acabo de agacharme para cazar mi pobre, destrozado tanga con el índice cuando una mano me agarra el brazo con fuerza, lo que ocasiona que dé un agudo gritito debido a la impresión.

—Mierda, Gabriel —protesto llevándome la mano al pecho al tiempo que me yergo con los restos de mi ropa interior en la mano—. Casi me matas, imbécil.

—Pensaba que estarías más suave después del polvazo —se recuesta, apoyándose sobre los codos, y enarca una ceja—, pero veo que no.

—¿No puedes dejar de ser un completo gilipollas con ella durante cinco jodidos minutos? — rezonga a su lado un exánime y desmadejado Tyler

tumbado boca arriba, con el antebrazo cruzado por encima de la cara.

—¿Dónde crees que vas? —me suelta Gabriel, ignorándolo.

A punto de perder la paciencia, pongo los brazos en jarras y le dedico la mejor mirada de desprecio de todo mi repertorio.

—En serio, Berling, ¡qué gran proctólogo se ha perdido esta ciudad!

—¿A cuento de qué viene eso ahora? —indaga suspicaz.

—Pues a que se te da de puta madre dar por culo. En ambos sentidos.

Tyler se sacude preso de una ronca, mal disimulada risita mientras Gabriel entrecierra los ojos y me mira con cara de pocos amigos.

—Sí —masculla—, sin duda será mejor que te

vayas.

—Iba a hacerlo de todos modos, con o sin tú permiso.

Me aproximo a la cama y gateo por ella hasta cernirme sobre un sonriente Tyler. Entonces, le acaricio la mejilla antes de despedirme de él con un húmedo, dulce y prolongado beso que termina de poner a Gabriel de un humor de perros, a juzgar por el áspero sonido que acaba de brotar desde el fondo de su garganta.

—Gracias por hacer que tres sean una placentera multitud, Ty —musito en sus labios antes de rozarlos una última vez.

—Agradécemelo quedando a tomar una copa conmigo otro día.

Le guiño un ojo y me retiro soplándole un beso. Ahora queda Gabriel, que se ha sentado en el borde del colchón y se mantiene en una silenciosa, templada expectativa.

—Y en cuanto a ti... —ronroneo deslizando los dedos arriba y abajo de su torso al tiempo que acerco mi boca a la suya—. Ya te llamaré, *encanto*.

Me aparto de él antes de que tenga tiempo a reaccionar, recojo el blazer y el bolso que dejé en el salón contiguo y salgo de la suite, apoyándome en la puerta que acabo de cerrar tras de mí mientras espero algo, lo que sea.

Al momento, me veo recompensada por una estruendosa, burlona carcajada de Tyler a la que Gabriel responde con un malhumorado y explosivo «¡Cállate!» seguido de un portazo que consigue poner una enorme sonrisa en mi rostro.

«Punto para mí».

Después de todo, puede que haya valido la pena.

Document Outline

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)